MISTERIO DE LOS ANÓNIMOS

Enid Blyton



La monotonía de las vacaciones de los cinco pesquisidores se ve interrumpida cuando comienzan a recibirse en el pueblo unas desagradables cartas anónimas. La policía tratará de que los chicos no se entrometan en la investigación, pero las habilidades detectivescas de Fatty y sus amigos les llevarán a desenmascarar al culpable.



Enid Blyton

Misterio de los anónimos

Colección Misterio 04

ePub r1.1
gimli 02.02.14

Título original: *The Mystery of the Spiteful Letters*
Enid Blyton, 1946
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: Carlos Freixas
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Prefacio

Éste es el cuarto libro de la nueva serie de «misterios», que nos cuenta las aventuras de nuestros cinco amiguitos y el perro… Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets y «Buster», el perro escocés, aparecen aquí de nuevo resolviendo un extraño caso. El señor Goon, el policía, trata asimismo de descubrirlo.

Este libro, aun siendo el cuarto de la serie, constituye una obra completa. Los otros tres son:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada

ENID BLYTON

Capítulo primero

Un telegrama extraordinario

Bets y Pip aguardaban impacientes que llegaran Larry, Daisy y Fatty. Bets miraba nerviosa por la ventana del cuarto de jugar.

—Ojalá se dieran prisa —dijo—. Al fin y al cabo llegaron ayer del internado y han tenido mucho tiempo para poder venir. Quisiera saber si Fatty tiene más disfraces.

—Supongo que ya estás pensando si en estas vacaciones habrá otro misterio de primera clase para que nosotros lo resolvamos —dijo Pip—. ¡Caramba!, fue estupendo el que resolvimos durante las vacaciones de Navidad, ¿verdad?

—Sí —replicó Bets—. Demasiado estupendo. La verdad es que no me importaría que no hubiera ningún misterio durante estas vacaciones.

—«¡Bets!». ¡Y yo que te creía una detective tan lista! —exclamó Pip—. ¿Es que ya no quieres ser Pesquisidora?

—Claro que quiero. ¡No seas tonto! —dijo Bets—. Ya sé que pensáis que no sirvo de mucho porque soy la más pequeña. Sólo tengo nueve años y todos vosotros habéis cumplido los trece…, pero la última vez ayudé mucho cuando resolvimos el misterio del cuarto secreto.

Pip estaba a punto de replicar a su hermanita, cuando ella lanzó un grito:

—¡Aquí están! Por lo menos… Larry y Daisy. Bajemos a recibirles.

Una vez en la planta baja salieron a la avenida. Bets se abalanzó sobre el niño y la niña como loca, mientras Pip les contemplaba sonriente.

—¡Hola, Larry! ¡Hola, Daisy! ¡Hola, queridos! ¿No habéis visto a Fatty?

—No —respondió Larry—. ¿No está aquí? ¡Diantre! Vamos a la verja a esperarle. ¡Será divertido volver a ver al viejo «Buster» meneando la cola y correteando de un lado a otro sobre sus cortas patas de perro escocés!

Los cuatro niños fueron hasta la verja de la entrada principal, pero al asomarse no vieron ni rastro de Fatty y «Buster». Pasó el carrito del panadero, luego una mujer montada en bicicleta, y más tarde apareció en la carretera una figura que les era muy familiar.

Era el señor Goon, el policía, o el viejo Ahuyentador, como le llamaban los niños. Estaba haciendo su ronda y no le agradó ver a los cuatro niños ante la casa de Pip, observándole. Al señor Goon no le eran simpáticos los niños, y ni que decir tiene que él tampoco les agradaba. Durante el último año había habido tres misterios por resolver en el pueblo de Peterswood, y todas las veces los niños lo descubrieron antes que el señor Goon.

—Buenos días —le dijo Larry cortésmente cuando el señor Goon llegó hasta ellos jadeando, puesto que era muy grueso. Les contempló con sus ojillos de sapo.

—¡De manera que habéis vuelto otra vez, como la falsa moneda! —les dijo—. ¡Para meter las narices donde no os importa como siempre, supongo!

—Eso mismo —replicó Pip alegremente, y el señor Goon estaba a punto de hacer algún otro comentario aplastante cuando se oyó sonar el timbre de una bicicleta, y un muchacho dobló la esquina a toda velocidad montado en uno de esos vehículos.

—Es el chico de telégrafos —exclamó Pip—. ¡Cuidado, señor Goon, cuidado!

El repartidor de telegramas había dirigido su bicicleta hacia el policía como si fuese a abalanzarse sobre él. El señor Goon lanzó un grito quitándose de en medio con toda la rapidez que le fue posible.



—¡Vamos! ¿Por qué corres así? ¡Los niños sois un peligro público! —estalló el señor Goon.

—Perdone, se me ha desviado el manillar —dijo el muchacho—. ¿Le he hecho daño? ¡Cuánto lo siento!

El furor del señor Goon se apaciguó un tanto ante la amabilidad del muchacho.

—¿Qué casa buscas? —le preguntó.

—Traigo un telegrama para el señorito Philip Hilton —explicó el muchacho leyendo el nombre y la dirección de un sobre color naranja que llevaba en la mano.

—¡Oh! ¡Aquí está, Pip! —exclamó Bets—. ¡Oooh, Pip… un telegrama para ti!

El muchacho dejó su bicicleta a un lado de la carretera, apoyando el pedal en la acera, pero no debió dejarla muy sujeta, pues se cayó con estrépito y el manillar alcanzó el tobillo del señor Goon.

Fue tal el aullido que lanzó, que los niños se sobresaltaron. Saltaba dando vueltas, tratando de sujetarse el pie y al mismo tiempo conservar el equilibrio. Bets no pudo contener la risa.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó el muchacho—. ¡Esta condenada bicicleta! Siempre se cae. No se enfade conmigo. No me denunciará, ¿verdad? ¡Perdóneme!

El rostro enrojecido del señor Goon estaba más acalorado que nunca. Miró al muchacho, volviéndose a frotar el tobillo.

—Entrega ese telegrama y lárgate —le dijo—. ¡Estás malgastando el tiempo en vez de trabajar, eso es lo que haces!

—Sí, señor —repuso el muchacho con humildad, entregando a Pip el sobre color naranja. Pip lo abrió lleno de curiosidad. Era la primera vez que recibía un telegrama.

Lo leyó en voz alta. Era de Fatty.

> «LAMENTO NO VEROS ESTAS VACACIONES. TENGO QUE RESOLVER UN MISTERIO EN TIPPYLULÚ, Y HOY ME MARCHO EN AVIÓN. ¡BUENA SUERTE! FATTY».

Los niños hicieron corro para ver el telegrama. No podían dar crédito a sus oídos. ¡Qué telegrama más extraordinario! El señor Goon tampoco podía creer lo que acababa de oír.

—Déjame ver eso —dijo cogiéndolo de manos de Pip y leyéndolo también en voz alta.

Pip le entregó el telegrama.

—Es de ese niño Federico Trotteville, ¿verdad? —les dijo—. Vosotros le llamáis Fatty, ¿no es cierto? ¿Qué significa esto? Que se

va en avión a Tippy… Tippy… como se diga. ¡En mi vida oí hablar de un lugar semejante!

—¡Está al sur de China! —intervino inesperadamente el chico de telégrafos—. Tengo allí un tío, por eso lo sé.

—Pero… pero ¿por qué se va Fatty?… ¿Por qué ha de resolver allí un misterio?… ¿por qué?, ¿por qué?… —comenzaron a decir los cuatro niños, completamente asombrados e intrigados.

—Estas vacaciones no le veremos —gimoteó de pronto Bets, que quería mucho a Fatty y estaba deseando verlo.

—Buena cosa —exclamó el señor Goon devolviendo el telegrama a Pip—. Ésa es mi opinión. Buenísima noticia. Ese niño es una molestia, continúa queriendo dárselas de detective… y utilizando disfraces para burlar a la ley… y metiendo las narices en donde no le importa. Quizá tengamos un poco de paz estas vacaciones si ese niño entrometido se ha marchado a Tippy… Tippy… como se llame.

—Tippylulú —dijo el niño de telégrafos, quien parecía tan interesado como cualquiera—. Escuche, señorito… ¿ese telegrama es de ese chico tan inteligente, el señor Trotteville? He oído hablar de él.

—¡«El señor» Trotteville! —repitió el señor Goon indignado—. Pero si no es más que un niño. ¡«Señor» Trotteville! ¡Señor Fatty, el Metomentodo, así es cómo yo le llamo!

Bets volvió a reír por lo bajo, y el señor Goon se puso como la púrpura. Siempre que se enfadaba le ocurría lo mismo.

—Lo siento. No quise acalorarle ni molestarle —dijo el chico de telégrafos, que al parecer sabía pedir disculpas por todo—. Pero claro que he oído hablar de ese niño, señor. Parece que es muy, muy inteligente. ¿Acaso no descubrió un gran complot las vacaciones pasadas, mucho antes de que lo hiciera la policía?

Al señor Goon no le agradó saber que la fama de Fatty había llegado hasta más allá de las fronteras, y lanzó uno de sus gruñidos característicos.

—¡Debes tener mejores cosas que hacer en la Oficina de Telégrafos que escuchar semejantes cuentos de hadas! —dijo al muchacho—. Ese niño Fatty no es más que un entrometido y siempre lo ha sido, y conduce a estos niños a meterse en lo que no les importa. Estoy seguro de que sus padres estarán contentísimos

de que se haya ido a Tippy… Tippy… er…

—Tippylulú —dijo el repartidor de telegramas solícitamente—. Imagínese que le han pedido que vaya allí a resolver un misterio, señor. ¡Cáscaras, tiene que ser muy listo!

Los cuatro niños estaban encantados al oír aquello. Sabían cuánto debía molestarle al policía.

—Márchate ya —dijo el señor Goon, considerando que aquel muchacho era una verdadera molestia—. ¡Lárgate! Ya has perdido bastante tiempo.

—Sí, señor; desde luego, señor —dijo el muchacho, cortés—. Imagínese que ese niño se marcha a Tippylulú… y además en avión. ¡Cáscaras! Tengo que escribir a mi tío que vive allí y decirle que me cuente todo lo que haga el señor Trotteville. ¡Cáscaras!

—¡Lárgate! —exclamó el señor Goon. El muchacho guiñó un ojo a los niños y asió el manillar de su bicicleta. A los niños les resultaba simpático. Tenía el pelo rojo, el rostro cubierto de pecas, las cejas también rojas y una boca muy expresiva.

Montó en su bicicleta, avanzó peligrosamente hacia el señor Goon, y tras describir una curva impresionante desapareció carretera abajo haciendo sonar los dos timbres con todas sus fuerzas.

—Ahí tenéis a un muchacho que es cortés y respetuoso con la Ley —dijo el señor Goon a los otros—. ¡Un ejemplo que debíais seguir!

Pero los otros niños ya no prestaban atención al rechoncho policía, sino que volvían a leer el telegrama. ¡Era sorprendente! Claro que Fatty «era» sorprendente… ¡pero ir a China en avión!

—Mamá no «me» dejaría nunca hacer una cosa igual —dijo Pip —. Al fin y al cabo Fatty sólo tiene trece años. ¡No puedo creerlo!

Bets se echó a llorar.

—¡Deseaba tanto que volviera estas vacaciones y descubriera otro misterio! —gimoteó.

—Cállate, Bets, y no seas niña —dijo Pip—. También podemos resolver misterios sin Fatty, ¿no es cierto?

Pero en su interior cada uno de ellos sabía que sin Fatty no podían hacer gran cosa. Fatty era el verdadero jefe, el que se atrevía a hacer toda clase de cosas, el verdadero cerebro de los

Pesquisidores.

—Sin Fatty somos como una madriguera sin conejos —dijo Daisy dolida. Aquello sonaba mal, pero nadie se rio. Todos comprendieron lo que Daisy quiso decir. Las cosas nunca eran ni la mitad de excitantes e interesantes sin Fatty.

—No acabo de creerlo —dijo Larry, echando a andar por la avenida con los otros—. ¡Mira que ir Fatty al sur de China! ¿Y cuál «puede» ser el misterio que ha de resolver allí? Yo creo que debía haber encontrado tiempo para venir a contárnoslo.

—Ese chico del telegrama tiene muy buena opinión de Fatty, ¿no es cierto? —dijo Bets—. ¡Imaginaos! ¡Fatty debe estar haciéndose muy famoso!

—Sí. Al viejo Ahuyentador no le ha gustado que alabara a Fatty —rio Larry—. Me ha gustado ese chico. Me recuerda a alguien, pero no sé a quién.

—Escuchad… ¿qué va a ser de «Buster»? —exclamó Bets de pronto, deteniéndose en mitad de la avenida—. A Fatty no le permitirán llevarse su perro… y a «Buster» se le partirá el corazón si se queda solo. ¿Qué creéis que será de él? ¿No podríamos tenerlo «nosotros»?

—Apuesto a que a Fatty le gustaría que lo tuviéramos nosotros —dijo Pip—. Vayamos a casa de Fatty y pidamos a su madre que nos deje a «Buster». Vamos. Iremos ahora mismo.

Dieron media vuelta y bajaron por la avenida. Bets sentíase un poco consolada. Ya que no tenían a Fatty, por lo menos tendrían a su perro. ¡El bueno de «Buster»! Era un encanto y habían compartido tantas aventuras.

Llegaron a la casa de Fatty y subieron por la avenida. La madre de Fatty estaba cortando narcisos para sus jarrones y sonrió a los niños.

—¿Ya estáis de vuelta para las vacaciones? —les dijo—. Bien, espero que os divirtáis mucho. Tenéis unas caras muy serias. ¿Ocurre algo?

—Pues… hemos venido para ver si podía dejarnos a «Buster» estas vacaciones —dijo Larry—. ¡Oh, ahí está! «Buster», el bueno de «Buster». ¡Ven aquí!

Capítulo II

¡Fatty es realmente sorprendente!

«Buster» fue corriendo hacia los niños ladrando desesperadamente y meneando la cola diecinueve veces por docena. Saltó sobre ellos tratando de lamerles y sin dejar de ladrar.

—¡Mi buen «Buster»! —exclamó Pip—. ¡Apuesto a que echas de menos a Fatty!

—Ha sido una gran sorpresa saber que Fatty se ha ido a la china —dijo Daisy a la señora Trotteville, quien pareció sorprenderse.

—¡Y además en avión! —intervino Larry—. Usted le echará de menos, ¿no es cierto, señora Trotteville?

—¿Qué es exactamente lo que queréis decir? —preguntó la señora Trotteville mirándoles como si los niños se hubieran vuelto locos de repente.

—¡Cielos… Fatty no debe habérselo dicho! —exclamó Bets en un susurro demasiado audible.

—¿Decirme «qué»? —dijo la señora Trotteville impacientándose —. ¿Qué es ese misterio? ¿Qué es lo que ha estado inventando Fatty?

—Pero… pero… ¿usted no lo sabe? —tartamudeó Larry—. Se ha ido a Tippylulú y…

—¡Tippylulú! ¿Qué significa esa tontería? —dijo la señora Trotteville, y alzando la voz llamó—: ¡Federico! ¡Ven aquí en seguida!

Los niños se volvieron hacia la casa conteniendo la respiración… y por la puerta principal, caminando perezosamente, apareció Fatty. Sí, era realmente Fatty que, lleno de vida, sonreía satisfecho, mostrándoles su cara rechoncha. Bets, lanzando un grito, corrió

hacia él para abrazarle.

—¡Oh, ya pensaba que te habías ido a Tippylulú! ¿No te has ido? ¡Oh, cuánto me alegro de que estés aquí!

Los otros le contemplaron intrigados.

—¿Tú nos enviaste este telegrama? —exclamó Daisy de pronto —. ¿Fue una broma tuya, Fatty?

—¿Qué telegrama? —preguntó Fatty inocentemente—. Ahora iba a veros.

—¡Este telegrama! —exclamó Pip, poniéndoselo en la mano. Fatty lo leyó, quedando asombrado.

—Alguien os ha gastado una broma. ¡Y de todas maneras, mira que creeros que yo me iba a Tippylulú! ¡Troncho! ¡Qué barbaridad!

—¡Tú y tus bromas! —dijo la señora Trotteville—. Como si yo hubiera dejado que Federico fuese a la China o dondequiera que esté ese sitio tan ridículo… Tippylulú. Y ahora si queréis hablar con Federico, id adentro o salir a dar un paseo.

Fueron al interior de la casa todavía muy intrigados. «Buster» danzaba a su alrededor ladrando de contento. Estaba excitado porque todo el grupo de Pesquisidores había vuelto a reunirse.

—¿Quién os entregó el telegrama? —quiso saber Fatty.

—El chico de telégrafos —replicó Pip—. Un muchacho pelirrojo, lleno de pecas y con una voz muy decidida y simpática. ¡Dejó caer su bicicleta y el manillar dio en la espinilla del viejo Ahuyentador! ¡Debieras haberle visto cómo bailaba!

—¡Hum! —dijo Fatty—. ¡«Yo» creo que ese chico de telégrafos es un poco raro! ¡Entregar un telegrama que yo no envié! ¡Vamos a buscarle y le haremos unas cuantas preguntas!

Salieron de la casa y echaron a andar por la carretera, llevando a «Buster» pegado a sus talones.

—Larry y Daisy, vosotras id por ese lado; Pip y Bets, por el opuesto —dijo Fatty—. Yo tomaré este tercer camino. Registraremos el pueblo a conciencia para dar con ese chico, y dentro de media hora nos encontraremos junto a la iglesia.

—Yo quiero ir «contigo», Fatty —dijo Bets.

—No, tú ve con Pip —replicó Fatty con inusitada dureza de corazón, ya que siempre dejaba que Bets se saliera con la suya en todo. La niña no dijo nada, pero echó a andar con Pip sintiéndose

muy ofendida.

Larry y Daisy no vieron ni rastro del chico de telégrafos, y a los veinticinco minutos estaban ya esperando en la esquina de la iglesia. Luego llegaron Pip y Bets, quienes tampoco le habían visto. Miraron a un lado y a otro para ver si veían a Fatty y «Buster».

Una bicicleta dobló la esquina y en ella iba… el chico pelirrojo de los telegramas, silbando fuertemente. Larry le llamó.

—¡Eh! ¡Ven aquí un momento!

El chico se detuvo junto a la acera. Sus cabellos rojizos le caían sobre la frente y llevaba la gorra de su uniforme muy bien puesta de lado.

—¿Qué quieres, amigo? —dijo.

—Quiero hablarte de ese telegrama —respondió Larry—. ¡Ha sido una broma! ¡Nuestro amigo Federico Trotteville no se ha ido a la China… está aquí!

—¿Dónde? —exclamó el muchacho mirando a su alrededor.

—Quiero decir que está en el pueblo —dijo Larry—. Estará aquí dentro de unos minutos.

—¡Cáscaras! —exclamó el chico—. ¡Cuánto me gustaría verle! ¡Es una maravilla, vaya si lo es! Me pregunto por qué no le emplea la policía para que les ayude a resolver sus problemas.

—Bueno, ya sabes que «todos» nosotros ayudamos a resolver los misterios —dijo Pip, pensando que ya era hora de que él y los otros recibieran de aquel chico alguna de sus alabanzas.

—No, ¿de veras? —exclamó el muchacho—. Yo creía que el señor Trotteville era el cerebro del grupo. ¡Cáscaras, cómo me gustaría conocerle! ¿Creéis que me daría su autógrafo?

Los niños le miraron pensando que Fatty debía ser realmente famoso cuando incluso los repartidores deseaban su autógrafo.

—Nos trajiste un telegrama falso —dijo Larry—. Una mentira, una broma. ¿Lo falsificaste «tú»?

—¡Yo! ¡Cáscaras, hubiera perdido mi empleo! —exclamó el chico de telégrafos—. Escuchad: ¿cuándo va a venir ese tan famoso amigo vuestro? Quiero conocerle, pero no puedo esperar todo el día. Tengo que regresar a la Oficina de Telégrafos.

—Bueno, la Oficina de Telégrafos puede esperar unos minutos —repuso Pip pensando que ninguno de ellos había conseguido sacar

gran información del repartidor, y confiando en que tal vez Fatty lo lograse.

Un perro pequeño dobló la esquina y Bets lanzó un grito:

—¡«Buster»! ¡Ven aquí, «Buster»! ¿Dónde está Fatty? Dile que se dé prisa.

Todos pensaron que Fatty aparecería de un momento a otro por la esquina, pero no fue así. «Buster» avanzó hacia ellos solo, y no gruñó al chico de Telégrafos, sino que tras darle un lametón sentóse junto a él en la acera contemplándole con ojos de adoración.

Bets estaba asombradísima. Nunca había visto que «Buster» adorase a otro que a Fatty. La niña le miró con extrañeza ¿Por qué gustaría tanto el repartidor de telegramas a «Buster»?

Luego, lanzando un grito agudo, se abalanzó tan de improviso sobre el chico de los telegramas que él pegó un respingo.

—¡Fatty! —dijo—, ¡oh, Fatty! ¡Qué tonto eres! ¡«Fatty»! ¡«Fatty»!

Pip estaba boquiabierto, y Daisy le miraba como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Larry explotó dando una fuerte palmada en la espalda del chico de telégrafos.

—¡El muy diablo! ¡Eres lo peor que hay! Qué bien nos has engañado… igual que al viejo Ahuyentador. Fatty, eres una maravilla. ¿Cómo lo haces?

Fatty les sonrió quitándose sus cejas pelirrojas de un tirón. Luego frotó sus pecas con un pañuelo humedecido y levantó un poco la peluca roja para que pudieran ver sus cabellos negros, ocultos debajo.

—¡Fatty! ¡Es un disfraz maravilloso! —exclamó Pip con envidia —. Pero ¿cómo te las arreglas para torcer la boca en forma que resulte distinta, entrecerrar los ojos para que parezcan más pequeños y todo eso?

—Oh, para eso hay que ser buen actor —replicó Fatty hinchándose de orgullo—. Ya os dije antes, ¿no?, que yo siempre representaba el papel principal en las obras del colegio, y este último curso yo…

Pero los niños no deseaban oír contar las maravillosas andanzas de Fatty en el colegio. Ya las oían demasiado a menudo, y Larry le interrumpió:

—¡Caramba! Ahora ya sé por qué el chico de telégrafos te

alababa tanto. ¡Tonto! ¡Llamarte tú mismo señor Trotteville y pidiendo tu propio autógrafo! ¡Sinceramente, Fatty, eres el colmo!

Todos fueron a la casa de Pip y pronto se acomodaron en el cuarto de jugar, para examinar la gorra, la peluca, y demás cosas empleadas por Fatty para disfrazarse.

—Es un disfraz nuevo —explicó Fatty—. Y claro, tenía ganas de probarlo. Bonita peluca, ¿verdad? Ha costado mucho dinero. No me atreví a decírselo a mamá. Apenas podía aguardar para probarlo con vosotros. Me estoy convirtiendo en un gran experto en disfraces y caracterizaciones.

—Lo eres ya, Fatty —le dijo Bets, generosa—. Nunca hubiera adivinado que eras tú de no haber sido por «Buster» que te miraba con ojos de admiración que sólo guarda para ti, Fatty.

—¡Así que por eso lo adivinaste, eres una niña muy lista! —dijo Fatty—. Eso está muy bien. ¡La verdad es que algunas veces pienso que tú te fijas y ves más que los otros!

Bets estaba radiante, pero a Pip no le hizo mucha gracia. Consideraba que Bets, como su hermanita pequeña, debía estar sujeta a los demás y no coger pretensiones.

—Se le llenará la cabeza de humo —se lamentó—. Cualquiera de nosotros pudo haber visto cómo te miraba «Buster».

—Ah, pero tú no lo viste —replicó Fatty—. Escuchad… ¿verdad que es estupendo que el viejo Ahuyentador crea que me he ido a Tippylulú? Fue un «poquitín» de suerte el que estuviera esta mañana con vosotros cuando llegué en mi bicicleta. ¡Cómo saltaba cuando la dejé caer sobre su pie!

Todos miraron a Fatty con admiración. ¡Las cosas que hacía! ¡Y las que se le ocurrían! Bets echóse a reír.

—¡Qué sorpresa se va a llevar cuando te vea! —dijo—. ¡Pensará que ya has vuelto de Tippylulú!

—¡Vaya un nombrecito! —exclamó Daisy—. ¿Cómo diantre se te ocurrió?

—Oh, esas cosas son sencillas para mí —replicó Fatty con modestia—. ¡Pobre Ahuyentador! ¡Se tragó lo del telegrama!

—¿Piensas utilizar este disfraz cuando resolvamos nuestro próximo misterio? —le preguntó Bets muy seria.

—¿Cuál es nuestro próximo misterio? —dijo Pip—. ¡No tenemos

ninguno! Sería demasiado esperar que se nos presentase otro estas vacaciones.

—Bueno, nunca se sabe —dijo Fatty—. ¡La verdad es que eso nunca se sabe! Apuesto a que volverá a presentarse otro misterio, y espero que estemos sobre la pista antes que el viejo Ahuyentador. ¿Os acordáis cómo le encerré en la carbonera en nuestro último misterio?

Todos rieron, recordando cómo el viejo Ahuyentador había salido de la carbonera, negro por la carbonilla, sin su casco y con un resfriado terrible.

—Y nosotros le enviamos jabón carbólico y encontramos su casco —recordó Daisy—. Y él no nos lo agradeció lo más mínimo ni nunca nos dio las gracias siquiera. Y la mamá de Pip dijo que era un insulto enviarle jabón carbólico y se enfadó mucho con nosotros.

—Me gustaría tener otro misterio que resolver —dijo Pip—. Tendríamos los oídos y los ojos bien abiertos. Las vacaciones han empezado bien con tu nuevo disfraz, Fatty… con el que has engañado al viejo Ahuyentador igual que a nosotros.

—Tengo que irme —dijo Fatty poniéndose en pie—. Tengo que cambiarme este uniforme de repartidor de telegramas. Volveré a ponerme las cejas y la peluca por si acaso encontrase al Ahuyentador. ¡Bien… hasta la vista!

Capítulo III

¡Oh, a la caza del misterio!

Transcurrió una semana entera. El tiempo era lluvioso y los niños empezaban a cansarse. No resultaba muy divertido salir de paseo y regresar calado hasta los huesos, y por otra parte no podían pasarse todo el día dentro de la casa.

Cada día se reunían los cinco y «Buster» en casa de Pip, ya que tenía una habitación muy hermosa para jugar. Algunas veces hacían tanto ruido que la señora Hilton tenía que entrar muy enfadada.

—No hay necesidad de portarse como si fuerais un terremoto y un huracán todo en una pieza —les dijo un día mirando luego sorprendida a Pip—. ¡Pip!, ¿qué diantre estás haciendo?

—Nada, mamá —dijo Pip apresurándose a quitarse un ropaje encarnado en el que se había envuelto—. Era un emperador romano y les estaba diciendo a mis esclavos lo que opino de ellos.

—¿De dónde has sacado esa tela roja? —le preguntó su madre —. Oh, «Pip»… ¿no habrás cogido la colcha de la cama de la señora Luna para disfrazarte?

—Bueno, ha salido —replicó Pip—. No creo que le importe, mamá.

La señora Luna era la cocinera y ama de llaves de los Hilton, y llevaba sólo unos meses en la casa. La anterior cocinera estaba enferma en el hospital. La señora Luna era una cocinera verdaderamente maravillosa, pero tenía muy mal genio, y la señora Hilton estaba cansada de oírla quejarse de los niños.

—¡Ve a dejar ese cubrecama en su sitio «en seguida»! —le dijo su madre—. La señora Luna se disgustará mucho si ve que has estado en su habitación y cogido su cubrecama. Eso no está bien,

Pip. ¿Y querrás hacer el favor de acordarte de limpiarte los pies cuando entres por la puerta del jardín, y más ahora que el tiempo está tan húmedo? La señora Luna dice que se pasa el día limpiando vuestras huellas de barro.

—Es una vieja acusica —replicó Pip, dolido.

—No me gusta que hables así, Pip —dijo la señora Hilton—. Es muy buena cocinera y hace muy bien su trabajo. No me extraña que se queje cuando le dais tanto trabajo extra… y, a propósito, dice que algunas veces desaparecen cosas de la despensa y está segura de que sois vosotros quienes las cogéis. Espero que no sea así.

Pip estaba violento.

—Verás, mamá —comenzó a decir—. Sólo lo hacemos cuando tenemos mucha hambre, y comprenderás…

—No, no comprendo nada —replicó la señora Hilton—. La señora Luna es la encargada de la despensa, y vosotros no debéis coger nada sin mi permiso o el de ella. Ahora ve a devolver la colcha, y por amor de Dios, colócala bien estirada. Daisy, acompaña a Pip y cuida de que la deje como es debido.

Daisy, sumisa, salió con Pip. La señora Hilton sabía ser muy severa, y los cinco niños la temían y también al señor Hilton. No consentían la menor tontería, ni a sus propios hijos ni a los extraños. Sin embargo todos querían mucho a la señora Hilton. Pip y Bets la consideraban la madre más maravillosa del mundo.

Daisy y Pip regresaron al cuarto de jugar. La señora Hilton se había ido ya. Pip sonrió mirando a los otros.

—La devolvimos ya —dijo—. La estiramos de ambos lados, dimos unas palmaditas para ahuecar la almohada… la cubrimos debidamente y…

—¡Oh, cállate! —dijo Larry—. No me gusta la señora Luna. Puede que sea buena cocinera… y debo reconocer que hace unos pasteles sabrosísimos, estupendos… pero es una acusica.

—Apuesto a que la pobre Gladys le tiene miedo —intervino Daisy. Gladys era la camarera, una joven tímida y callada, siempre dispuesta a sonreír y a hacer cualquier cosa por los niños.

—Me gusta más la señora Cockles —dijo Bets—. Es un nombre muy bonito. Es la mujer de hacer faenas que viene a ayudar a la señora Luna y a Gladys dos veces por semana. Me cuenta muchas

cosas.

—¡La buena señora Cockles! —exclamó Pip—. Siempre nos alarga alguna tarta de mermelada de la señora Luna los días que amasa, si nos llegamos a la cocina.

Larry bostezó y fue a mirar por la ventana.

—¡Qué asco de tiempo! —exclamó—. ¡Ya está lloviendo otra vez! Es un aburrimiento. Ojalá tuviéramos algo que hacer… por ejemplo, un misterio que resolver.

—Pues al parecer no hay nada a la vista —repuso Daisy—. Ningún robo… ni siquiera una bicicleta robada en el pueblo. Nada.

—Apuesto a que el viejo Ahuyentador se alegrará mucho si esta vez no descubrimos ningún misterio —dijo Fatty.

—¿Aún no te ha visto? —le preguntó Bets, y Fatty meneó la cabeza.

—No. Supongo que sigue creyendo que estoy en Tippylulú —dijo con una sonrisa—. Se llevará una buena sorpresa cuando me vea.

—Salgamos, aunque «esté» lloviendo —propuso Pip—. Vamos a echar un vistazo. ¿No recordáis que durante las pasadas vacaciones estuve examinando una casa deshabitada y descubrí aquella habitación secreta en el piso alto? Bueno, pues vayamos de ronda otra vez. ¡Tal vez tropecemos con «algo»!

Así que se pusieron sus impermeables y botas de agua y fueron a pasear.

—Podemos encontrar alguna pista —dijo Bets, esperanzada.

—¿Pistas de «qué»? —dijo Pip con acritud—. ¡Ha de haber un misterio para poder encontrar pistas, tonta!

Estuvieron inspeccionando algunas casas deshabitadas, pero en ninguna parecía ocurrir nada extraordinario. Se asomaron a un cobertizo y se llevaron un susto de muerte cuando un vagabundo muy alto se levantó de uno de los rincones para ahuyentarlos.



Deambularon por un solar desierto y examinaron a conciencia una cabaña medio derrumbada, pero no había nada extraño ni misterioso que descubrir.

—Es hora de merendar —dijo Fatty—. Será mejor que vayamos a casa. Hoy viene una tía mía. ¡Hasta mañana!

Larry y Daisy también se fueron a su casa, y Pip y Bets echaron a

andar por la avenida de su jardín y entraron tristemente en el interior de la casa.

—¡Qué aburrimiento y qué fastidio! —exclamó Pip dejando su impermeable en el suelo del recibidor—. ¡Nada más que lluvia y sin nada que hacer!

—Te reñirán si dejas tu impermeable mojado en el suelo —dijo Bets, colgando el suyo.

—Entonces, cógelo —replicó Pip de mal talante. Ni siquiera tenía un libro interesante que leer. Su madre había salido a tomar el té, y él y Bets estaban solos en la casa con Gladys.

—Pidámosle a Gladys que suba al cuarto de estar y jugaremos a las cartas —propuso Pip—. A ella le encanta jugar a las cartas y ahora no está la señora Luna para decir «no».

A Gladys le entusiasmó la idea del juego. Era una jovencita de diecinueve años, bonita, morena, de ademanes tímidos y fácil de complacer. Le entusiasmaba el jugar a Familias Felices tanto como a los niños. Se reía de todos sus chistes y lo pasaron muy bien juntos.

—Ya es hora de que se acueste la señorita Bets —dijo al fin—. Y yo tengo que bajar a preparar la cena. ¿Quiere que le prepare el baño, señorita?

—No, gracias. Me gusta hacerlo yo —dijo Bets—. Adiós, Gladys. ¡La quiero mucho!

Gladys bajó a la planta baja, y Bets fue a dar el agua de la bañera mientras Pip se cambiaba de ropa para la cena sin dejar de silbar. Sus padres no le dejaban sentarse a la mesa si no iba limpio y aseado.

«Tal vez mañana haga un hermoso día de sol —pensaba Pip mirando por la ventana el cielo encapotado—. Esta noche no tiene tan mal aspecto. Podríamos dar algunos pasos en bicicleta e ir a merendar al campo si el tiempo aclarara».

Y al día siguiente «hizo» un espléndido día de sol. Larry, Daisy, Fatty y «Buster» llegaron a casa de Pip muy temprano entusiasmados con un buen plan.

—Llevémonos la comida y vayamos hasta las Hayas de Burham —dijo Larry—. Allí nos divertiremos en grande, y tú, Bets, podrás ver algunas de las hayas… que son como enormes gigantes de troncos complicados y retorcidos, y algunas la verdad es que

parecen tener caras en sus añosos troncos.

—¡Oooooh…, me gustaría ir! —replicó Bets—. Este año ya soy lo bastante mayor como para ir con vosotros todo el camino. El año pasado mamá no me dejaba.

—¿Qué le ocurre a Gladys? —preguntó Fatty rascando a «Buster» en el estómago, que estaba patas arriba junto a su silla.

—¿A Gladys? ¡Nada! —repuso Pip—. ¿Por qué?

—Pues esta mañana cuando la vi en el recibidor parecía como si hubiera estado llorando —dijo Fatty—. Entré por la puerta del jardín como siempre y me tropecé con ella en el recibidor. Tenía los ojos muy enrojecidos y lacrimosos.

—Pues anoche estaba perfectamente —dijo Pip recordando lo bien que habían estado jugando—. Tal vez se haya peleado con la señora Luna.

—No lo creo —replicó Fatty—. Mientras yo pasaba, la señora Luna la llamó en tono muy amistoso. Tal vez haya tenido malas noticias.

Bets estaba contrariada y fue al encuentro de Gladys que estaba barriendo los dormitorios. ¡Sí, tenía los ojos enrojecidos!

—Gladys, ¿ha estado llorando? —le preguntó Bets—. ¿Qué le ocurre? ¿Le ha reñido alguien?

—No —repuso Gladys tratando de sonreír—. No me ocurre nada, señorita Bets. Estoy bien. Bien como siempre.

Bets la miraba vacilando. No parecía muy feliz. ¿Qué podía haber ocurrido desde anoche?

—¿Ha tenido malas noticias? —insistió Bets con simpatía.

—Haga caso de lo que le digo —dijo Gladys—. No me ocurre nada. Vaya a reunirse con los otros.

No quedaba otro recurso que volver con los demás.

—Ha estado llorando —les explicó Bets—, pero no quiere decirme por qué.

—Bueno, déjala en paz —dijo Larry, a quien no le gustaban las mujeres lloronas—. ¿Por qué hemos de meternos en sus asuntos particulares? Vamos a pedir permiso para el «picnic».

A la señora Hilton le encantó la idea de que los niños fueran a comer al campo. Era muy pesado tenerles todo el día en casa, especialmente cuando la habitación de Pip era el lugar de reunión.

—Yo misma iba a proponeros que fueseis a pasar el día fuera —les dijo—. ¡Si queréis podéis llevaros la comida y la merienda! Yo prepararé las vuestras mientras Fatty y los otros van a por las suyas.

Pronto estuvo todo dispuesto, y la señora Hilton les entregó los paquetes de bocadillos y un pastel.

—Ahora pasad todo el día fuera y no regreséis diciendo que estáis aburridos —les dijo en tono enérgico—. No quiero ver a ninguno de vosotros hasta después de la merienda. Hoy tengo cosas muy importantes que hacer.

—¿Cuáles son, mamá? —le preguntó Pip con la esperanza de no perderse nada interesante.

—No te importa —respondió su madre—. ¡Ahora marcharos y que paséis un día muy feliz!

Se alejaron en sus bicicletas.

—Parece que hoy mamá tenía ganas de deshacerse de nosotros, ¿no crees? —dijo Pip—. Quiero decir… que casi nos ha «echado». Quisiera saber por qué. ¿Y por qué es hoy un día tan importante? No nos ha hablado de ninguna reunión ni nada.

—¡Tú lo que quieres es convertir esto en un misterio! —le dijo Bets—. Supongo que se dedicará a arreglar armarios o algo por el estilo. Las mamás siempre consideran que esas cosas son muy importantes. ¡Hurra, Pip… ahí están los demás! ¡Vamos!

Y acompañados del tintineo de los timbres de sus bicicletas emprendieron la marcha. «Buster» iba solemnemente sentado en el cesto de la «bici» de Fatty. Le encantaba ir de excursión. Un «picnic» significaba campo o bosque, y el campo y los bosques significaban una sola cosa para «Buster»… ¡Conejos!

Capítulo IV

El guante del señor Goon

Los niños tuvieron un día maravilloso… cálido, soleado… habían primaveras por todas partes, y las brillantes azulinas formaban una hermosa alfombra con las anémonas.

—Esto es la gloria —dijo Daisy—. Gracias a Dios que por fin ha cambiado el tiempo. Extendamos nuestros impermeables y sentémonos encima.

«Buster» correteaba feliz y los niños le vieron alejarse.

—¡A la busca del gran Misterio del Conejo! —exclamó Fatty—. ¿Dónde hay una madriguera lo bastante grande para que quepa un perro como «Buster»? Éste es el gran problema que «Buster» espera siempre llegar a resolver.

Todos rieron.

—Ojalá nosotros tuviéramos algún gran problema que resolver —prosiguió Daisy—. Me he acostumbrado a que mi cerebro tenga algo que «rumiar» durante las vacaciones, y me resulta extraño no tener nada en qué pensar.

El día transcurrió rápidamente, y pronto fue hora de regresar a sus casas. Los cinco montaron en sus bicicletas, pero les costó bastante trabajo arrancar a «Buster» de una madriguera muy grande en la que había logrado introducir medio cuerpo, y se disgustó mucho. Iba sentado en la cesta de Fatty con las orejas gachas. ¡Ahora que casi había logrado alcanzar aquel conejo! ¡Un minuto más y era suyo!

—«Buster» está enfadado —dijo Pip riendo—. ¡Eh, «Buster»! ¡Anímate!

—Me pregunto si mamá habrá hecho todas las cosas importantes

que tenía que hacer —dijo Bets a Pip—. ¡Por lo menos no podrá decir que hoy la hayamos molestado en ningún momento!

En la esquina de la iglesia se separaron tomando distintas direcciones.

—¡Mañana nos encontraremos en casa de Larry! —gritó Fatty—. Si hace buen tiempo en el jardín. ¡Adiós!

Pip y Bets bajaron por la carretera hasta enfilar la avenida de su casa.

—Estoy sediento —dijo Pip—. ¿Tú crees que Gladys querría darnos un poco de hielo de la nevera para ponerlo en un jarro de agua? Tengo tanto calor que me gustaría beber agua helada.

—Bueno, pero no se lo pidas a la señora Luna —respondió Bets —. ¡Seguro que dice que no!

Fueron en busca de Gladys. No estaba en la cocina porque se asomaron por la ventana y no la vieron. Tampoco estaba arriba porque subieron y la llamaron. Su madre al oírles salió del despacho para saludarles cuando ya ellos volvían a bajar corriendo la escalera.

—¿Lo habéis pasado bien? —les preguntó—. Me he alegrado mucho de que os hiciera tan buen día.

—Sí; un día insuperable —replicó Pip—. Mamá, ¿podemos beber agua fría? ¡Nos estamos abrasando!

—Si queréis… —les dijo la señora Hilton y ellos corrieron a la cocina donde encontraron a la señora Luna haciendo calceta.

—¿Qué queréis? —les dijo con inesperada amabilidad.

—Sólo un poco de agua fría, si nos hace el favor —dijo Pip—. Pero no íbamos a pedírselo a usted, señora Luna, sino a Gladys. No queremos molestarla.

—No es ninguna molestia —respondió la señora Luna poniéndose en pie—. Yo os la daré.

—¿Ha salido Gladys? —preguntó Bets.

—Sí —replicó la señora Luna sin más explicaciones—. Ahora coged rápidamente esos cubitos de hielo y ponedlos en un jarro. Eso es.

—Pero hoy no es el día de salida de Gladys —insistió Pip sorprendido—. Si salió anteayer.

—Mira… ¡has dejado caer un cubito de hielo! —exclamó la

señora Luna—. Bueno, ya no sirvo para ir persiguiendo cubitos de hielo por toda la cocina, así que tendréis que cogerlos vosotros.

Bets se reía mientras Pip intentaba coger el escurridizo pedazo de hielo. Al fin, cuando lo hubo conseguido, lo puso bajo el chorro de agua del grifo antes de echarlo dentro del jarro.

—Gracias, señora Luna —dijo Pip llevándose el jarro y dos vasos al cuarto de jugar.

—Parece que la señora Luna no tenía ganas de hablar de Gladys, ¿verdad? —dijo Pip—. Es curioso.

—Pip… tú no crees que pueda haberse marchado, ¿verdad? —exclamó Bets de pronto—. Espero que no sea así. La quiero mucho.

—Pues… podemos averiguarlo fácilmente —propuso Pip—. Vamos a asomarnos a su habitación. Si están allí sus cosas entonces sabremos que ha salido sólo un rato y que piensa volver.

Siguieron por el pasillo hasta la reducida habitación de Gladys. Abrieron la puerta y al asomar la cabeza quedaron estupefactos.

¡Todo lo que pertenecía a Gladys había desaparecido! Su peine, su cepillo de dientes, y la funda azul que ella había bordado en el colegio para guardar sus camisones. No quedaba nada que recordase que la joven había vivido allí un par de meses.

—¡Sí… se ha ido! —exclamó Bets—. Bueno, ¿y por qué no nos lo ha dicho mamá? ¿O la señora Luna? ¿Por qué tanto misterio?

—Es muy extraño —dijo Pip—. ¿Tú crees que habrá robado algo? Parecía tan buena chica. A mí me era simpática.

—Vamos a preguntárselo a mamá —replicó Bets. Así que fueron a buscarla al despacho, pero su madre ya no estaba allí. Iban ya a volverse para marcharse cuando los ojos penetrantes de Pip descubrieron algo que había en el suelo debajo de una silla. Lo cogió.

Era un guante grande de lana negra. Se lo quedó mirando para ver si recordaba quién usaba guantes de lana negros.

—¿De quién es? —preguntó Bets—. Mira…, ¿no es un nombre eso que hay dentro?

Pip miró… y el nombre que leyó hizo endurecer su mirada. En una etiqueta pequeña estaban impresos en tinta cinco letras: «T. GOON».

—¡T. Goon! ¡Teófilo Goon! —exclamó Pip sorprendido—.

¡Diantre! ¿Para qué habrá venido aquí hoy el viejo Ahuyentador? Estuvo aquí, sentado en este despacho y perdió su guante. No me extraña que mamá nos dijese que tenía cosas muy importantes que hacer, si una de ellas era entrevistarse con el viejo Ahuyentador. ¿Pero por qué habrá venido?

Bets comenzó a gimotear.

—¡Se ha llevado a Gladys a la cárcel! ¡Lo sé! ¡Gladys está en la cárcel, y yo la quiero tanto!

—¡Cállate, tonta! —le riñó Pip—. Mamá va a oírte.

La señora Hilton entró apresuradamente en el despacho, pensando que Bets se habría hecho daño.

—¿Qué te ocurre, querida? —le preguntó.

—¡Mamá! El señor Goon ha llevado a Gladys a la cárcel, ¿verdad? —sollozó Bets—. Pero yo estoy segura de que no ha robado nada. Estoy convencida. ¡Era tan… bu… bu… buena!

—No seas tontina, Bets —le dijo su madre—. «Claro» que el señor Goon no ha hecho nada de eso.

—Bueno, entonces, ¿por qué ha estado aquí? —quiso saber Pip.

—¿Cómo sabes que ha estado aquí? —dijo su madre.

—Por esto —replicó Pip mostrándole el guante de lana negra—. Este guante es del señor Goon. Así que sabemos que ha estado aquí en el despacho… y como Gladys se ha ido estamos casi seguros de que el señor Goon tiene que ver con su marcha.

—Pues no es así —dijo la señora Hilton—. Hoy estaba muy preocupada por algo y yo la dejé ir a casa de su tía.

—¡Oh! —exclamó Pip—. Entonces, ¿para qué vino a verte el señor Goon, mamá?

—La verdad, Pip, esto no es cosa tuya —dijo su madre bastante molesta—. Ni siquiera que os metáis en esto. Ya sé que os consideráis detectives, pero esto nada tiene que ver con vosotros y no quiero que volváis a meteros otra vez en eso que vosotros llamáis misterios.

—Oh… entonces es que hay un misterio —dijo Bets—. ¿Y el viejo Ahuyentador trata de descifrarlo? ¡Oh, mamá, tienes que contárnoslo!

—No es nada que tenga que ver con vosotros —dijo la señora Hilton con firmeza—. Vuestro padre y yo hemos estado discutiendo

algo con el señor Goon, eso es todo.

—¿Es que se ha quejado de nosotros? —preguntó Pip.

—No, por extraño que parezca —repuso su madre—. Basta de gimotear, Bets. No hay nada de qué lamentarse.

Bets se secó los ojos.

—¿Por qué se ha ido Gladys? —dijo—. Yo quiero que vuelva.

—Bueno, puede que vuelva —fue la respuesta de su madre—. No puedo decirte por qué se ha ido, excepto que estaba preocupada por algo. Es un asunto particular suyo.

La señora Hilton salió de la habitación, y Pip miró a Bets mientras se guardaba en el bolsillo el enorme guante negro.

—Cielos, qué mano de gigante debe tener el viejo Ahuyentador —comentó—. Quisiera saber por qué estuvo aquí, Bets. Estoy seguro que es algo que tiene que ver con la buena de Gladys.

—Vamos a decírselo a Fatty —propuso Bets—. Él sabrá lo que hay que hacer. ¿Por qué tanto misterio? Y oh, ¡no puedo soportar la idea de que el viejo Ahuyentador ha estado aquí sentado hablando con mamá tan satisfecho pensando que nosotros no íbamos a saber nada!

Aquella tarde no pudieron ir a casa de Fatty, porque la señora Hilton decidió repentinamente lavarles el cabello.

—Pero si lo tengo limpio —protestó Pip.

—Pues está completamente negro —dijo su madre—. ¿Qué has estado haciendo hoy, Pip? ¿Te has puesto cabeza abajo sobre un montón de hollín o algo por el estilo?

—¿No podrías lavarnos la cabeza mañana por la noche? —dijo Bets. Pero no sirvió de nada. Tenía que ser en aquel preciso momento. Así que hasta el día siguiente, Pip y Bets no pudieron ver a Fatty. Estaba en casa de Larry, naturalmente, puesto que habían quedado en encontrarse allí.

—Escuchad —comenzó a decir Pip—, en nuestra casa ha ocurrido algo muy extraño. ¡El viejo Ahuyentador vino ayer a ver a mis padres por algo tan misterioso que nadie quiere decirnos qué es! Y Gladys, nuestra simpática camarera, se ha ido y no podemos averiguar exactamente por qué. Y mirad… aquí está el guante que se dejó en casa el señor Goon.

Todos lo examinaron.

—Tal vez sea una pista valiosa —exclamó Bets.

—¡Tonta! —le dijo Pip—. No ceso de decirte que no pueden haber pistas si no se tiene un misterio que resolver. Además, ¿cómo puede ser una pista el guante de Goon? Eres un bebé.

—Pues… «es» una pista que demuestra que ayer estuvo en tu despacho —intervino Fatty viendo que a Bets se le llenaban los ojos de lágrimas—. Pero yo digo una cosa… todo esto es un poco extraño, ¿no os parece? ¿Vosotros creéis que Goon va tras algún misterio que nosotros desconocemos, pero que conocen vuestro padre y vuestra madre, Pip, y no quieren que nosotros nos mezclemos en ello? Sé que a vuestros padres no les agradó mucho la aventura que tuvimos durante las vacaciones de Navidad. ¡No me sorprendería que estuviera ocurriendo algo que no quieren que llegue hasta nosotros!

Hubo un silencio. Visto así aquello resultaba muy probable. ¡Qué vergüenza que les ocultasen un misterio siendo tan buenos detectives!

—Y lo que es más, yo creo que el misterio tiene que ver con Gladys —prosiguió Fatty—. ¡Imaginaros! ¡Pensar que ha estado ocurriendo algo en nuestras propias narices y no sabíamos nada! ¡Y nosotros registramos graneros y cobertizos mientras había un misterio en la propia casa de Pip!

—Bien… ¡hemos de descubrir lo que es! —dijo Larry—. Y lo que es más, si Goon piensa descubrirlo, nosotros también pondremos manos a la obra, y llegaremos al final antes que «él». Apuesto a que le gustaría vencernos siquiera una vez, para que el inspector Jenks pudiera darle unas palmaditas en la espalda, a él, y no a nosotros, para variar.

—¿Cómo vas a descubrirlo todo? —le preguntó Daisy—. No podemos preguntar a la señora Hilton, porque no nos dirá ni una palabra.

—Voy a sonsacar a Goon —repuso Fatty ante la admiración de todos—. Iré a devolverle este guante fingiendo saber algo más de lo que sé… y tal vez me descubra algo.

—Sí… ve —dijo Pip—. ¡Pero aguarda un poco… él cree que estás en China!

—¡Oh, ya he regresado después de resolver el caso con toda

rapidez! —rio Fatty—. Dame el guante, Pip. Iré ahora mismo. Ven conmigo, «Buster». ¡Estando tú allí no es probable que Goon se ponga demasiado violento!

Capítulo V

La carta «nónima»

Fatty se alejó en su bicicleta llevando a «Buster» en la cesta. Cuando hubo llegado a la casa del señor Goon fue a llamar a la puerta, que le fue abierta por la señora Cockles, quien hacía la limpieza al señor Goon al igual que a los Hilton. Conocía a Fatty y le era simpático.

—¿Está en casa el señor Goon? —preguntóle Fatty—. Oh, bien, en ese caso entraré a verle. Tengo que devolverle algo que le pertenece.

Y tomó asiento en la salita pequeña y calurosa mientras la señora Cockles iba a buscar al policía que estaba en el patio, arreglando un pinchazo de su bicicleta. Se puso la chaqueta y fue a ver quién quería verle.

Cuando vio a Fatty los ojos casi se le salen de las órbitas.

—¡Recórcholis! —dijo—. Yo creía que estabas en el extranjero.

—Oh… resolví un pequeño misterio allí —dijo Fatty—. ¡No me llevó mucho tiempo! Un asunto de un collar de esmeraldas. Lástima que no viniera usted conmigo a Tippylulú, señor Goon. Hubiera disfrutado mucho comiendo arroz con palillos.

El señor Goon estaba seguro de que no hubiera disfrutado con semejante cosa.

—Es una lástima que no te hayas quedado allí más tiempo —gruñó—. Donde estás tú hay complicaciones. Ahora lo sé por experiencia. ¿Qué se te ofrece esta mañana?

—Pues… verá… señor Goon, ¿recuerda usted aquel asunto por el que fue usted ayer a ver a los señores Hilton? —le dijo Fatty fingiendo saber muchísimo más de lo que en realidad sabía, y el

señor Goon le miró sorprendido.

—Vamos —le dijo—. ¿Quién te ha hablado de eso? No debías saber nada, ni tú ni los otros, ¿comprendes?

—Esas cosas no pueden mantenerse en secreto —dijo Fatty.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó el señor Goon simulando no saber de qué le estaba hablando.

—Pues esas… cosas que usted ya sabe —dijo Fatty poniéndose misterioso—. Sé que va usted a ponerse a trabajar en este asunto, señor Goon, y quiero desearle buena suerte. Espero, por la pobre Gladys, que lo aclare usted muy pronto.

Aquello era un disparo a ciegas, pero pareció sorprender a Goon en gran manera. Parpadeó mirando a Fatty con sus ojos de sapo.

—¿Quién te ha hablado de esa carta? —le preguntó de improviso.

«Oooh —pensó Fatty—. ¡De manera que se trata de algo relacionado con una carta!», y agregó en voz alta:

—Ah, yo siempre tengo medios para averiguar estas cosas, señor Goon. Nos gustaría ayudarle, si podemos.

De pronto el señor Goon perdió los estribos y se puso como la grana.

—¡No quiero vuestra ayuda para nada! —gritó—. ¡Ya me habéis ayudado bastante! ¿Ayudar vosotros? ¡Lo que hacéis es entrometeros en lo que no os importa! ¿Es que no puedo llevar un caso yo solo sin que vosotros intervengáis? ¡No os metáis en esto! La señora Hilton me prometió no deciros nada, ni enseñaros la carta tampoco. Ella tampoco quiere que metáis las narices en esto. ¡Esto es un caso para la policía y no para unos mocosos entrometidos como vosotros! Lárgate y que no te vea más entrometiéndote en donde no te llaman.

—Pensé que tal vez querría usted su guante, señor Goon —le dijo Fatty cortés alargándole el enorme guante—. Lo perdió usted ayer.

El señor Goon lo cogió de un manotazo y «Buster» empezó a gruñir.

—¡Márchate tú y tu perro! —murmuró el señor Goon—. Estoy harto de los dos. ¡Largaos!

Y Fatty se largó. Estaba satisfecho del resultado de su entrevista

con el señor Goon, pero muy intrigado. El señor Goon había dejado escapar algunas cosas… por ejemplo, lo de la carta. ¿Pero de qué carta se trataba? ¿Qué podía haber en ella para crear aquel misterio? ¿Estaría relacionado con Gladys? ¿Era «suya» aquella carta?

Pensando en todas estas cosas Fatty regresó junto a los otros en su bicicleta y les contó lo que había averiguado.

—Yo creo que es posible que la señora Luna sepa algo —les dijo—. Bets, ¿no podrías preguntárselo tú? Si la tanteas un poco es posible que te diga alguna cosa.

—Yo no sé hacerlo —dijo Bets indignada—. Ni tampoco espero que me dijera nada. Estoy segura de que ella tiene que ver con este misterio que todos tratan de ocultarnos. Ayer ni siquiera quiso decirnos que Gladys se había ido.

—Bueno, de todas formas, mira lo que puedas hacer —le dijo Fatty—. A ella le gusta mucho hacer calceta, ¿verdad? Pues llévale una labor de punto enredada y pídele que te la arregle… que te coja los puntos o como se llame eso… Entonces puedes comenzar a sonsa… a hablar con ella de Gladys, de Goon y demás.

—Lo intentaré —repuso Bets—. Bajaré esta tarde cuando ella se siente a descansar. No le gusta que la molesten por las mañanas.

De manera que aquella tarde Bets bajó a la cocina con una labor de punto muy enredada. Había estado planeando cuidadosamente lo que iba a decir a la señora Luna, pero se sentía un poco nerviosa. La cocinera sabía ser muy desagradable cuando quería.

En la cocina no había nadie, y Bets se sentó en la mecedora, y se estuvo meciendo hacia delante y hacia atrás.

Del patio posterior llegaron dos voces. Una era la de la señora Luna y la otra de la señora Cockles. Bets apenas prestaba atención… pero de pronto se puso en pie muy decidida.

—Bien, lo que yo digo es, que si una chica recibe una carta desagradable diciéndole cosas que ella quiere olvidar, y sin firmar, es lo suficiente para producir un buen susto a cualquiera —decía la voz de la señora Luna—. ¡Y qué cosa más repugnante; sí, repugnante es el escribir cartas y no firmarlas!

—Sí, eso es de cobardes —repuso la alegre voz de la señora Cockles—. Fíjese bien en lo que le digo, señora Luna, habrán más de

esas cartas «nónimas» o como se llamen… esa clase de gente no se conforma con escribir a una sola persona. No, llevan dentro demasiado veneno para emplearlo sólo en una persona, y escriben y escriben, ¡vaya, «usted» podría ser la próxima!

—La pobre Gladys estaba muy apurada —dijo la señora Luna—. No cesaba de llorar y llorar. Hice que me enseñara la carta. Estaba escrita toda con letras mayúsculas y yo le dije, digo: «Escúchame, hija mía, ve en seguida a contárselo todo a la señora, y ella hará cuanto pueda por ti». Y la hice ir a ver a la señora Hilton.

—¿La despidió? —preguntó la señora Cockles.

—No —replicó la señora Luna—. Ella le enseñó la carta al señor Hilton, y él telefoneó al señor Goon. ¡Ese individuo tonto y entrometido! ¡Para qué «le» habrá hecho venir!

—Oh, no es tan malo —exclamó la alegre voz de la señora Cockles—. ¿Quiere alargarme esa escoba? Gracias. Se porta bien si se le trata con dureza. Yo no le consiento ninguna tontería. Hace años que le hago la limpieza y nunca ha tenido una palabra dura para mí. ¡Pero Dios mío, cómo odia a esos niños!

—Ah, eso es harina de otro costal —dijo la señora Luna—. Cuando el señor Hilton le dijo lo de la carta se alegró mucho de que los niños no supieran nada… e hizo prometer al señor y a la señora que no dejarían que esos cinco se entrometieran. Y ellos se lo prometieron. Yo estaba allí, sosteniendo a la pobre Gladys y lo oí todo. «Señora Hilton (decía) éste no es un caso para niños y yo debo pedirles, en nombre de la Ley, que este asunto no salga de ustedes».

—¡Toma! —exclamó la señora Cockles—. Sabe hablar bien cuando quiere, ¿verdad? Señora Luna, yo creo que deben haber más cartas «nónimas» de las que nosotros sabemos. Bueno, bueno… así que la pobre Gladys se fue a casa muy afectada. ¿Y quién va a venir en su lugar, digo yo? ¿O es que va a volver?

—Pues, yo creo que lo mejor es que ahora no venga por el pueblo —repuso la señora Luna—. Las lenguas hablarán, ya sabe usted. Yo tengo una sobrina que podría venir la próxima semana, así que si no volviera no tendría importancia.

—¿Qué le parece si tomáramos una taza de té? —dijo la señora Cockles—. Con tanta limpieza me ha entrado sed. Ahora estas alfombras ya tienen otro aspecto, señora Luna.

Bets salió corriendo en cuanto oyó pasos que se acercaban a la puerta de la despensa, y casi se cae al tropezar con su labor. Subió la escalera a toda velocidad y jadeando entró en el cuarto de jugar. Pip la esperaba allí leyendo.

—¡Pip! ¡Lo he descubierto todo, sencillamente todo! —exclamó Bets—. Y «sí» hay un misterio que resolver… y distinto a todos los que se nos han presentado hasta ahora.

Se oyeron risas en el exterior. Eran los otros que llegaban.

—Espera un poco —dijo Pip, excitado—. Aguarda a que suban los demás y entonces ya puedes contárnoslo a todos. ¡Caramba, debes de haberlo hecho muy bien, Bets!

Los otros vieron en seguida por el rostro de Bets que tenía noticias que comunicarles.

—¡Bien por Bets! —exclamó Fatty—. Adelante, Bets. ¡Suéltalo ya!

Bets se lo explicó todo.

—Alguien ha escrito una carta «nónima» a Gladys —les dijo—. ¿Qué «es» una carta «nónima», Fatty?

Fatty sonrió.

—Tú quieres decir una carta «anónima», Bets —le dijo—. Es una carta que se envía sin la firma del remitente… por lo general es una carta cobarde en la que se dicen cosas que quien la ha escrito no se atrevería a decir cara a cara. De manera que Gladys recibió una carta anónima, ¿eh?

—Sí —replicó Bets—. Aunque no sé lo que decía esa carta, pero la disgustó mucho. La señora Luna consiguió saber de qué se trataba y la hizo que fuera a hablar con mamá y con papá, y ellos telefonearon al señor Goon.

—Y él vino a todo correr, relamiéndose de gusto porque tenía un misterio que resolver y nosotros lo ignorábamos —dijo Fatty—. Así, pues, tenemos por aquí a un escritor de cartas anónimas, ¿no es cierto? Un ser repugnante y cobarde… bien, aquí tenemos nuestro misterio, ¡pesquisidores! ¿«Quién» es el autor de las cartas «nónimas»?

—Eso no podremos descubrirlo nunca —replicó Daisy—. ¿Cómo diantre podríamos hacerlo?

—Hemos de trazar planes —propuso Fatty—. ¡Y hemos de

buscar pistas! —el rostro de Bets se iluminó en seguida. Le encantaba el buscar pistas—. Debemos hacer una lista de sospechosos… de las personas que pueden haber sido. Debemos…

—No hemos de trabajar con Goon, ¿verdad? —preguntó Pip—. No necesita saber que estamos enterados, ¿no os parece?

—Pues… él cree que lo sabemos ya casi todo —repuso Fatty—. No sé por qué no hemos de decirle que sabemos tanto como él, sin decirle cómo lo hemos averiguado, e incluso hacerle pensar que sabemos muchísimo más aún de lo que sabemos. ¡Eso hará que se espabile un poco!

Así que la próxima vez que los cinco Pesquisidores encontraron al policía, se detuvieron para hablar con él.

—¿Qué tal le va en ese caso tan difícil? —le preguntó Fatty muy serio—. Er… presenta unas pistas tan extrañas, ¿no es cierto?

El señor Goon, que no había descubierto ni una sola pista, quedó muy contrariado al oír que al parecer los niños sabían cosas que él ignoraba, y les miró de hito en hito.

—Decidme qué pistas habéis encontrado —dijo al fin—. Haremos intercambio de pistas. Me sorprende lo mucho que habláis de este asunto cuando no debíais saber nada de nada.

—Sabemos mucho más de lo que usted se figura —replicó Fatty con aire solemne—. Es un caso muy difícil y… er… emocionante.

—Explicadme cuáles son vuestras pistas —volvió a decir el señor Goon—. Será mejor que intercambiemos nuestros indicios como ya os he dicho. Siempre he pensado que es mejor ayudarse que fastidiarse.

—Vaya, ¿dónde habré puesto esas pistas? —dijo Fatty registrando sus bolsillos. Sacó una rata blanca y se la quedó mirando—. ¿Esto era una pista o no? —preguntó a los otros—. No me acuerdo.



Era imposible no echarse a reír, y Bets se expansionó alegremente. El señor Goon echaba chispas.

—¡Largaros! —dijo en tono majestuoso—. ¡Os burláis de todo! ¡Mira que querer ser detectives! ¡Bah!

—¡Qué palabra más bonita! —dijo Bets cuando todos se alejaban riendo—. ¡Bah! ¡Bah, Pip! ¡Bah, Fatty!

Capítulo VI

Los pesquisidores trazan sus primeros planes

Aquel día fueron todos a merendar a casa de Fatty. La señora Trotteville había salido, así que los cinco niños merendaron en la reducida habitación de Fatty, que ahora parecía más pequeña que nunca puesto que Fatty había comprado varios disfraces y pelucas. Los niños lanzaron exclamaciones de entusiasmo al contemplar un delantal rayado azul y blanco de ayudante de carnicero y un uniforme completo de ascensorista con gorra y todo.

—Pero Fatty, ¿cuándo vas a poder disfrazarte de chico del ascensor? —le preguntó Larry.

—Nunca se sabe —fue la respuesta de Fatty—. Ya veis, sólo busco disfraces que vayan bien a un niño. Si fuera mayor podría tener docenas y docenas… un traje de marino, de cartero, e incluso de policía. Pero siendo todavía un niño tengo que limitarme.

Fatty tenía también una librería completa de novelas policiacas. Leía todas las que conseguía encontrar.

—De esta manera aprendo muchas cosas —decía—. Yo creo que Sherlock Holmes fue uno de los mejores detectives. Caramba, él sí que tenía buenos misterios que resolver. ¡No creo que ni siquiera yo hubiera podido descifrar ninguno!

—Eres un engreído —dijo Larry probándose la peluca roja que le daba un aspecto muy particular—. ¿Cómo te pusiste las pecas que llevabas con esta peluca? —quiso saber.

—Con pintura grasa —repuso Fatty—. Ahí están mis pinturas… son las que usan los actores para maquillarse. Un día de estos me

voy a maquillar como un niño negro y os daré un buen susto.

—¡Oh… asusta también al viejo Ahuyentador! —suplicóle Bets —. Déjame probar esa peluca, Larry, por favor.

—En realidad tendríamos que estar trazando planes para solucionar este misterio —dijo Fatty sacando un hermoso lápiz dorado de su bolsillo. Pip se sorprendió.

—¡Caramba! ¿Es de oro?

—Sí —repuso Fatty como sin darle importancia—. Lo gané durante el curso pasado por el mejor ejercicio. ¿No os lo dije? Era una composición maravillosa sobre…

—Está bien, está bien —dijeron Larry y Pip a una—. ¡Te creemos, Fatty!

—He vuelto a tener unas notas maravillosas —dijo Fatty—. ¿Y tú, Pip?

—Ya sabes que no —dijo Pip—. Oíste cómo mi madre lo decía. Cállate, Fatty.

—Hablemos de nuestro misterio —dijo Daisy al ver que se preparaba una pelea—. Escribe algunas notas, Fatty. Sigamos.

—Ahora iba a hacerlo —replicó Fatty con aire ceremonioso, y con hermosas letras encabezó una página de un precioso cuaderno de cuero. Los otros miraron para ver lo que había escrito:

MISTERIO N.° 4. EMPEZADO EL 5 DE ABRIL

—Oh… eso está muy bien —dijo Bets.

«PISTAS», fue la palabra siguiente escrita por Fatty en la página.

—Pero si no tenemos ninguna —dijo Pip.

—Pronto las tendremos —replicó Fatty volviendo la página y en la siguiente escribió—: «SOSPECHOSOS».

—Tampoco sabemos de ninguno —comentó Daisy—. Y os aseguro que no sé cómo demonios vamos a poder encontrarlos.

—Dejádmelo a mí —exclamó Fatty—. Pronto tendremos algo más en que poder trabajar.

—Sí, pero ¿qué? —dijo Pip—. Quiero decir que es inútil buscar huellas, o colillas, o pañuelos perdidos ni nada parecido. No hay nada que pueda servirnos de pista.

—Hay una cosa muy importante —dijo Fatty.

—¿Cuál es? —preguntaron todos.

—Esa carta anónima —dijo Fatty—. Es muy importante que la veamos. ¡Muy importante!

—¿Quién la tiene? —preguntó Larry.

—Puede que la tenga mi madre —dijo Pip.

—Es más probable que la conserve Gladys —replicó Fatty—. Eso es lo primero que hemos de hacer. Ir a ver a Gladys y preguntarle si ella sabe o se figura quién puede haberle escrito esa carta. También hemos de averiguar todo lo que dice.

—Vamos ahora mismo —propuso Pip, que siempre quería poner en práctica en seguida todo lo que decidían.

—Bien. Llévanos tú —dijo Fatty, y Pip se quedó desconcertado.

—Pero si no sé dónde vive Gladys —dijo.

—Ah, yo pensaba que sí lo sabíais —replicó Fatty—. Bien, Pip, tú debes averiguarlo. Eso es lo primero que hay que hacer… averiguar dónde vive Gladys.

—Puedo preguntárselo a mamá —dijo Pip, pensativo.

—No seas tan estúpido —saltó Fatty al punto—. ¡Usa tu cerebro! Sabes muy bien que tus padres no quieren que nos metamos en este misterio, y tenemos que disimular que estamos tratando de averiguar cosas. Bajo ningún pretexto se lo preguntes a tu madre… ni tampoco a la señora Luna.

—Bueno, ¿entonces cómo voy a averiguarlo? —dijo Pip, al parecer muy asombrado.

—¡Ya sé cómo, ya sé cómo! —gritó Bets de pronto—. Gladys me prestó un libro hace tiempo y no tuve tiempo de devolvérselo antes de que se marchara. Puedo decírselo a la señora Luna y pedirle la dirección de Gladys para enviárselo.

—¡Eres muy inteligente! —dijo Fatty—. ¡Estás adelantando mucho, Bets! Tal vez sea mejor que tú te encargues de esto, en lugar de Pip.

—Yo también tengo una idea —dijo Pip bastante molesto.

—¿Qué es? —le preguntó Bets.

—Pues… si pongo un pedazo de papel dentro de un sobre y lo envío a nombre de Gladys a nuestra dirección y lo echo al correo, mamá rectificará las señas para remitírselo y yo puedo leerlas cuando deje la carta en el mueble del recibidor para que la echen al

correo —explicó Pip.

—Sí, ésa es también una idea muy buena —dijo Fatty—. Ni a mí se me hubiera ocurrido otra mejor. Te has ganado el primer puesto de la clase, Pip.

Pip sonrió.

—Bueno… Bets y yo pondremos en práctica nuestras ideas —dijo— y seguro que uno de los dos consigue la dirección de Gladys.

—Aquí tienes un pedazo de papel y un sobre —dijo Fatty—. Pero disfraza tu letra, Pip.

—¿Por qué? —preguntó Pip, sorprendido.

—Pues, dado que tu madre recibe cartas tuyas todas las semanas mientras estás en el internado, es probable que reconociera tu letra y se preguntase por qué diantre escribías a Gladys cuando ya se había ido —dijo Fatty en tono paciente, pero con voz cansada.

—¡Fatty piensa en todo! —exclamó Daisy con admiración.

Pip comprendió en seguida la idea, pero dudaba de saber disimular su caligrafía lo suficiente.

—Trae… déjame a mí. Yo lo haré —se ofreció Fatty, quien al parecer era capaz de disfrazar su letra con la misma facilidad que su persona, o su voz. Cogió el sobre y ante la gran admiración de los niños, escribió el nombre de Gladys y la dirección de Pip con una letra menuda, muy de persona mayor, completamente distinta a la suya.

—Ahí tienes —dijo—. ¡Elemental, mi querido Pip!

—¡Maravilloso, señor Sherlock Holmes! —replicó Pip—. Sinceramente, Fatty, eres una maravilla. ¿Cuántas letras diferentes sabes hacer?

—Todas las que quieras —replicó Fatty—. ¿Quieres ver letra de una pobre asistenta? ¡Aquí la tienes!

Y escribió unas palabras con letra fea y desigual.

—¡Oh, es la misma letra de la señora Cockles! —exclamó Bets entusiasmada—. Algunas veces deja una nota para el lechero… «dos litros», o algo por el estilo… y tiene una letra igual que ésa.

—Ahora escribe como el viejo Ahuyentador —propuso Larry—. ¡Adelante! ¿Cómo escribe «él»?

—Bueno, he visto su letra, así que sé cómo es —dijo Fatty—, pero si no la hubiera visto la sabría igual… deberían encarcelarle

por escribir así…

Y escribió una o dos frases con letras grandes y complicadas, todas las letras terminadas en floreos… una escritura descuidada que quería impresionar… sí, muy propia del señor Goon.

—Fatty, siempre estás haciendo algo sorprendente —le dijo Bets con un suspiro—. No hay nada que tú no puedas hacer. Ojalá fuese como tú.

—Sigue siendo como eres. No podrías ser mejor —dijo Fatty dando unas palmaditas en el hombro de la niña, que se alegró mucho. Sentía una gran admiración por Fatty.

—¿No sabéis? Durante el curso pasado, un día quise ensayar una letra nueva con mi profesor de clase —explicó Fatty—. De manera que hice una escritura muy pequeña y cuidada, picuda y algo inclinada hacia atrás… y el viejo Tubbs no quiso creerlo… dijo que alguien me había hecho el ejercicio, y me obligó a hacerlo de nuevo.

—Pobre Fatty —dijo Bets.

—Bien, la siguiente vez que le entregué mi composición estaba escrita con la propia letra del viejo Tubbs —dijo Fatty con una sonrisa—. ¡Caramba, vaya sorpresa que se llevó el buen maestro al ver un ejercicio escrito con su propia letra!

—¿Y qué dijo? —quiso saber Pip.

—Me dijo: «¿Quién te ha hecho el ejercicio esta vez, Trotteville?». Y yo le contesté: «¡Cielo santo, yo diría que “usted”!» —explicó Fatty. Los otros se echaron a reír. Las historias del colegio que contaba Fatty podrían ser o no ser ciertas, pero siempre eran divertidas.

Pip introdujo el pedazo de papel en el sobre escrito por Fatty y lo cerró. Luego puso en él el sello de franqueo que le entregó Fatty.

—¡Ya está! —dijo—. Esta noche, camino de casa, lo echaré al buzón. Alcanzará la recogida de las seis y media y estará en casa mañana por la mañana. Y si entonces no consigo ver la nueva dirección escrita en este sobre es que no me llamo Pip.

—Si tú no te llamas Pip —dijo Bets—, sino Philip.

—¡Muy gracioso! —dijo Pip—. ¡No se me había ocurrido!

—Ahora no os peleéis vosotros —dijo Fatty—. Bueno, de momento hemos hecho todo lo que se podía hacer. Vamos a jugar.

Yo os enseñaré un juego nuevo.

Y les enseñó un juego que les hizo gritar y revolcarse de tal manera que la señora Trotteville tuvo que abrir para decirles que si alguno de ellos se había hecho daño que bajara a decírselo, pero que si sólo estaban jugando que hicieran el favor de salir al jardín y colocarse lo más lejos posible.

—Ooooh. Yo no sabía que tu mamá había vuelto —dijo Pip, quien en realidad se había extralimitado—. Qué juego tan terribles es éste, Fatty.

—¡Vaya… si son casi las seis y media! —exclamó Larry—. Si has de ir a echar esa carta, será mejor que te vayas ya, joven Pip. Y cepíllate, por amor de Dios, estás hecho una lástima.

—¡Bah! —replicó Pip recordando la última exclamación del señor Goon. Se cepilló volviéndose a colocar en su sitio el nudo de la corbata—. Vamos, Bets —dijo—. Bueno, hasta la vista… mañana os daremos la dirección de Gladys y entonces podremos ir a verla y examinar nuestra primera pista… ¡la carta «nómina»!

Y echó a correr por la avenida con Bets. Fatty se asomó por la ventana de su habitación y les gritó:

—¡Eh! ¡Eres un detective estupendo! ¡Te olvidas de la carta!

—¡Es verdad! —exclamó Pip volviendo corriendo a buscarla. Fatty se la arrojó por la ventana. Después de cogerla Pip echó a correr de nuevo, y acompañado de Bets llegó al buzón de la esquina a tiempo de alcanzar al cartero que estaba vaciando las cartas de dentro.

—¡Una más! —le gritó Pip—. ¡Gracias, cartero! Vamos, Bets. En cuando lleguemos a casa pondremos en práctica tu idea del libro.

Capítulo VII

Pip y Bets sufren una desilusión

Tan pronto llegó a casa, Bets corrió a buscar el libro que Gladys le había prestado y en seguida lo encontró. Era un libro antiguo —premio de un colegio—, se titulaba «La Santita». A Bets le había aburrido bastante, pues «La Santita» había sido una niña demasiado buena para ser real. A Bets le gustaba más leer cosas de niños traviesos y llenos de vitalidad.

Envolvió el libro cuidadosamente y luego fue a dar las buenas noches a su madre, que estaba leyendo en el salón.

—¿Vienes a darme las buenas noches, Bets? —le dijo mirando el reloj—. ¿Lo habéis pasado bien en casa de Fatty?

—¡Sí! Hemos jugado a un juego nuevo que él nos ha enseñado —dijo Bets—. Fue muy divertido.

—Supongo que siendo cosa de Federico sería ruidoso y absurdo —replicó su madre—. ¿Qué es eso que llevas ahí, Bets?

—Oh, es un libro que me prestó Gladys, mamá —dijo Bets—. Iba a ir a preguntarle a la señora Luna su dirección para poder enviárselo. ¿Puedes darme un sello, mamá?

—No necesitas pedírselo a la señora Luna —fue la respuesta de su madre—. Yo cuidaré de que llegue a manos de Gladys.

—Oh —exclamó Bets—. Bueno... yo escribiré la dirección, puesto que ya puse el nombre. ¿Qué dirección es, mamá?

—Yo la escribiré —replicó la señora Hilton—. Y ahora no te entretengas más, Bets, que se hace tarde. Sube a acostarte y deja aquí el paquete.

—Oh, déjame que escriba la dirección —dijo la pobre Bets viendo que su maravillosa idea se iba al agua, y no era justo—.

Tengo ganas de escribir, mamá.

—¡Entonces será la primera vez en tu vida! —dijo la señora Hilton—. Siempre has dicho que no te gustaba escribir. Vete a la cama ya, Bets.

Y Bets tuvo que marcharse. Dejó el libro encima de la mesa con gran dolor de su corazón, pero tal vez Pip pudiera ver la dirección más tarde si su madre la escribía en el papel.

Pip dijo que estaría al tanto. De todas formas no tenía mayor importancia. Su propia carta llegaría por la mañana y pronto descubrirían la nueva dirección.

Cuando bajó de cenar pulcro y aseado, vio el libro encima de la mesa; leyó el nombre de Gladys… pero allí no estaba todavía la dirección.

—¿Quieres que te escriba la dirección a Gladys, mamá? —le preguntó amablemente—. Es para ahorrarte tiempo.

—¡No comprendo por qué esta noche Bets y tú tenéis tantas ganas de escribir! —dijo la señora Hilton levantando los ojos del libro—. No, Pip. Ahora no quiero molestarme en buscar la dirección y no la sé de memoria. Déjalo.

De manera que tuvo que dejarlo. Pip se animó pensando que su carta llegaría por la mañana. ¡Estaba seguro de que su idea era mejor que la de Bets!

A la mañana siguiente Pip bajó muy temprano para esperar al cartero. Cogió todas las cartas que llegaron y las puso junto al plato de su madre. Entre ellas estaba la suya escrita con la letra de Fatty, disfrazada.

—Hay una carta para Gladys, mamá —dijo Pip a la hora del desayuno—. Tendrás que remitírsela a su casa.

—¡Querido Pip, no es necesario que me lo digas! —exclamó la señora Hilton.

—¿Pusiste la dirección en el paquete? —preguntó Bets, atacando los huevos pasados por agua con gran apetito.

—No. Anoche no la recordaba —dijo la señora Hilton leyendo sus cartas.

—¿Quieres que Pip y yo te llevemos el paquete y las cartas al correo? —preguntó Bets considerándolo una buena idea.

—Si queréis… —respondió la señora Hilton, y Bets le guiñó un

ojo a Pip. ¡Ahora la cosa iba a ser muy sencilla! Los dos podrían con toda facilidad ver la dirección deseada.

Después del desayuno llamaron por teléfono a la señora Hilton mientras los niños deambulaban por allí en espera de llevar las cartas. La señora Luna fue quien atendió al teléfono y fue a avisar a la señora Hilton.

—La llaman por teléfono, señora —le dijo.

—¿Quién es? —quiso saber la señora Hilton, y Pip y Bets quedaron muy extrañados al ver que la señora Luna hacía una seña misteriosa a su madre, pero sin decir ningún nombre. No obstante, la señora Hilton pareció comprender perfectamente, pues se puso en pie y fue al teléfono cerrando la puerta tras ella para que los niños no pudieran seguirla sin ser vistos.

—Vaya…, ¿quién estará al teléfono que mamá no quiere que lo sepamos? —dijo Pip, contrariado—. ¿Has visto lo misteriosa que estaba la señora Luna, Bets?

—Sí —respondió Bets—. ¿No podríamos abrir un poco la puerta y escuchar, Pip?

—No —dijo Pip—. No podemos hacerlo, puesto que mamá no quiere que la oigamos.

Su madre regresó al cabo de unos minutos. No dijo quién la había llamado y los niños no se atrevieron a preguntárselo.

—¿Quieres que vayamos ahora a correos? —le dijo al fin Pip—. Estamos dispuestos.

—Sí. Ahí están las cartas —dijo la señora Hilton.

—¿Y mi paquete para Gladys? —preguntó Bets.

—Oh, no hay necesidad de enviarlo ahora… ni su carta tampoco —dijo la señora Hilton—. Alguien va a ir a verla hoy y él se la llevará. Eso nos ahorrará el franqueo del paquete.

—¿Quién va a ir a ver a Gladys? —preguntó Pip—. ¿Podemos ir nosotros también? Me gustaría volver a verla.

—Pues no podéis ir —replicó la señora Hilton—. Y por favor, no empecéis a querer descubrir cosas, Pip, porque, como ya os dije, esto nada tiene que ver con vosotros. Podéis llevar las otras cartas al correo. Si vais ahora alcanzaréis la recogida de las diez.

Pip y Bets se fueron muy contrariados. Bets estaba a punto de llorar.

—Qué mala suerte, Pip —le dijo cuando estuvieron en la calle—, teníamos tan buenas ideas… ¡y no nos han servido de nada!

—Echaremos las cartas y luego iremos a ver a Fatty —dijo Pip, abatido—. Supongo que él pensará que debíamos haberlo hecho mejor. Él siempre cree que hace las cosas a las mil maravillas.

—Bueno, y es verdad —respondió Bets con lealtad—. Deja que «yo» eche las cartas, Pip. Aquí está el buzón.

—Tómalas. ¡Qué niña eres, aún te gusta echar las cartas al buzón! —le dijo Pip. Bets las introdujo en el buzón y luego emprendieron el camino de la casa de Fatty. Le encontraron en casa leyendo una novela policíaca.

—Nuestras ideas no han servido de nada —le anunció Pip, y acto seguido le contó a Fatty lo ocurrido, pero éste se mostró inusitadamente comprensivo.

—Qué mala suerte —les dijo—. Los dos tuvisteis muy buenas ideas, y sólo la mala suerte ha impedido que tuvieran su recompensa. Vaya… ¿Quién irá a ver a Gladys?

—Mamá dijo «él» —prosiguió Pip—. Nos dijo: «Alguien va a ir a verla hoy, y él se lo llevará».

—Entonces está bien claro —replicó Fatty rápidamente—. ¡«Él» únicamente puede significar una sola persona… y ésa es el viejo Ahuyentador! Bueno, ahora ya sabemos lo que hemos de hacer.

—«Yo» no lo sé —dijo Pip todavía apesadumbrado—. Tú siempre lo sabes todo, Fatty.

—¡Inteligencia, mi querido amigo, inteligencia! —respondió Fatty—. Bueno, escuchad… si es Goon quien va a ir a ver a Gladys sólo tenemos que esperar y seguirle, ¿no es cierto? Supongo que irá en su bicicleta… ¡bien, nosotros podemos ir en las nuestras! ¡Bien sencillo!

Pip y Bets se animaron. La idea de seguir al viejo Ahuyentador les atraía. Tendrían esa diversión y además averiguarían dónde vivía Gladys. Sí, el día les pareció ahora mucho más atrayente.

—Id a decírselo a Larry y a Daisy —les dijo Fatty—. Tendremos que montar guardia para vigilar la casa del viejo Ahuyentador para que sepamos cuándo sale. Voto porque pidamos otra vez a nuestras madres que nos preparen la comida y así tendremos todo el tiempo que queramos y volveremos cuando nos convenga.

—Voy a comprarle unos bombones a Gladys —les dijo Bets—. Me es muy simpática.

—Sería muy buena idea que todos le lleváramos algún regalito —dijo Fatty, pensativo—. Para demostrarle que lo sentimos y que estamos de su parte, así estará muy dispuesta a hablar.

—Bueno, iré a decir a Larry y a Daisy que saquen sus bicicletas y se traigan la comida —dijo Pip—. Será mejor que me dé prisa por si acaso el viejo Ahuyentador piensa ir esta mañana. Bets, será mejor que vuelvas a casa conmigo y cojas tu bicicleta porque los dos la necesitaremos. Luego iremos a casa de Larry y compraremos algunas cosillas para Gladys.

—Yo vigilaré la casa de Goon por si saliera antes de que regresarais —dijo Fatty—. Primero iré a buscar unos bocadillos. ¡Nos veremos en la esquina de la casa de Goon!

Al cabo de media hora Larry, Daisy, Bets y Pip estaban con Fatty en la esquina, cerca de la casa del viejo Ahuyentador con los bocadillos y los regalos para Gladys. Goon no había dado señales de vida.

Pero al cabo de diez minutos, Larry, que estaba de guardia, lanzó un silbido. Era la señal de que Goon salía de su casa. Iba en su bicicleta, y su figura rechoncha de piernas cortas resultaba aún más grotesca en aquella postura, y sus enormes botas apoyadas sobre los pedales les hacían parecer extraordinariamente pequeños.

Había tomado el camino que llevaba al río.

—¡Puede que lo cruce en el vaporcito! —jadeó Fatty pedaleando furiosamente—. ¡Vamos! No doblemos la esquina todos al mismo tiempo para que no nos descubra. Yo siempre iré el primero.

Pero por desgracia el señor Goon había bajado a la orilla del río sólo para dejar un recado al granjero que allí vivía. Le encontró en el campo y le dio el mensaje de viva voz, volviendo luego rápidamente a su bicicleta para subir de nuevo la colina. Dobló la esquina a toda velocidad y se encontró de repente en el centro de los cinco Pesquisidores.

Se cayó al suelo con gran estrépito. Los niños se apearon tratando de ayudarle, mientras «Buster», saltando fuera de su cesta, ladraba alegremente.

—¿Se ha hecho usted daño, señor Goon? —le preguntó Fatty,

cortés—. Venga, deje que le ayude.

—¡Dejadme en paz! —replicó el señor Goon de mal talante—. ¡Ir los cinco en hilera por un camino tan estrecho! ¿Qué os proponíais?

—Cuánto lo siento, señor Goon —dijo Fatty, y Pip tuvo que contener la risa. ¡El viejo Ahuyentador estaba tan gracioso tratando de librarse de su bicicleta!

—Sí, reíros, tenéis un valor —gruñó el señor Goon—. Ya os arrepentiréis, de eso me encargo yo. Esta mañana iré a ver a vuestra madre para quejarme de vosotros. Voy a ir ahora mismo.

Fatty cepilló la espalda del señor Goon con tal vigor que el policía se apartó de un salto.

—Está usted completamente cubierto de polvo, señor Goon —le dijo Fatty—. No puede ir así a casa de la señora Hilton. ¡Sólo unas cuantas sacudidas más y estará usted limpio!

—¡Aguarda a que tú recibas las sacudidas que «te» mereces! —dijo el señor Goon volviendo a ponerse el casco con fuerza—. ¡En mi vida he visto unos niños como vosotros! ¡En donde aparecéis no hay más que complicaciones! ¡Bah!

Y se alejó dejando a los niños de pie junto a sus bicicletas.

—Bueno, ha sido mala suerte el tropezar con él de esta manera —dijo Fatty—. No quería que hoy viera a ninguno de vosotros. No quiero que sospeche que le seguimos. Dejadme pensar… ahora va a ver a tu madre para que le entregue esas cosas para Gladys, Pip. No cabe la menor duda. Así que lo que tenemos que hacer es esperarle en alguna parte y entonces seguirle cautelosamente.

—Vayamos todos a la esquina de la iglesia —dijo Pip—. No tiene más remedio que pasar por allí vaya donde vaya. ¡Vamos!

Así que allí se fueron, escondiéndose tras unos árboles en espera de que el viejo Ahuyentador tomara el camino de la casa de Gladys.

Capítulo VIII

Charlando con la pobre Gladys

Al cabo de media hora llegó el señor Goon en su bicicleta y pasó junto a los niños escondidos sin verles.

—¡Ahora escuchadme! —dijo Fatty—. Es inútil que le persigamos en grupo porque en seguida nos descubriría. Yo iré primero y os llevaré una buena delantera, y vosotros me seguís, ¿comprendido? Si tengo que tomar algún otro camino os lo haré saber arrojando una hoja de mi librito de notas.

—Hoy hace viento. Será mejor que te bajes de la bicicleta y señales con tiza en los indicadores cuál es el camino que has tomado —le dijo Pip—. El papel podría volar. ¿Llevas tiza, Fatty?

—¡Pues claro! —replicó Fatty sacando un pedazo de sus bien surtidos bolsillos—. Sí, es una idea mejor que la mía. ¡Bien por ti, Pip! Bueno, ahora saldré delante de vosotros. Mirad, ahí se ve al viejo Ahuyentador subiendo lentamente la colina en la distancia. Parece como si fuera a tomar la carretera principal.

Fatty se alejó silbando, y los otros aguardaron un poco antes de salir tras él. Era fácil distinguirle en el campo abierto, pero pronto llegaron a una bifurcación y Fatty había desaparecido de su vista.

—¡Ahí está su señal hecha con tiza! —exclamó Daisy, cuyos ojos despiertos habían descubierto la marca en uno de los caminos—. ¡Es por aquí!

Siguieron adelante. Ahora veían a Fatty muy raramente, ya que él y el señor Goon habían abandonado la carretera principal y avanzaban por caminos estrechos y zigzagueantes, pero en cada recodo dudoso encontraban su inconfundible señal.

—Esto es muy divertido —dijo Bets, a quien le encantaba buscar

aquellas flechas blancas—. ¡Pero, pobre de mí, ojalá no sea muy lejos!

—Parece como si Gladys viviese en Haydock Heth —les dijo Larry—. Esta carretera conduce allí. Mirad, ahora viene una subida. ¡Arriba! Apuesto a que Fatty la encontrará muy pesada llevando a «Buster» en la cesta. «Buster» parece como si pesara muchísimo más cuando va en la cesta de la bicicleta.

En la cima de la colina, junto a un recodo, les aguardaba Fatty, al parecer muy excitado.

—¡Ha entrado en la última de esas casas! —exclamó—. Y mirad qué suerte… hay un letrero que dice «Refrescos» en la ventana. Eso significa que venden limonadas y coca-colas, de manera que tenemos muy buena excusa para entrar cuando el viejo Ahuyentador se haya marchado.



—Será mejor que nos metamos por ese camino, ¿no os parece? —dijo Larry—. Quiero decir… ¡que si el viejo Ahuyentador sale de repente nos verá!

De manera que llevaron sus bicicletas a un caminito tortuoso cuyos árboles eran tan espesos que formaban como un túnel verde sobre sus cabezas.

—Dejemos que «Buster» corretee un poco —dijo Fatty sacándole de la cesta, pero por desgracia en aquel momento pasaba un gato por el camino, que acababa de salir repentinamente del seto, y «Buster» emprendió rápidamente su persecución ladrando con alboroto. Los gatos y los conejos le entusiasmaban.

El gato, al ver a «Buster», decidió actuar rápidamente, y salió disparado saltando la tapia del jardín posterior de la casa en la que entrara el señor Goon. «Buster» trató de saltar a su vez sin conseguirlo…, pero haciendo uso de su inteligencia, decidió que debía haber otra entrada y fue hacia la puerta principal.

Entonces se armó tal algarabía de ladridos y aullidos, mezclado con el cacareo de gallinas asustadas, que los niños quedaron como petrificados. ¡Y allí salieron el señor Goon con una mujer de nariz aguileña… y Gladys!

—¡Largo de aquí! —le gritaba el señor Goon a «Buster»—. ¡Perro malo! ¡Lárgate!

Con un ladrido de alegría «Buster» se abalanzó sobre los tobillos del policía mordisqueándolos juguetonamente. El señor Goon le propinó una patada que le hizo huir aullando.

—¡Es el perro de ese niño! ¡Márchate! ¿Qué estará haciendo aquí? ¿Es que ese niño Federico Trotteville ha estado enredando por aquí?

—Esta mañana no ha venido nadie más que usted —respondió Gladys—. Oh, señor Goon, y no pegue al perro de esa manera. No le ha hecho daño.

Era evidente que «Buster» estaba dispuesto a morder y Fatty, muy contrariado por tener que descubrirse, vióse obligado a montar en su bicicleta y llegarse hasta allí para llamar a «Buster».

—¡Eh, «Buster»! ¡Ven aquí!

El señor Goon se volvió dirigiendo a Fatty una mirada que hubiera acobardado a un león, pero que dejó impasible a Fatty.

—¡Vaya, señor Goon! —exclamó quitándose la gorra con toda cortesía—. ¡Qué casualidad «encontrarle» aquí! ¿También ha venido a dar un paseo en bicicleta? Hace un día espléndido, ¿no es cierto?

El señor Goon casi estalla.

—¿Y qué es lo que estás haciendo «tú» aquí? —le preguntó—. Explícamelo.

—Por el momento todo lo que he hecho es dar un bonito paseo en bicicleta —replicó Fatty alegremente—. ¿Y qué es lo que hace «usted» aquí, señor Goon? ¿Tomando un Coca-Cola? He visto un letrero en la ventana. Yo también voy a beber algo. Hoy hace mucho calor.

Y, ante el regocijo de los otros niños y la contrariedad del señor Goon, Fatty avanzó por el sendero del jardín delantero y entró en la casa. En el interior había una mesa pequeña en la que la gente podía sentarse para tomar sus refrescos. Fatty así lo hizo.

—Lárgate de aquí —le ordenó el señor Goon—. Yo estoy aquí por mi trabajo, ¿comprendes? Y no voy a consentir que me moleste un entrometido como tú. Yo «sé» para qué has venido aquí… para investigar… y para tratar de descubrir pistas y convertirte en un estorbo enojoso como siempre.

—Oh, eso me recuerda… —dijo Fatty empezando a registrar sus bolsillos con mirada grave—. ¿No dijimos que intercambiaríamos nuestras pistas, señor Goon? Dónde habré puesto ese…

—¡Como vuelvas a sacar esa rata blanca te desollaré vivo! —rugió el señor Goon, cuyos dedos estaban deseando dar papirotazos en las orejas de Fatty.

—Esa rata blanca no era ninguna pista después de todo —dijo Fatty en tono serio—. Me equivoqué. Debe ser una pista de otro caso del que me ocupo. Espere un poco… ¡oh, esto debe ser una pista!

Y sacando de su bolsillo una pinza de tender la ropa se la quedó mirando con aire grave. ¡El señor Goon, completamente fuera de sí, se la arrebató bruscamente y arrojándola al suelo la pisoteó! Luego, cuando estaba a punto de estallar, cogió su bicicleta por el manillar y se volvió a Gladys y la otra mujer.

—Ahora no olviden lo que les he dicho. Y comuníquenme cualquier cosa que ocurra. ¡Y no hablen con nadie de este asunto… son mis órdenes estrictas!

Y se alejó tratando de conservar una postura digna, pero por desgracia «Buster» corrió tras él, saltándole a los tobillos, de manera que el miedo lo hizo encorvarse y apresurar el paso. En cuanto se hubo marchado los niños rodearon a Fatty riendo.

—¡Oh, Fatty! ¿Cómo has podido? ¡Uno de estos días el viejo

Ahuyentador te matará!

—¡Gladys! ¡Cuánto he «sentido» que te fueras! ¡Vuelve pronto! ¡Mira lo que te he traído!

La tía de nariz aguileña hizo un gesto de impaciencia.

—¡Esta mañana no voy a poder ir a comprar! —exclamó—. Voy a irme ahora mismo, Gladys. Procura que la comida esté a su debido tiempo… y haz caso de lo que te ha dicho ese policía.

Y ante el alivio de los niños, se puso su sombrero viejo y un echarpe y desapareció por el camino caminando de prisa. Se alegraron de verla marchar porque parecía tener muy mal genio. Rodearon a Gladys, quien sonreía por la alegría de verles.

—¡Gladys! Sabemos que ha ocurrido algo que te hace sentirte desgraciada —dijo la pequeña Bets poniendo una bolsa de caramelos en la mano de la muchacha—. Y hemos venido para decirte que lo sentimos y para traerte unas chucherías. ¡Y por favor, vuelve, vuelve!

Gladys parecía muy conmovida y les llevó al interior de la casa donde les sirvió unos refrescos.

—Sois muy amables —les dijo llorosa—. Las cosas se han puesto difíciles… y a mi tía no le ha hecho mucha gracia mi regreso pero no puedo continuar viviendo en Peterswood cuando sé que… que… que…

—¿Que qué? —le dijo Fatty para ayudarla.

—No quieren que hable de ello —replicó Gladys.

—Bueno… sólo somos niños. No importa que «nos» lo digas —intervino Bets—. Todos te queremos, Gladys. Explícanoslo. ¡Vaya, nunca se sabe, puede que podamos ayudarte!

—Nadie puede ayudarme —exclamó Gladys mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Comenzó a desempaquetar las cosas que le habían llevado… caramelos, chocolate, un broche con la letra G, y dos pañuelitos. Ella pareció emocionarse mucho.

—Qué buenos sois —dijo—. Dios sabe cuánto necesito ahora un poco de simpatía.

—¿Por qué? —le preguntó Daisy—. ¿Qué ha ocurrido? Cuéntanoslo, Gladys. Te hará bien desahogarte con alguien.

—Pues ocurre lo siguiente —dijo Gladys—. Una vez hice algo malo de lo que me avergüenzo, ¿entendéis? Y tuve que ir a un

reformatorio para que me enseñaran a comportarme bien. Era un reformatorio muy bonito, me gustaba mucho y nunca volví a hacer nada malo. Bien, salí de allí y encontré trabajo… con su madre, señorito Pip, ¡y lo feliz que era yo trabajando, todos me trataban bien y yo ya me olvidaba de los malos tiempos!

—¿Sí? —dijo Fatty cuando Gladys hizo una pausa—. Continúa, Gladys. No te detengas.

—Entonces… entonces… —comenzó Gladys deshaciéndose en lágrimas—. Alguien me envió una carta diciéndome: «Sabemos que eres una mala persona y no debieras estar entre gente decente. ¡Márchate o te denunciaremos!».

—¡Qué vergüenza! —exclamó Fatty—. ¿Quién envió la carta?

—Eso no lo sé —replicó Gladys—. Estaba todo escrito con letras mayúsculas. Bueno, estaba tan disgustada que me eché a llorar delante de la señora Luna; ella me cogió la carta, y la leyó, y dijo que debía enseñársela a su madre, señorito Pip, y contárselo… pero yo no quería por temor a perder mi empleo. Pero ella me dijo: «Sí, ve, la señora Hilton lo arreglará todo». Así que fui, pero estaba tan trastornada que no pude pronunciar palabra.

—¡Pobre Gladys! —exclamó Daisy—. Pero estoy segura que la mamá de Pip fue amable contigo.

—Oh, sí… y le contrarió mucho una carta tan cruel —dijo Gladys enjugándose los ojos—. Y me dijo que podía marcharme dos o tres días a casa de mi tía para reponerme, mientras ella hacía averiguaciones para descubrir quién había escrito la carta… y evitar que hablaran de mí; así que aproveché la oportunidad, pero a mi tía no le agradó mucho verme.

—¿Por qué no acudiste a tus padres, Gladys? —preguntó la pequeña Bets, quien consideraba que eran los mejores amigos para cualquier hija desgraciada.

—No podía —replicó Gladys con tanta tristeza que los niños se asustaron.

—¿Por qué… es que… es que… han muerto? —quiso saber Bets.

—No. ¡Están… están… en la cárcel! —dijo la pobre Gladys llorando otra vez—. Veréis… siempre fueron poco honrados… robaban… y me enseñaron también a robar y la policía los cogió cuando descubrieron que yo iba a las tiendas con mi madre para

coger cosas que no debía, y me llevaron a un reformatorio. Yo no sabía que eso estaba mal hecho, ¿comprendéis?… ¡pero ahora lo sé!

Los niños se extrañaron de que pudieran haber padres tan malos. Miraron a Gladys y las lágrimas corrieron por las mejillas de Bets, quien tomó la mano de la muchacha.

—Pero ahora eres buena, ¿verdad, Gladys? —dijo la niña—. Ya no eres mala. Ahora eres buena.

—Sí… no he hecho nada malo desde entonces —respondió la pobre Gladys—. Ni nunca volveré a hacerlo. ¡Fueron tan buenos conmigo en el reformatorio… no podéis imaginároslo! Yo prometí a la matrona que estuviera donde estuviese siempre me portaría bien, y me alegré tanto cuando me enviaron a casa de su madre, señorita Bets. Pero ya ven… ¡dicen que los pecados siempre salen a la luz! Ya me imaginaba que nunca podría tener un buen empleo mucho tiempo, que alguien siempre haría circular que fui una ladrona y que mis padres siguen aún en la cárcel.

—¡Gladys… la persona que escribió esta carta y te amenaza con denunciarte, es mucho, muchísimo más mala que lo que tú hayas podido ser! —exclamó Fatty muy serio—. ¡Es una vergüenza!

—En el reformatorio había otra chica conmigo —dijo Gladys—, y ahora está en casa de la señora Garnett en «Villa Lacy» en Peterswood. Bien, ella también ha recibido una de estas cartas… sin firma. Pero ella no se preocupa tanto como yo. Ni se desmoralizó como yo. Pero vino a verme y me lo dijo, por eso lo sé. Ella no se lo dijo a nadie más que a mí, y tampoco sabe quién escribió las cartas.

—¿Se lo dijiste al señor Goon? —preguntó Fatty.

—Oh, sí —respondió Gladys—. Y en seguida se fue a ver a Molly. Él dice que pronto lo descubrirá todo y averiguará quién es el autor. Pero a mí me parece que ahora el mal ya está hecho, y nunca me atreveré a volver a mirar a la gente de Peterswood. Siempre he temido que se enteraran de mi pasado.

—Gladys, ¿dónde está esa carta? —dijo Fatty—. ¿Quieres enseñármela? Puede ser una pista muy importante para averiguar quién la escribió.

Gladys revolvió en su bolso y luego alzando la cabeza dijo:

—¡Es inútil que la busque! —exclamó—. ¡Claro, si se la he dado al señor Goon! Esta mañana vino a buscarla, y también tiene la

carta de Molly. ¡Dice que será capaz de averiguar muchas cosas por la escritura y demás!

—¡Diantre! —exclamó Fatty profundamente desilusionado—. ¡Nuestra única pista ha volado!

Capítulo IX

La primera pista auténtica

Los niños se quedaron un rato hablando con Gladys, y estaban tan desilusionados porque la carta obraba en poder del señor Goon que ella se compadeció y les dijo:

—Yo haré que me la devuelva junto con la de Molly. Y os enseñaré las dos. Esta tarde cuando oscurezca y nadie me vea, bajaré al pueblo para ver a Molly… luego pasaré por casa del señor Goon, le diré que me entregue las cartas, y os las prestaré a vosotros.

—¡Oh, gracias! —dijo Fatty animándose—. Eso será magnífico. Bueno, ahora será mejor que nos vayamos. No hemos traído la comida y se está haciendo un poco tarde. ¡Y tú tampoco has empezado a prepararla, Gladys!

—¡Oh, cielos, es verdad! —exclamó Gladys enrojeciendo—. ¡Estoy tan trastornada que me olvido de todo!

—Esta noche al ir a casa de Molly pasarás por delante de mi casa —le dijo Fatty—. ¿No podrías dejar las cartas en el buzón y pasar a recogerlas cuando regreses?

—Sí, eso haré —respondió Gladys—. Gracias por todas vuestras atenciones, habéis hecho que me sienta un poco mejor.

Los niños se marcharon.

—Es una buena chica, aunque no muy inteligente —comentó Fatty mientras pedaleaba—. ¡Qué jugada tan baja le han hecho… tratar de hacerle perder su empleo y trastornarla de esa manera! ¿Quién podrá ser? Apuesto a que es alguien que conoce el reformatorio en que estuvo Gladys y ha sabido que estuvo allí. ¡Dios santo, qué hambre tengo!

—Hemos tenido una mañana muy agitada —dijo Larry—. Aunque es una lástima que no hayamos podido ver esa carta.

—No importa… la veremos esta noche… ¡si el viejo Ahuyentador se la deja a Gladys! —exclamó Fatty—. Lo cual dudo mucho. ¡Él sospechará que quiere enseñárnosla a nosotros!

—Después de merendar iremos todos a tu casa —propuso Larry—. Y esperaremos a que lleguen las cartas. Yo creo que es mejor que la esperes junto a la puerta, Fatty… por si acaso alguien las cogiera del buzón antes que tú pudieras hacerlo.

Así que en cuanto hubo oscurecido, Fatty se escondió junto a la verja de entrada, dando un susto terrible a su madre cuando ésta regresaba a su casa.

—¡Cielo santo, Fatty! ¿Por qué tienes que esconderte entre las sombras? —le dijo—. ¡Me has dado un susto de muerte! Sal de ahí en seguida.

—Lo siento, mamá —dijo Fatty yendo con ella hasta la puerta de la casa… y saliendo por la del jardín posterior a renglón seguido, para volver a situarse ante la entrada.

Y llegó con el tiempo justo porque en aquel momento una figura oscura se inclinaba por encima de la verja preguntando:

—¿Es el señorito Federico? Aquí tiene las cartas. El señor Goon no estaba y tuve que esperarle pero como no volvía, las cogí y aquí están.

Gladys puso un paquete en las manos de Fatty y se alejó corriendo. Fatty lanzó un prolongado silbido. ¡Gladys no había esperado a que le dieran permiso para llevarse las cartas! Supo reconocer cuáles eran la suya y la de Molly y se las llevó con toda tranquilidad. ¿Qué iba a decir el señor Goon? No estaría muy satisfecho de Gladys… especialmente cuando supiera que se las había llevado a él… Fatty estaba convencido de que el señor Goon lograría que la pobre Gladys se lo confesase.

Entró en la casa y estuvo explicando a los otros lo que había ocurrido.

—Yo creo que lo mejor sería devolver las cartas sin que el viejo Ahuyentador supiese que han salido de su casa —dijo—. De no ser así, Gladys se verá en un aprieto. ¡Pero ante todo, vamos a examinarlas!

—Supongo que podemos hacerlo… —dijo Larry vacilando.

—Pues… yo no creo que importe, puesto que Gladys nos ha dado permiso —replicó Fatty mirando el paquetito.

—¡Caramba! —añadió—. ¡Aquí hay más de dos cartas! Mirad… una postal… una carta anónima dirigida a un tal Lucas, jardinero de «Villa Acacia», Peterswood… ¿y sabéis lo que dice?

—¿Qué? —exclamaron todos.

—Pues dice: ¿QUIÉN VA A PERDER SU EMPLEO POR VENDER LA FRUTA DE SU AMO? —leyó Fatty con disgusto—. ¡Diantre! Mira que enviar una postal así… ¡y además al pobre Lucas que debe pasar de los setenta!

—¡Así que otras personas han recibido cartas semejantes lo mismo que Gladys y Molly! —exclamó Larry—. Echemos un vistazo a la escritura, Fatty.

—Todas son iguales —respondió Fatty—. Están escritas con letras mayúsculas, mira… y todas dirigidas a personas de Peterswood. Hay cinco… cuatro cartas y una postal. ¡Qué desagradable!

Larry estaba examinando los sobres, que eran todos iguales, cuadrados, blancos y de papel barato.

—Fijaros —dijo Larry—. Todas han sido enviadas desde Sheepsale… esa pequeña ciudad con mercado a la que hemos ido algunas veces. ¿Significa acaso que las ha escrito alguien que vive allí?

—No es imprescindible que viva allí —replicó Fatty—. No, yo más bien creo que debe ser alguien que vive en Peterswood, porque sólo una persona de aquí puede conocer a las personas que ha escrito. ¿Qué dice exactamente el matasellos?

—Dice: Sheepsale, 11:45. 3 de abril —leyó Daisy.

—Eso fue el lunes —observó Fatty—. ¿Qué dicen los demás matasellos?

—Todos llevan fechas distintas —contestó Daisy—. Todas, excepto la de Gladys, son del mes de marzo… pero todas vienen de Sheepsale.

Fatty tomó nota de las fechas y luego sacó un pequeño calendario de bolsillo, y al cotejar las fechas lanzó un silbido.

—Qué curioso —dijo—. ¡Todas fueron echadas al correo en

lunes! Veamos… éste es un lunes… y éste… y éste… y éste. Quienquiera que las haya escrito debió hacerlo en domingo, y las echó al correo el lunes. Veamos… si esa persona vive en Peterswood, ¿cómo puede ir a Sheepsale con tiempo para alcanzar el correo de la mañana del lunes? No hay ningún tren que vaya a Sheepsale, sólo un autobús, y no muy a menudo.

—Los lunes hay mercado en Sheepsale —dijo Pip acordándose de pronto—. Y sale un autobús muy temprano. Esperad un poco, podemos mirarlo… ¿Dónde hay un horario de autobuses?

Como de costumbre, Fatty llevaba uno en su bolsillo y buscó el autobús de Sheepsale.

—Sí… aquí está. Hay un autobús que va de Peterswood a Sheepsale cada lunes… a las diez y cuarto… y llega allí a las once y un minuto. ¡Ahí tenéis… apuesto a que nuestro amigo el escritor de cartas anónimas sale de Peterswood con una de esas repugnantes cartas en su bolsillo, coge el autobús, llega a Sheepsale, echa la carta al correo… y luego continúa con los asuntos que tenga que hacer allí!

Parecía bastante verosímil, pero sin saber por qué Larry no lo creía posible.

—¿Y esa persona no puede ir en bicicleta? —dijo.

—Pues… «sí»… pero piensa en aquella terrible cuesta que hay hasta Sheepsale —respondió Fatty—. Nadie con sentido común iría en «bici» habiendo autobús.

—No… supongo que no —dijo Larry—. Bueno… no veo que eso nos lleve mucho más lejos, Fatty. Todo lo que hemos descubierto es que otras personas aparte de Gladys y Molly han recibido también anónimos… que todas vienen de Sheepsale y que fueron echadas al correo antes de las once cuarenta y cinco… y que es posible que su autor coja el autobús de las diez quince que va Sheepsale.

—¡Y dices «todo» lo que hemos descubierto! —exclamó Fatty—. Cáscaras, yo creo que hemos descubierto muchísimo. No te das cuenta de que ahora estamos sobre la verdadera pista… la pista que conduce a ese repugnante autor de cartas anónimas. ¡Vaya… si queremos podemos verle… o verla… el lunes por la mañana!

Los otros miraron a Fatty intrigados.

—Sólo tenemos que coger el autobús de las diez quince —

explicó Fatty—. ¿Comprendéis? Es seguro que en él va el culpable. ¿Y no podemos descubrirle con sólo verle la cara? ¡Apuesto a que «yo» sí!

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets llena de admiración—. Claro… cogeremos ese autobús. Pero, oh, «yo» estoy segura de que nunca sabría descubrir al culpable, nunca. ¿De verdad podrás saber quién es?

—Bueno, por lo menos te aseguro que lo intentaré —replicó Fatty—. Y ahora creo que lo mejor es que devuelva esas cartas. Pero primero quiero calcar algunas de estas frases… especialmente palabras como «Peterswood» que aparece en cada dirección… por si acaso encontramos a alguna persona que escriba de la misma forma.

—La gente no acostumbra a escribir con mayúsculas… sino en minúsculas —comentó Daisy, pero Fatty no le hizo caso, mientras cuidadosamente iba calcando algunas palabras, una de las cuales era «Peterswood». Después guardó el papel en su cartera. Una vez hecho esto volvió a colocar la goma elástica sujetando el paquete de cartas y se puso en pie.

—¿Cómo vas a devolver las cartas sin que te vean? —quiso saber Larry.

—Todavía no lo sé —replicó Fatty con una sonrisa—. Pero confío en mi suerte. Espera tú a Gladys y dile que no quiero que lleve ella las cartas por si acaso el señor Goon se enfadara con ella… y dile que he ido yo a devolverlas y que espero que ni siquiera llegue a enterarse de que ella las ha cogido.

—Bien —contestó Larry, y Fatty estaba ya a punto de marcharse cuando se volvió—. Tengo una idea. Será mejor que me ponga mi disfraz de repartidor de telegramas —dijo—. Por si el viejo Goon me sorprendiera. ¡No quiero que sepa que soy «yo» quien devuelve las cartas!

Fatty no tardó mucho en salir con su disfraz completo, con pecas, cejas pelirrojas y la peluca de igual color, y colocándose la gorra.

—¡Hasta luego! —les dijo antes de desaparecer. Pedaleó hasta la casa del señor Goon, y pronto descubrió, por la oscuridad que reinaba en la sala, que todavía no había regresado. Así que se dispuso a esperar hasta que recordó que se celebraba un concurso

de lanzamiento de dardos en la posada de la localidad, y se figuró que el policía estaría allí arrojando dardos.

Sus suposiciones eran acertadas. Al cabo de unos diez minutos, el señor Goon salía de la posada sintiéndose muy satisfecho de sí mismo, pues había quedado el segundo en el concurso. Fatty estuvo siguiéndole un poco en su bicicleta, luego lo adelantó por otra calle y doblando una esquina se precipitó sobre él.

—¡Eh! —exclamó el policía sin aliento—. ¡Eh! Mira por dónde andas. —Y encendiendo su linterna vio al repartidor de telegramas pelirrojo.

—Perdón, señor, le ruego que me perdone —dijo Fatty muy serio—. ¿Le he hecho daño? Siempre le estoy atropellando, ¿no es cierto, señor? Lo siento, señor. Soy algo atolondrado.

El señor Goon volvió a encasquetarse el casco. Las disculpas de Fatty le habían aplacado.

—Está bien, muchacho, no tiene importancia.

—Buenas noches, señor, gracias, señor —respondió Fatty desapareciendo, pero Goon no habría dado más de tres pasos cuando le vio regresar corriendo con un paquete en la mano.

—Oh, señor Goon, ¿se le ha caído esto? ¿O es de otra persona?

El señor Goon miró el paquete y los ojos casi se le salen de las órbitas.

—¡Las cartas! —exclamó—. ¡Y que yo sepa yo no las llevaba encima!

—Entonces supongo que deben pertenecer a otra persona —dijo Fatty—. Ya lo averiguaré.

—¡Eh, no! —exclamó el señor Goon arrancándole el paquete de la mano—. Son mías. Debo haberlas cogido sin darme cuenta, y no me extraña que se me hayan caído cuando tropezaste conmigo. Me alegro de que las hayas encontrado, jovencito. Son unas pruebas muy valiosas. Son propiedad de la Ley.

—Entonces espero que no vuelva a perderlas, señor —le dijo Fatty en tono grave—. Buenas noches, señor.

Y desapreció. El señor Goon se fue a su casa en un extraño estado de ánimo, preguntándose cómo era posible que hubiera sacado las cartas de su casa. Él estaba seguro de no haberlas cogido… pero de no ser así… ¿cómo pudo perderlas?

—Estoy perdiendo la memoria —se dijo con pesar—. Es una suerte que no las haya encontrado uno de esos niños. No dejaré que ese Federico Trotteville les ponga la vista encima. ¡He de impedirlo a toda costa!

Capítulo X

En el autobús de Sheepsale

No había nada más que hacer hasta el lunes por la mañana, y los niños estaban impacientes, pero no podían apresurar la llegada del lunes, ni tampoco la del autobús.

Fatty había escrito algunas notas bajo el título de «Pistas». Puso todo lo referente a las cartas anónimas y sus matasellos, e incluso había prendido en la página el papel en el que había calcado las letras mayúsculas.

—Ahora anotaré hasta dónde hemos llegado en este caso —dijo —. Eso es lo que hace la policía, y todos los buenos detectives. Es una manera de aclarar la mente, ¿comprendéis? Algunas veces se le ocurren a uno muy buenas ideas cuando lee lo que ha escrito.

Cada uno de ellos leyó lo escrito por Fatty, considerándolo excelente, pero por desgracia a ninguno se le ocurrió idea alguna después de leerlo. No obstante los pasajeros del autobús de Sheepsale tal vez les proporcionaron unas nuevas pistas.

Los cinco niños no pudieron evitar sentirse excitados el lunes por la mañana. Larry y Daisy se llevaron un buen susto cuando su madre les dijo que quería que fuesen a comprarle algunas cosas… pero al saber que pensaban ir a Sheepsale para ver el mercado, les dijo que podían comprárselas allí. Así que todo quedó arreglado.

Se encontraron en la parada del autobús diez minutos antes de la hora de salida, por si acaso Fatty tenía que darles algunas instrucciones de última hora. ¡Y así era!

—Cuando subáis al autobús fijaros dónde se han sentado los pasajeros —les dijo—. Y cada uno de vosotros procurad sentaros al lado de uno de ellos y empezad a charlar con él o con ella. De esta

manera podéis averiguar muchas cosas.

Bets se alarmó.

—¡Pero yo no sabré qué decir! —exclamó.

—No seas tonta —le dijo Pip—. Siempre puedes iniciar la conversación diciendo: «¿Verdad que ese niño tiene un aspecto muy inteligente?» y señalas a Fatty. Eso es suficiente para hacer hablar a cualquiera.

Todos se echaron a reír.

—No te preocupes, Bets —le dijo Fatty—. Puedes decir algo tan sencillo como por ejemplo: «¿Puede decirme qué hora es?» o, «¿Cuál es este pueblo que acabamos de pasar?». Es fácil preguntar y hacer hablar a la gente «preguntándoles» algo.

—¿Alguna otra advertencia, Sherlock Holmes? —preguntó Pip.

—Sí… y ésta es muy importante —dijo Fatty—. Debemos observar cuidadosamente si alguien echa una carta en Sheepsale… porque si solamente uno de los pasajeros lo hiciera, será un buen indicio, ¿no os parece? La oficina de correos está junto a la parada del autobús, así que podemos ver fácilmente si alguno pretende alcanzar la recogida de las once cuarenta y cinco. Podremos pasearnos por allí y ver si alguno de los pasajeros del autobús echa una carta antes de esa hora, suponiendo que no se dirija inmediatamente al buzón. Éste es un punto muy importante.

—Ahí llega el autobús —exclamó Bets excitada—. ¡Y ved… viene con bastante gente!

—¡Cinco personas! —dijo Larry—. Una para cada uno de nosotros. ¡Oh, diantre! ¡Una de ellas es el viejo Ahuyentador!

—¡Maldita sea! —exclamó Fatty—. Es verdad. ¿Qué estará haciendo en el autobús esta mañana? ¿Habrá tenido la misma idea que nosotros? De ser así, es más inteligente de lo que me suponía. Daisy, tú siéntate a su lado. Le daría un ataque si me sentara yo, y sé que «Buster» no cesaría de morderle los tobillos durante todo el camino.

Daisy no tenía muchas ganas de sentarse al lado del señor Goon, pero no había tiempo para discutir. El autobús se detuvo y subieron los cinco niños y «Buster», que lanzó un ladrido de alegría al olfatear al policía. El señor Goon les miró con asombro y disgusto.

—¡Bah! —exclamó en tono de profundo desagrado—. ¡Vosotros

otra vez! Vaya, ¿qué es lo que estáis haciendo en este autobús? ¡A dondequiera que vaya he de tropezarme con vosotros!

—Vamos al mercado de Sheepsale, señor Goon —le dijo Daisy en tono cortés mientras tomaba asiento a su lado—. Espero que no le moleste. ¿Va usted también allí?

—Eso es «asunto mío» —replicó el señor Goon sin perder de vista a «Buster», que trataba de alcanzar sus tobillos tirando de su correa—. Lo que haga la Ley a vosotros no os interesa.

Daisy preguntóse por un momento si el señor Goon podría ser el autor de las cartas anónimas. Al fin y al cabo él conocía la historia de todos los del pueblo. Era su oficio. Luego comprendió que era una idea absurda, pero era una contrariedad que el señor Goon siguiera la misma pista que ellos… observando a los pasajeros del autobús, y vigilando por si alguno echaba una carta antes de las once cuarenta y cinco.

Daisy se volvió para observar a los demás pasajeros del autobús. Al lado de cada uno de ellos iba sentado un Pesquisidor. Daisy conocía a dos personas. Una era la señorita Trimble, que era la acompañante de lady Candling, que habitaba la casa contigua a la de Pip. A su lado iba Larry. Daisy estaba segura de que la señorita Trimble… o Tembleque como la llamaban los niños, no podía tener nada que ver con los anónimos. Era demasiado tímida y nerviosa.

La otra era la menuda y rechoncha señora Jolly, de la confitería, que era la amabilidad personificada. ¡No, imposible que fuese ella! Vaya, si todos la querían y era amable y generosa con todo el mundo, y sonrió a la niña con una sonrisa y una inclinación de cabeza al ver que la estaba mirando. ¡Daisy estaba segura de que antes de que terminara el viaje repartiría caramelos a todos los niños!

¡Bien, así quedaban eliminados tres de los cinco pasajeros! Sólo quedaban dos probables. Uno era un hombre moreno, delgado, de rostro antipático, que estaba encorvado sobre un periódico, de pálida complexión, y que tenía la curiosa costumbre de arrugar la nariz como un conejo de cuando en cuando. Aquello fascinó a Bets, que no dejaba de mirarle.

La otra persona probable era una joven de unos dieciocho años, que llevaba utensilios para pintar. Su rostro era abierto y dulce, y

sus cabellos muy bonitos y ensortijados. Daisy estaba plenamente convencida de que ella no sabía ni siquiera que existieran las anónimos.

—Tiene que ser ese hombre malcarado de la nariz movible —se dijo Daisy para sus adentros. No tenía gran cosa que hacer porque era inútil hablar con el señor Goon. Él no había escrito los anónimos, de manera que estuvo observando cómo los demás comenzaban a actuar, y escuchó con gran interés, aunque el ruido del autobús le hizo perder parte de la conversación.

—Buenos días, señorita Trimble —oyó Daisy que decía Larry en tono cortés—. Hace tiempo que no la veía. ¿Usted también va al mercado? A nosotros nos ha hecho ilusión ir a verlo hoy.

—Oh, es un espectáculo muy bonito —repuso la señorita Trimble, colocándose los lentes sobre su nariz. Siempre se le estaban cayendo porque eran de pinza y no tenían nada a los lados sujetándoselos a las orejas. A Bets le encantaba contar las veces que se le caían. Mirando al hombre de la nariz movible y los lentes de la señorita Trimble, Bets se olvidó de hablar a la señora Jolly, que ocupaba la mayor parte del asiento en el que iban sentados ella y Bets.

—¿Va usted muy a menudo al mercado de Sheepsale? —le preguntó Larry.

—No, muy a menudo no —replicó la señorita Trimble—. ¿Cómo está tu querida madre, Laurence?

—Está muy bien —repuso Larry—. Y… ¿cómo está «su» madre, señorita Tembleque? Recuerdo haberla visto una vez en la casa de al lado.

—Ah, mi querida madre no está muy bien —dijo la señorita Trimble—. Y si no te importa, querido Laurence, mi nombre es «Trimble» y no Tembleque. Creo habértelo dicho antes.

—Lo siento, siempre me olvido —dijo Larry—. Y… ¿es que su madre vive en Sheepsale, señorita Tem… er… Trimble? ¿Va usted a verla muy a menudo?

—Vive en las afueras de Sheepsale —dijo la señorita Trimble satisfecha por el interés que Larry demostraba por su madre—. Nuestra querida lady Candling me envía cada lunes a verla… es un consuelo. Y yo hago toda la compra de la señora para toda la

semana.

—¿Y siempre coge usted este autobús? —le preguntó Larry preguntándose si por una remota casualidad podría ser la señorita Trimble aquella perversa autora de anónimos.

—Si puedo sí —fue la respuesta de la señorita Trimble—. No hay otro hasta después de comer.

Larry se volvió para guiñarle un ojo a Fatty. No creía que la señorita Trimble fuese culpable, pero de todas formas había que considerarla sospechosa, pero las palabras que le dijo a continuación le hicieron variar por completo de opinión.

—La semana pasada perdí este autobús y desperdicié la mitad del día, ¡qué fastidio! —dijo la señorita Trimble.

¡Bueno! Aquello eliminaba a la señorita Trimble porque era seguro que el lunes anterior el escritor de anónimos había echado la carta dirigida a la pobre Gladys… y si la señorita Trimble había perdido el autobús no pudo estar en Sheepsale a la hora de echar la carta.

Larry decidió que seguir hablando con la señorita Trimble era perder el tiempo y se dedicó a mirar por la ventanilla. Al parecer, a Bets le iba muy bien con la señora Jolly. No pudo oír lo que decían, pero sí que estaban charlando animadamente.

¡Bets iba tomando incremento como una casa incendiada! La señora Jolly la saludó cariñosamente y le preguntó por sus padres, por el jardín, y si aún tenía aquel gato que era un buen cazador. Y Bets contestó a todas sus preguntas, vigilando con interés los lentes de la señorita Trimble, que ya se le habían caído dos veces, y la nariz del hombre malcarado.

Y no fue hasta que vio que Fatty estaba tratando de hacer hablar al hombre malcarado, cuando cayó en la cuenta de que ella también debía tratar de averiguar algo de la señora Jolly. ¡Por ejemplo, si siempre cogía aquel autobús!

—¿Va usted al mercado, señora Jolly? —le preguntó.

—¡Sí! —replicó la señora Jolly—. Siempre voy allí a comprar los huevos y la mantequilla a mi hermana. ¡Usted también debiera ir a su puesto, señorita Bets, y decirle que me conoce! Así le daría un buen peso en la mantequilla y tal vez le regalase un huevo moreno para usted.

—Debe ser tan amable como usted… —le dijo Bets.

La señora Jolly, complacida, rio de buena gana.

—¡Oh, tiene usted la lengua muy blanca! —dijo, dejando a Bets muy sorprendida porque ella creía que por lo general todas las lenguas lo eran.

Miró a la señora Jolly decidiendo no hacerle más preguntas referentes a sus idas a Sheepsale, porque nadie que tuviera unos ojos tan dulces y una sonrisa tan encantadora, y una cara de manzana semejante, sería capaz de escribir una carta molesta. Bets estaba completamente segura de ello. La señora Jolly estaba revolviendo en su bolso con gran nerviosismo.

—¿Dónde puse los caramelos? —dijo—. ¡Ah, aquí están! ¿Le gustan los caramelos, señorita Bets? Bien, sírvase, y luego páselos a los otros.

Pip estaba sentado al lado de la jovencita y no le fue difícil entablar conversación con ella.

—¿Qué va usted a pintar? —le preguntó.

—Estoy pintando el mercado de Sheepsale —respondió—. Voy todos los lunes. Es un mercado tan bonito… pequeño, simpático y muy pintoresco, colocado en lo alto de la colina y rodeado de esa hermosa campiña. Me encanta.

—¿Coge usted siempre el mismo autobús? —siguió preguntando Pip.

—Tengo que cogerlo —dijo ella—. Ya sabe que el mercado es por la mañana. Ahora me lo sé de memoria.

—¡Apuesto a que no sabe dónde está la oficina de correos! —dijo Pip a toda prisa.

La joven, echándose a reír, se puso a pensar.

—¡Pues no, no lo sé! —exclamó—. Nunca he tenido que ir allí y por eso no me he fijado. Pero si quiere, cualquiera podrá decírselo. No creo que en Sheepsale haya más de una. Es un sitio muy pequeño. En realidad no es más que un mercado.

Pip quedó satisfecho. Si aquella muchacha no sabía dónde estaba la oficina de correos no podía haber echado allí ninguna carta. Bien. Aquello la descartaba. Pip sentíase satisfecho de su inteligencia. De todas formas, estaba seguro de que una joven tan simpática no podría escribir cartas tan horribles.

Miró a su alrededor, considerando que su tarea estaba cumplida. Sentía lástima de Daisy, que iba sentada al lado del señor Goon. Y se preguntó qué tal le iría a Fatty.

¡No le iba demasiado bien! Pobre Fatty… había escogido un pasajero muy difícil para hacerle hablar.

Capítulo XI

Una cosa intrigante

El hombre malcarado parecía estar muy absorto en la lectura del periódico, que según pudo ver Fatty trataba únicamente de caballos y perros.

«Buster» olfateó los tobillos de aquel individuo, y ni siquiera el olor debió gustarle porque lanzó un gruñido de disgusto y dirigióse hacia el lugar donde estaba sentado el señor Goon, unos asientos más adelante.

—Er… espero que mi perro no le moleste, señor —le dijo Fatty.



El hombre no hizo caso.

«Debe estar sordo», pensó Fatty, elevando considerablemente la voz.

—Espero que mi «perro» no le «moleste», señor —repitió, y el hombre alzó la cabeza con el ceño fruncido.

—No me grites. No estoy sordo —dijo.

Fatty no se atrevió a preguntarle otra vez si «Buster» le molestaba, y buscó afanosamente algo interesante que poder decir.

—Er… los caballos y los perros son muy interesantes, ¿no es cierto? —dijo. El hombre no hizo caso, y Fatty dudaba entre volver o no a levantar la voz. Al fin decidió no hacerlo.

—He dicho que los caballos y perros son muy interesantes —insistió.

—Depende —replicó el hombre, continuando la lectura del periódico.

Aquello no era una gran ayuda para proseguir la conversación, pensó Fatty con pesar. Los otros habían tenido mucha suerte al encontrar gente con la que era fácil charlar. Pero sin embargo, de todos los pasajeros del autobús, aquel hombre era el que más probabilidades tenía de ser el autor de los anónimos… malcarado, ceñudo y de boca cruel. Fatty se estrujó el cerebro y volvió a intentarlo.

—Er… ¿Podría decirme qué hora es? —le dijo con voz insegura. No hubo respuesta. ¡Aquello estaba resultando muy pesado! Fatty no pudo por menos de sentirse molesto. ¡No había necesidad de ser tan grosero!

—¿Podría decirme qué hora es? —repitió.

—Podría, pero no pienso decírtela, puesto que llevas reloj de pulsera —respondió el hombre, y Fatty se hubiera dado de cachetes.

«¡Esta mañana no estás resultando muy buen detective! —se dijo interiormente—. ¡Ánimo, Federico Algernon Trotteville, y aguza el ingenio!».

—¡Oh… mire qué avión! —exclamó Fatty señalando un avión que volaba bastante bajo—. ¿Sabe usted qué modelo es, señor?

—Una fortaleza volante —dijo el hombre sin levantar los ojos. Puesto que el avión sólo tenía dos motores y no cuatro, aquella respuesta era equivocada y Fatty lo sabía. Contempló a su compañero de viaje con desaliento. ¿Cómo lograría sacarle algo?

—Yo voy al mercado de Sheepsale —dijo—. ¿Y usted, señor?

No tuvo respuesta. Fatty deseaba que «Buster» mordiera los tobillos de aquel hombre.

—¿Sabe usted si este pueblo que estamos pasando es Villa Buckle? —preguntó Fatty mientras pasaban por un pueblecito

pequeño. El hombre, dejando el periódico, miró a Fatty de mal talante.

—Soy forastero —le dijo—. ¡Y no sé nada de Buckle, ni Sheepsale, ni su mercado! Sólo voy allí para reunirme con mi hermano y luego marcharme a otro sitio… ¡y todo lo que puedo decirle es que cuanto más lejos me vaya de las máquinas parlantes como tú, tanto mejor!

Y todo esto lo dijo en tono muy alto, de manera que la mayoría de la gente del autobús lo oyó, y el señor Goon se echó a reír de buena gana.

—¡Ah, a mí también me tiene harto! —gritó—. Reconozco que es una verdadera plaga.

—¡Ve a sentarte a cualquier otro sitio y llévate a tu perro apestoso! —continuó diciendo el hombre malcarado, satisfecho de que alguien compartiera su opinión respecto al pobre Fatty.

De manera que Fatty, con el rostro como la grana, y convencido de que ya no conseguiría sacar nada más de aquel hombre, se levantó yendo a sentarse a la parte delantera del autobús, donde no había nadie. Bets se compadeció de él, y dejando a la señora Jolly fue a hacerle compañía.

Larry, Pip y Daisy se acercaron también y comenzaron a hablar en voz baja.

—Yo no creo que sea ninguno de los que están aquí —dijo Fatty cuando hubo escuchado todo lo que los demás tenían que decirle—. Es evidente que el viejo Ahuyentador no es… y podemos descartar también a la señorita Tembleque y a la señora Jolly. Y estoy de acuerdo con Pip en que no es muy probable que lo sea tampoco la joven artista, sobre todo cuando ni siquiera sabe dónde está el buzón de correos. Y mi hombre dijo que es forastero, así que tampoco debe de ser él. Un extraño no conocería a la gente de Peterswood.

—¿Viene cada lunes en este autobús? —dijo Pip en voz baja.

—No he llegado a preguntárselo —dijo Fatty con pesar—. O no me contestaba, o me daba un chasco. En realidad no parece que ninguna de las personas que están aquí hayan podido echar esas cartas.

—¡Mirad… hay alguien aguardando en la próxima parada! —

exclamó Bets de pronto—. En realidad no es una parada… es alguien que está haciendo señas al autobús para que se detenga. Ésa debe ser la persona que buscamos, si no es ninguna de las que están aquí.

—Tal vez lo sea —dijo Fatty esperanzado, y todos aguardaron para ver quién subía.

¡Pero era el vicario de Buckle! Los niños le conocían muy bien porque algunas veces iba a hablarles a su iglesia de Peterswood. Era un hombre alegre y campechano, y les gustaba mucho.

—¡Él no puede ser! —exclamó Fatty desilusionado—. Es imposible. ¡Maldita sea! No adelantamos nada.

—No te importe… quizás alguno de ellos se dirija a echar una carta al bajar del autobús —dijo Pip—. Esperémoslo así. Tal vez lo haga tu hombre malcarado Fatty. Parece el más sospechoso. Tal vez haya mentido al decir que es forastero.

El vicario hablaba con todos los pasajeros del autobús con su voz alegre y animosa. El hombre malcarado no le hizo caso, y como el vicario no le saludó los niños quedaron convencidos de que no le conocía. De manera que bien «podía ser» un forastero al fin y al cabo.

—Pronto llegaremos a Sheepsale —dijo Fatty—. Caramba, ¿verdad que es una cuesta muy empinada? Dicen que antiguamente antes de que hubieran coches de motor se necesitaban ocho caballos para que tirasen del coche.

El autobús se detuvo bajo unos grandes árboles en Sheepsale, y a los oídos de todos llegó una babel de balidos, mugidos, cacareos y graznidos. ¡El mercado estaba en pleno apogeo!

—¡De prisa… bajad los primeros! —dijo Fatty a los otros—. Quedaremos junto al buzón de correos… y vigilad atentamente.

Los niños se apresuraron. La señorita Trimble les saludó con una inclinación de cabeza al pasar ante ellos y echó a andar por un camino pequeño. Los Pesquisidores descubrieron en seguida la estafeta de correos y se aproximaron. Fatty sacó una carta y comenzó a pegarle el sello con gran parsimonia.

—No quiero que Goon se pregunte por qué estamos aquí —murmuró con precaución a los otros—. Voy a echar esta carta al correo.

La señora Jolly fue el mercado en busca de su hermana y los niños la vieron marchar.

—Bueno, ni la señorita Tembleque ni la señora Jolly han echado ninguna carta —dijo Fatty—. Eso las elimina. Ah… ahí viene la joven pintora.

La joven les sonrió y siguió su camino, pero de pronto se detuvo.

—¡Ya veo que habéis encontrado la estafeta de correos! —les gritó—. ¡Cuánto me alegro! Qué tonta soy de no haberme fijado cuando paso por aquí todos los lunes. ¡Pero soy tan distraída!

—Ella tampoco es —dijo Pip viéndola desaparecer en dirección al mercado—. Lo suponía. Es demasiado simpática.

El vicario desapareció también sin acercarse a donde estaban ellos. Ahora sólo quedaban el señor Goon y el hombre malcarado. El policía miró a Fatty, y el niño, alzando las cejas, le sonrió amablemente.

—¿Puedo servirle en algo, señor Goon?

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo el policía—. Es curioso que nunca pueda verme libre de vosotros. Siempre os lleva pegados a mis pantalones.

—Nosotros estábamos pensando lo mismo de usted —replicó Fatty, sin dejar de observar al hombre malcarado que estaba en pie junto a la acera leyendo todavía su periódico de caballos y perros. Fatty preguntóse si iría a echar una carta, pero aguardaba a que se fuesen ellos y el policía. ¿O esperaría «en realidad» a su hermano como le había dicho?

—Al otro lado de la calle está la confitería —dijo Fatty en voz baja echando su carta en el buzón—. Vamos a comprar algo. Desde allí podremos vigilar el buzón. ¡Y si el hombre malcarado o el viejo Ahuyentador esperan para echar la carta podrán hacerlo sin percatarse de que son observados!

Así que todos cruzaron la calle para ir a la confitería. Larry y Daisy comenzaron a discutir si era mejor comprar caramelos de menta o de café con leche, mientras que Fatty vigilaba atentamente el buzón de correos detrás de la puerta de cristales. Podía ver, sin ser visto, puesto que el interior de la tienda estaba oscuro.

El hombre malcarado dobló el periódico y miró a un lado y a otro de la calle. El señor Goon desapareció en el interior de un

estanco. Fatty observaba conteniendo la respiración. Ahora no había nadie en la calle… ¿echaría aquel hombre una carta al correo?

Se acercó un automóvil, y el conductor saludó abiertamente al hombre malcarado, que le contestó. Le abrió la portezuela y fue a colocarse al lado del conductor. Luego el automóvil se alejó rápidamente. Fatty exhaló un suspiro tal, que los otros se volvieron a mirarle.

—No ha echado ninguna carta —dijo Fatty—. Decía la verdad. Alguien le ha recogido en un coche. ¡Maldita sea! ¡Qué lástima! ¡Qué rabia!

—Bueno, aunque «hubiera» echado la carta no veo cómo hubiéramos podido cogerle —dijo Pip—. No sabemos su nombre ni nada de él. Pero yo digo una cosa… es muy extraño, ¿no?… ni un solo pasajero ha echado una carta… y sin embargo cada lunes ha salido un anónimo de esta estafeta.

—Bueno… esperaremos hasta las once cuarenta y cinco cuando el cartero viene a recoger las cartas —propuso Fatty—. Por si volviera alguno de los pasajeros. Ah, ahí va el señor Goon hacia el mercado. ¡Supongo que irá a comprar crema y mantequilla para engordar un poco más!

Los niños aguardaron pacientemente junto al buzón de correos hasta que el cartero fue a recoger las cartas, pero nadie fue a echar ninguna. Aquello era descorazonador.

—¡Estamos en el mismo sitio que estábamos! —dijo Fatty lamentándose—. Es enloquecedor, ¿no es cierto? ¡No creo que seamos tan buenos detectives como nos imaginábamos! Id al mercado. Yo quiero pensar a solas. ¡Tal vez encuentre pronto una idea mejor!

Así que los demás fueron al mercado, dejando al pobre Fatty terriblemente desalentado.

Capítulo XII

Un día estupendo

Los niños lo pasaron en grande en el mercado. Era un lugar tan ruidoso, amable y lleno de vida… los pájaros y animales estaban tan excitados… y la gente del mercado tenía tan buen humor y eran tan habladores…

Encontraron a la hermana de la señora Jolly, quien se empeñó en regalarles a cada uno un hermoso huevo moreno y un trozo de mantequilla dorada, hecha en su casa, para el desayuno. Bets estaba encantada, pues apreciaba mucho más que los otros los regalos inesperados.

—¡Oh, «gracias»! —le dijo—. ¡Qué amable es usted…!, igualita que la señora Jolly. Siempre nos regala caramelos. ¿Usted también se llama Jolly?

—No, yo soy la señora Bollo —repuso la hermana de la señora Jolly, y Bets estuvo a punto de contestar: «¡Oh, es un nombre “adecuadísimo” para usted!», pero supo detenerse a tiempo. Y es que la señora Bollo era exactamente igual a su nombre… redonda, suave y cálida, con unos ojos como pasas negras.

—Vamos a buscar a Fatty para que venga a ver el mercado —dijo Bets—. No me gusta pensar que se está aburriendo solo. Estamos atascados en este caso y no creo que ni siquiera Fatty sea capaz de desatascarnos.

—¡Mirad, allí está la joven pintora! —exclamó Pip. Y allí estaba, en mitad del mercado, pintando con afán todos los animales y pájaros que la rodeaban. Los niños se acercaron a ver su pintura, considerándola muy buena.

Bets fue a buscar a Fatty y le encontró sentado en un banco del

pueblo, absorto en sus pensamientos. Bets le contempló llena de admiración. Le imaginaba cuando fuese mayor resolviendo profundos misterios que nadie fuese capaz de descifrar. Al acercarse le sobresaltó.

—¡Oh, Fatty, perdona! ¿Te he asustado? Ven a ver el mercado… es maravilloso.

—Aún no he terminado mis meditaciones —replicó Fatty—. Tal vez si hablo contigo, Bets, veré las cosas con mayor claridad.

Bets sintióse emocionada y orgullosa.

—Oh, sí. «Háblame», Fatty. Yo te escucharé sin decir palabra.

—Oh, tú también puedes hablar —dijo Fatty—. Eres una personita muy sensata. No he olvidado cómo adivinaste que el chico de los telegramas era yo sólo porque viste a «Buster» que me miraba con admiración.

Al oír mencionar su nombre, «Buster» alzó la cabeza. Estaba triste porque seguía sujeto a la correa y deseaba ardientemente ir al mercado, porque los aromas que llegaban hasta él eran demasiado excitantes para poder explicarlos con palabras. Meneaba la cola con lentitud.

—Parece como si «Buster» también estuviera reflexionando —dijo Bets, pero Fatty no le hizo caso porque estaba absorto en sus pensamientos con la mirada perdida en el vacío. Bets decidió no molestarle, ya le hablaría cuando lo desease, y comenzó a ensayar la manera de arrugar la nariz como el hombre malcarado. «Buster» la observaba.

De pronto Fatty también se dio cuenta y la miró extrañado.

—¿Qué le ocurre a tu nariz? —le dijo.

—Nada, la estoy frunciendo igual que aquel hombre —repuso Bets—. Háblame, Fatty.

—Bien, estoy tratando de averiguar qué es lo que debemos hacer a continuación —explicóle Fatty—. Tenemos que… cada lunes durante varias semanas, alguien ha echado una carta para alcanzar el correo de las once cuarenta y cinco aquí, en Sheepsale… y todas esas cartas han sido recibidas por diversas personas en Peterswood. Pues bien, si recuerdas, yo dije que parecía como si las hubiese enviado alguien que viviera en Peterswood y que por lo tanto conociese a la gente y, posiblemente, sus historias.

—Sí, eso es —dijo Bets.

—Y nosotros dedujimos que el autor de los anónimos probablemente cogía ese autobús los lunes y echaba la carta al llegar —continuó Fatty—. Así que cogimos el mismo autobús, pero no hemos descubierto a nadie que sea «verdaderamente» sospechoso… aunque cada uno de los pasajeros del autobús deben ingresar en nuestra lista de sospechosos… y tampoco hemos sorprendido a nadie echando la carta.

—No irás a poner en la lista al viejo Ahuyentador y al señor vicario, ¿verdad? —dijo Bets asombrada.

—Allí irán todos —dijo Fatty en tono firme—. Podemos tacharlos cuando creamos que no han sido… pero hay que apuntarlos a todos.

—Entonces el viejo Ahuyentador nos habrá puesto también a todos «nosotros» en su lista de sospechosos —exclamó Bets de pronto—. Supongo que estaría en el autobús por el mismo motivo que nosotros… para echar una mirada a los pasajeros y observar quién echaba la carta.

Fatty miró a Bets, y luego estalló en tales carcajadas que la niña se sobresaltó.

—¿He dicho algo raro? —preguntó.

—No, Bets. Pero ¿no te das cuenta de qué pasajero ha echado una carta? —dijo Fatty sonriendo.

—Ninguno —replicó Bets—. ¡Bueno… excepto tú, claro!

—Sí… ¡yo! —dijo Fatty—. Y eso va a hacer que el viejo Goon se rasque fuertemente la cabeza cuando piense que de todos sus preciosos sospechosos sólo uno ha echado una carta… ¡Y ése ha sido su adversario predilecto, Federico Trotteville!

Bets también se echó a reír.

—¡Es curioso! —exclamó—. Pero, Fatty, no es posible que «te» crean capaz de escribir cartas tan horribles.

—El viejo Ahuyentador creería que yo he robado las joyas de la Corona si hubiera alguna sospecha de ello —prosiguió Fatty—. ¡Tiene tan mala opinión de mí! Me cree capaz de cualquier cosa. ¡Cielos… debe estar sobre ascuas preguntándose quién recibirá esa carta mañana por la mañana!

—¡Y nadie la recibirá! —dijo Bets—. Porque no se ha enviado.

Será el primer lunes que falle en seis semanas. Quisiera saber por qué.

—Y yo —replicó Fatty—. Claro que… si «se recibiera» eso significaría que el autor vive en Sheepsale a pesar de todo, y que ha echado la carta esta mañana antes de que llegara el autobús. Entonces estamos aviados. ¡No podemos vigilar a todos los habitantes de Sheepsale que echen cartas al correo!

—Tal vez la persona que viene todos los lunes en el autobús a echar las cartas hoy no haya podido venir por alguna razón.

—Ésa es una idea —dijo Fatty—. Cuando volvamos al autobús preguntaremos al conductor si siempre toman el autobús las mismas personas cada lunes, y si alguna de las asiduas no lo ha tomado esta mañana. Podríamos también hacer averiguaciones sobre ellas… y ver si alguna odia a Gladys o a Molly, o a los otros; y demás.

—¿Cuándo regresa el próximo autobús? —preguntó Bets—. Me gustaría que nos pudiésemos quedar aquí todo el día, Fatty. Me encantaría el mercado, pero no hemos traído la comida.

—Podríamos comer en ese pequeño establecimiento de ahí —dijo Fatty señalándoselo—. Mire… dice «Comidas Ligeras». Eso probablemente significa huevos, pan con mantequilla y pasteles. ¿Te gustaría?

—¡Oh, sería «estupendo»! —exclamó Bets—. Tienes muy buenas ideas, Fatty. Pero mamá se preocupará si no regresamos.

—Yo buscaré donde telefonear —dijo Fatty, que nunca se detenía por cosas como ésa. Bets pensó lo parecido que era a una persona mayor, siempre decidiéndolo todo, y lo que es más, siempre con dinero para pagarlo todo.

Fatty dirigióse a la oficina de Correos y entró en la cabina telefónica. Hizo tres llamadas rápidamente y volvió a salir.

—Todo arreglado —dijo—. He telefoneado a tu madre, a la de Larry y a la mía… y todas han dicho: «¡Qué suerte verme libre de vosotros durante todo el día!».

—¡No es cierto, Fatty! —exclamó Bets, que no podía imaginar a su madre diciendo una cosa así.

—Bueno… no han empleado exactamente estas palabras —sonrió Fatty—, pero no puedo decir que hayan sentido el verse libres de nosotros todo el día. Por ejemplo, no creo que a mi madre

le guste mucho nuestro nuevo juego.

—Yo no diría tampoco que le agrade mucho, la verdad —repuso Bets recordando los aullidos, gemidos y revolcones que eran parte integrante del nuevo juego de Fatty—. Vamos a decir a los otros que podremos quedarnos a comer aquí. ¡Se van a emocionar!

Y así fue.

—¡Bien por Fatty! —dijo Larry—. Es estupendo poder estar aquí en un día como éste, entre todos los granjeros y sus animales. ¿Qué hora es? Empiezo a sentir apetito.

—Son la una menos cuarto —contestó Fatty—. Voto porque vayamos a comer ahora. Vamos. Hay un sitio muy agradable, mitad lechería y pastelería.

Y sí «era» un lugar agradable… limpio y resplandeciente, con una mujer gorda que llevaba un gran delantal blanco para servirles y atenderles siempre sonriente.

Sí que podía prepararles dos huevos duros por cabeza y algunos platos con pan y mantequilla, y además unas fresas en compota si les gustaban, y una jarra de leche cremosa. Además acababa de hacer bollitos, ¿no les gustaría comer algunos?

—Ésta es la clase de comida que a mí me gusta —dijo Bets cuando llegaron los huevos, que eran morenos, suaves y calentitos —. Me gustan mucho más que la carne. ¡Oh… esto es compota de fresa, qué estupendo!

—Pensé que les gustaría con el pan y la mantequilla, después de los huevos —dijo la mujer gorda sonriéndoles—. Estas fresas las he cultivado yo misma.

—Yo creo —dijo la pequeña Daisy rebañando su plato— que no puede haber nada mejor que criar gallinas y patos, cultivar hortalizas y frutas, y preparar uno mismo las compotas y mermeladas. Cuando sea mayor no pienso trabajar en una oficina, ni escribir cartas aburridas, ni cosas por el estilo… ¡tendré una casita pequeña con aves y animales y haré toda clase de cosas deliciosas como esta compota!

—En este caso —intervino Larry—, yo me iré a vivir contigo, Daisy… ¡especialmente si haces una compota como ésta!

—Yo también iré —dijeron Fatty y Pip a un tiempo.

—¡Oh… sería magnífico si pudiéramos vivir «todos» juntos, y

hacer comidas como ésta, y dedicarnos a resolver misterios durante el resto de nuestras vidas! —dijo Bets con fervor.

Todos se echaron a reír. Bets siempre tomaba en serio las cosas que ellos decían.

—¡Bueno, no puedo decir que hayamos adelantado mucho para resolver éste! —dijo Fatty comenzando el segundo huevo—. Está bien, «Buster», cuando hayamos terminado también comerás tú. ¡Ten paciencia!

Cuando terminaron Fatty pagó a la mujer el importe de la comida. Los otros querían pagar su parte, pero no tenían suficiente dinero.

—Cuando lleguemos a casa lo sacaremos de nuestras huchas —dijo Larry—. Y te lo daremos a ti, Fatty.

—De acuerdo —respondió Fatty—. Ahora vamos a ver cómo recogen el mercado. Luego será mejor que preguntemos a qué hora sale nuestro autobús.

Disfrutaron de lo lindo viendo cómo la gente del mercado empaquetaba el género no vendido, cómo se llevaban las aves y animales comprados y vendidos, entre risas, parloteo y palmaditas en la espalda. La señora Jolly estaba allí hablando con su hermana y les llamó.

—¡No perdáis el autobús de regreso ahora! ¡Hoy sólo hay dos; el otro sale demasiado tarde para vosotros!

—¡Cielos! Nos olvidamos de mirar la hora del autobús —dijo Fatty, corriendo a consultar la tabla del horario—. ¡Sólo tenemos tres minutos! —dijo—. ¡Vamos, hemos de correr!

Cogieron el autobús medio minuto antes de que saliera, pero ante la desilusión de Fatty vieron que el conductor y el cobrador eran otros. Al parecer los empleados del autobús de la mañana no eran los mismos de los de la tarde.

—¡Maldita sea! —exclamó Fatty, sentándose delante—. ¡A esto le llamo yo perder un día!

—¡Oh, «Fatty»!… ¿cómo puedes decir eso? —dijo Daisy, que había disfrutado minuto por minuto—. ¡Vaya, si es el mejor que he pasado durante estas vacaciones!

—Puede ser —respondió Fatty—. Pero no sé si recuerdas que vinimos aquí para tratar de adelantar un poquitín la resolución de

nuestro misterio… y todo lo que hemos hecho ha sido pasarlo bien y no descubrir nada en absoluto. ¡Un buen día para cinco niños… pero muy deficiente para los cinco Pesquisidores… y el perro!

Capítulo XIII

Otro anónimo

Al día siguiente los niños estaban bastante aburridos después de haberlo pasado tan bien en el mercado. Se encontraron en casa de Pip, y Fatty llegó con aire apesadumbrado.

—Ojalá pudiéramos saber si alguien ha recibido un anónimo este «martes» —dijo—. Pero no veo cómo. El viejo Ahuyentador está en una posición superior a la nuestra… ¡en seguida irán a darle parte de una cosa así!

—Bueno… hoy olvidémonos de las cartas —dijo Pip—. Mamá ha salido… de manera que si queremos podemos jugar al Bu-Hu.

—¿No protestará la señora Luna? —preguntó Fatty.

—No creo que lo oiga, estando abajo en la cocina —respondió Pip—. ¡De todas maneras, no necesitamos preocuparnos por ella!

Y acababan de comenzar aquel juego tan regocijante cuando llamaron a la puerta con los nudillos y la señora Luna asomó la cabeza. Los niños la miraron esperando una reprimenda.

Pero no había ido a quejarse.

—Señorito Philip, tengo que irme a comprar —le dijo—. El carnicero no me ha enviado mis riñones esta mañana. ¿Querrá atender al teléfono mientras estoy fuera y esperar al lechero?

—Pero ¿no ha venido la señora Cockles? —preguntó Pip—. Siempre viene los martes, ¿no?

—Acostumbra a venir —dijo la señora Luna—, pero hoy todavía no ha venido, así que he de hacerlo todo yo. No estaré fuera más de diez minutos…, pero debo recoger mis riñones.

Y dicho esto desapareció. Los niños rieron por lo bajo.

—Espero que el carnicero le entregue sus riñones —dijo Larry—.

¡A mí no me gustaría estar sin los míos!

—¡Tonto! —exclamó Daisy—. Adelante… ¡ahora sí que podemos jugar a nuestras anchas estando la casa vacía!

En mitad de aquella algarabía, Pip oyó un ruido, y se sentó tratando de apartar a Fatty.

—Escuchad… ¿no suena el teléfono? —preguntó.

Así era. ¡Dios sabe cuánto tiempo llevaría sonando!

—Iré yo, si quieres —dijo Fatty, sabiendo que a Pip no le gustaba contestar al teléfono—. ¡Probablemente será el carnicero diciendo que envía los riñones de la señora Luna!

Y bajó corriendo, descolgó el auricular y dijo:

—¡Diga!

—¡Oiga! —repuso una voz—. ¿Podría hablar con la señora Hilton, por favor?

—Ha salido —dijo Fatty.

—Oh. Bueno. ¿Está la señora Luna? —dijo la voz—. Soy la señora Cockles.

—Oh, señora Cockles, soy Federico Trotteville, que contesto al teléfono en lugar de Philip Hilton —explicó Fatty—. La señora Luna acaba de marcharse a… er… a buscar sus riñones. ¿Quiere que le dé algún recado cuando vuelva a casa?

—Oh, sí, señorito Federico, hágame ese favor —dijo la señora Cockles—. Dígale que siento no poder ir hoy… pero mi hermana está muy disgustada y he tenido que ir a verla. Dígale a la señora Luna que ha recibido una de esas cartas. Ella ya sabe lo que quiero decir.

Fatty aguzó el oído.

«¡Una de esas cartas!». Aquello sólo podía significar una cosa… que el perverso escritor de anónimos había vuelto a hacer de las suyas, y había enviado otra carta… esta vez a la hermana de la señora Cockles. Su cerebro trabajó activamente.

—Señora Cockles, cuánto lo siento —dijo Fatty en tono de persona mayor—. Lo lamento muchísimo. Esas cartas anónimas son muy desagradables, ¿no es cierto?

—Oh, entonces está enterado —replicó la señora Cockles—. Sí, vaya si son desagradables. Trastorna a quienes las reciben. Y pensar que mi pobre hermana ha recibido una. La señora Luna lo sentirá

mucho… no es que conozca a mi pobre hermana, pero la señora Luna sabe cuánto trastorna a la gente recibir una de esas cartas «nónimas», y comprenderá por qué tengo que quedarme hoy con mi hermana en vez de ir a ayudar como tengo por costumbre…

Todo esto lo dijo la señora Cockles sin respirar una sola vez y Fatty estaba un poco desconcertado. Se daba cuenta de que si no la interrumpía, la señora Cockles tal vez siguiese hablando otros diez minutos.

—Señora Cockles, ¿usted cree que su hermana me dejaría ver la carta? —preguntó—. A mí… bueno… a mí me interesan mucho estas cosas… y como tal vez usted ya sepa… soy bastante bueno resolviendo misterios y…

—Sí, ya me enteré de cómo encontró el gato de lady Candling y descubrió al verdadero culpable —dijo la señora Cockles—. Venga a casa de mi hermana si quiere, y ella le enseñará la carta. Vive en la calle del Sauce, número nueve. Yo estaré allí. Y dígale a la señora Luna que lo siento, y que el martes que viene iré seguro.

Fatty dejó el teléfono y corrió al piso de arriba presa de gran excitación. Irrumpió en el cuarto de jugar deteniéndose en la entrada con gesto teatral.

—¿Qué os «imagináis»? —dijo—. Se ha recibido otra carta de ésas; esta vez se la han enviado a la hermana de la señora Cockles. La recibió esta mañana y por eso esta tarde no ha venido la señora Cockles a ayudar a la señora Luna. Y la señora Cockles dice que si voy a ver a su hermana me enseñará la carta. Y así podré averiguar cuándo y dónde la echaron al correo.

—¡Caracoles! —exclamaron todos.

—Deja que vaya yo también —dijo Pip.

—No. Es mejor que vaya sólo uno de nosotros —respondió Fatty —. Dale el recado a la señora Luna cuando vuelva, Pip… dile que la señora Cockles ha telefoneado diciendo que tenía que ir a casa de su hermana, quien está muy trastornada porque ha recibido una carta desagradable. No le des a entender que sabes más que esto.

—Bien —replicó Pip—. Bueno, vete ya, Fatty, antes de que el viejo Goon intervenga. No tardará en acudir a casa de la hermana de la señora Cockles en cuanto se entere de lo de la carta.

Fatty salió disparado. Sabía muy bien dónde estaba la calle del

Sauce. Buscó el número nueve y se acercó a la puerta. Era una casita sucia y abandonada. Llamó a la puerta de madera.

—¡Adelante! —dijo la voz de la señora Cockles—. Oh, es usted, señorito Federico. Bueno, mi hermana dice que no quiere enseñarle la carta. Ella dice que no debe leerla nadie más que yo y la policía. Y no niego que tiene razón ahora que la he leído.

Fatty tuvo una amarga desilusión.

—¡Oh, caramba! —exclamó—. Debieran dejarme echarle un vistazo. He visto todas las demás. Vamos, sea buena y déjemela ver.

La hermana de la señora Cockles era una mujer gorda y desaliñada, que respiraba trabajosamente por la boca y hablaba con la nariz.

—No es lectura apropiada para un niño —dijo—. ¡Es una carta llena de odio, y sin una palabra de verdad!

—¡No soy un niño! —exclamó Fatty irguiéndose cuanto pudo—. Puede usted confiarme la carta y no diré una palabra a nadie. Yo… er… estoy investigando el caso, ¿comprende?

La señora Cockles estaba muy impresionada, pero seguía de acuerdo con su hermana en que no debía leer la carta. Naturalmente que a Fatty no le interesaba su contenido… pero deseaba ardientemente ver la letra y, claro está, el sobre.

—Bueno… ¿No podría enseñarme el sobre? —preguntó—. Con eso me basta.

Ni la señora Cockles ni su hermana encontraron razón para que no viera el sobre y se lo entregaron. Fatty lo examinó cuidadosamente para ver el matasellos.

¡Pero no lo había! ¡No llevaba sello, ni matasellos! Fatty estaba sorprendido.

—Pero… ¡si no ha venido por correo! —exclamó.

—Yo nunca lo dije —replicó la señora Lamb—. Llegó esta mañana muy temprano… a eso de las seis y media, según creo. Oí que echaban algo por debajo de la puerta, pero tenía mucho sueño para levantarme. Así que no la cogí hasta las ocho y media… y me trastorné tanto que envié a buscar a la señora Cockles. Y tú viniste en seguida, ¿no es verdad, Kate?

—Pues claro —dijo la señora Cockles—. Sólo me detuve para decírselo al señor Goon. No tardará en venir para echar también un

vistazo a la carta.

Fatty se alarmó ligeramente. En aquellos momentos no deseaba tropezarme con el Ahuyentador. Contempló el sobre una vez más. El nombre y la dirección estaban escritos con letras mayúsculas también, y el sobre cuadrado era igual a los otros empleados. Fatty sacó de su bolsillo su cuaderno de notas y miró la página encabezada con la palabra «Pistas».

Comparó la palabra «Peterswood» calcada por él con la misma palabra que aparecía en el sobre. Sí, no cabía la menor duda, las dos palabras habían sido escritas por la misma mano. Eran exactamente iguales.

Fatty devolvió el sobre a la señora Lamb. Con aquello tenía bastante. No necesitaba ver la carta… podía imaginársela… unas frases llenas de odio y mala intención, quizá con un poquitín de verdad. Ya tenía lo suficiente para estar intrigado… allí estaba la carta de costumbre, recibida el martes por la mañana… pero esta vez no había sido enviada por correo, ni desde Sheepsale. ¡Qué extraño!

—Bien, me marcho ya —dijo Fatty—. Gracias por enseñarme el sobre, señora Lamb. Siento mucho que haya recibido una de estas repugnantes cartas. No descansaré hasta que descubra quién las ha escrito.

El señor Goon también lo anda buscando —dijo la señora Cockles—. Dice que tiene bastante idea de quién es.

Fatty lo dudaba. Estaba seguro de que el señor Goon se hallaba tan intrigado como él. Se despidió y se dispuso a salir de aquella sucia habitación.

¡Pero por la puerta del jardín entraba la oronda figura del señor Goon! Fatty estaba desconcertado. Quiso salir por la verja antes de que entrara el policía, pero el señor Goon, sorprendido y exasperado al verle allí, le cogió de un brazo arrastrándole hasta el interior de la casa.

—¿Este niño ha estado entrometiéndose en las cosas que atañen sólo a la Ley? —preguntó con voz airada—. ¿Qué es lo que estaba haciendo aquí? Esto es lo que quiero yo saber.

La señora Lamb temía al señor Goon, pero a la señora Cockles no le daba miedo.



—No ha hecho nada malo —respondió—. Sólo se ha tomado un interés puramente amistoso.

—¿Cómo supo que la señora Lamb había recibido una de esas cartas? —quiso saber el señor Goon todavía furioso.

—Pues, tuve que telefonear a la señora Luna para decirle que esta mañana no iría a ayudarla porque mi hermana había recibido

una carta —explicó la señora Cockles—. Y casualmente estaba allí el señorito Federico y tomó el recado. Me dijo que sabía todo lo referente a las cartas y que le gustaría ver ésta, y como yo sabía que se daba buena maña para descubrir cosas así…

—Señora Lamb, ¿no le habrá enseñado la carta a este entrometido antes que a mí? —rugió el señor Goon.

—Pues, pues… él dijo que las había visto todas —tartamudeó la pobre señora Lamb asustadísima—. Así que pensé que no tenía importancia, pero sólo le enseñé el sobre, señor Goon.

El señor Goon volvió sus ojos de sapo hacia Fatty.

—¿Qué significa… de que has visto todas las cartas? —preguntó —. Han estado en mi poder… no las he abandonado ni un minuto. ¿Qué significa eso de que las has visto «todas»?

—Debo haberlas visto en sueños —replicó Fatty en aquel tono amistoso que tanto enfurecía al señor Goon.

—Estás mintiendo —le dijo—. Sí, y lo sabes. ¡Esas cartas no han dejado de estar en mi poder ni un solo minuto!

—¿De veras? —replicó Fatty—. Bien, entonces no podría haberlas visto.

—¡A menos de que sepas más de ellas de lo que das a entender! —dijo Goon en tono sombrío y misterioso recordando de pronto que había visto a Fatty echando una carta en Sheepsale la mañana anterior—. ¡Oh, eres un enemigo… nunca sé cuál es tu juego, nunca! ¡No creería nada de lo que me dijeras, señorito Federico Trotteville!

—Gracias, Teófilo Goon —dijo Fatty sonriendo. El señor Goon deseaba tirarle de las orejas, pero de pronto recordó que aquellas cartas «habían dejado» de estar en su poder una vez… aquélla en que al parecer las perdió por la carretera, después de tropezar con el chico pelirrojo repartidor de telegramas. Miró a Fatty con recelo.

—¿Es amigo tuyo ese repartidor de telegramas? —le preguntó de pronto. Y Fatty pareció muy sorprendido por la pregunta.

—¿Qué repartidor de telegramas? —preguntó.

—Ese pelirrojo lleno de pecas —dijo el señor Goon.

—No tengo ningún amigo pelirrojo y pecoso que reparta telegramas, aunque me gustaría mucho —fue la respuesta de Fatty —. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre el chico de los telegramas?

El señor Goon no estaba dispuesto a explicárselo, pero mentalmente tomó nota de que debía ponerse en contacto con el repartidor de telegramas para hacerle unas cuantas preguntas. ¡Tal vez él y Fatty estuvieron en combinación!

—Bueno, ahora tengo que irme —dijo Fatty cortésmente— a menos que tenga usted que hacerme más preguntas sobre repartidores de telegramas, señor Goon. Oh… ¿Le gustaría que le diera otra pista? Espere un poco, veré a ver si llevo alguna encima.

Y ante el furor del señor Goon rebuscó en sus bolsillos sacando un sombrero de paja de una muñeca.

—¿Será esto una pista? —murmuró Fatty, pero viendo que el señor Goon iba adquiriendo aquel color púrpura tan característico, se dirigió rápidamente a la puerta.

—Si no te largas —le dijo el señor Goon entre dientes—. Si no te largas… te… te…

Pero Fatty ya se había largado y corrió hacia casa de Pip. ¡El misterio de las cartas volvía a ponerse al rojo vivo!

Capítulo XIV

Tres sospechosos más

Pronto estuvo en el cuarto de jugar explicando todo lo ocurrido a sus amigos. ¡Cómo gritaron al enterarse de que el señor Goon sabía que Fatty había leído todas las cartas!

—¡Vaya sorpresa que debe haberse llevado! —le dijo Pip—. Se pasará horas preguntándose cómo pudiste verlas. Apuesto a que ahora irá a buscar al chico de los telegramas… sabe que fue él quien le devolvió las cartas que supone debió perder.

—¡Vaya, pues será muy afortunado si encuentra al repartidor de telegramas, aunque vaya a buscarle a la oficina de telégrafos! —respondió Fatty—. ¡Pero escuchad una cosa… «ahora» sabemos por qué ninguno de los pasajeros del autobús echó la carta al correo! ¡Fue entregada a mano! ¡No es extraño que no viéramos acercarse a nadie al buzón de Sheepsale!

—Debe haber sido alguien que ayer no pudo alcanzar el autobús por alguna razón —comentó Daisy, pensativa—. Hemos de averiguar si alguno de quienes lo toman regularmente, no lo cogió ayer. ¡Si podemos descubrir a la persona que no fue como de costumbre, «tal vez» hayamos descubierto también el autor de los anónimos!

—Sí… tienes razón, Daisy —dijo Larry—. Fatty, ¿quieres que uno de nosotros tome el autobús de las diez quince mañana, y haga algunas preguntas al conductor?

—Puede que sea mejor no hacerlo —respondió Fatty—. Podría parecerle un poco extraño, o pensar que teníamos mucha cara dura, o algo por el estilo. Yo tengo una idea mejor que ésa.

—¿Cuál? —preguntaron los otros.

—Pues, ¿qué os parece si fuéramos a ver a la señorita Tembleque esta mañana? —dijo Fatty—. Sabemos que acostumbra a tomar ese autobús todos los lunes. Ella puede darnos los nombres de todas las personas que acostumbran a cogerlo en Peterswood. El autobús sale del lado de la iglesia y allí sube ella. Debe conocer a todos los que lo toman el lunes.

—Sí. Vamos a verla ahora —dijo Bets—. La señora Luna ha vuelto con sus riñones, Fatty. No ha tardado mucho. Pip le dio el recado y dijo: «¡Vaya, pues no me sorprende el que la señora Lamb haya recibido una de esas cartas, porque fue una de las más puercas y perezosas del pueblo!».

—¡Bueno, he de confesar que su casa olía bastante mal! —dijo Fatty—. Vamos… a la casa de al lado. Preguntaremos a la señorita Trimble si ha visto a tu gato, Pip.

—Pero si «Bigotes» está aquí —exclamó Pip sorprendido señalando al enorme gato.

—Sí, tonto. Pero la señorita Trimble no lo sabe —replicó Fatty —. Hemos de tener «alguna» excusa para entrar. Seguramente estará cortando flores en el jardín, o paseando al perro. Primero miraremos por encima de la tapia.

Tenían la suerte de cara. La señorita Trimble estaba en el jardín hablando con la señorita Harmer, quien cuidaba de los valiosos gatos siameses de lady Candling.

—Vamos. Entraremos todos juntos por la puerta principal y daremos la vuelta al jardín hasta llegar donde está ella —les dijo Fatty—. Ya desviaré la conversación hacia el autobús.

Fueron al encuentro de la señorita Trimble. La señorita Harmer también se alegró al verles, y les enseñó todos los gatos de ojos azules.

—Y tenéis que venir a ver los narcisos de la huerta —les dijo la señorita Trimble ajustándose los lentes sobre la nariz. Bets la contemplaba con la esperanza de que se le cayeran.

Todos la siguieron. Fatty caminaba a su lado apartando cortésmente cualquier rama que pudiera enganchar sus cabellos. Ella pensó que era un niño muy bien educado.

—Espero que el lunes encontrara usted bien a su señora madre —dijo Fatty.

—No muy bien —respondió la señorita Trimble—. No está muy bien del corazón la pobre. Siempre se alegra mucho de verme los lunes.

—Y usted también debe disfrutar mucho los lunes —exclamó Fatty—. ¡Es tan bonito el viaje hasta Sheepsale y tan alegre su mercado!

A la señorita Trimble se le cayeron los lentes y quedaron balanceándose en el extremo de su cadenita de oro. Volvió a colocárselos sonriendo a Fatty.

—Oh, sí. Los lunes siempre los paso bien —dijo.

—¡Supongo que conocerá usted a todas las personas que toman ese autobús! —intervino Daisy pensando que ya era hora de que ella dijera algo.

—Pues sí, a menos que sean forasteros y no hay muchos —dijo la señorita Trimble—. Siempre va la señora Jolly… es tan simpática. Y esa joven pintora también… no sé cómo se llama… pero que es tan dulce y educada.

—Sí, a nosotros también nos gusta mucho —comentó Fatty—. ¿Vio usted al hombre que iba sentado a mi lado, señorita Trimble? Qué sujeto tan malcarado.

—Sí. Nunca le había visto —fue la respuesta de la señorita Trimble—. El vicario suele subir al autobús en Buckle y siempre resulta agradable charlar con él. Algunas veces también sube el señor Goon para cambiar impresiones con el policía de Sheepsale, pero no sé por qué siempre me alegro de no verle.

—Supongo que algunas personas que por lo regular toman ese autobús, no lo tomarían ayer, ¿verdad? —dijo Fatty con aire inocente—. Yo creía que iría mucho más lleno de lo que iba.

—Pues, déjeme pensar… sí, por lo general «suele ir» más gente —replicó la señorita Trimble al tiempo que se le caían los lentes. Los niños contuvieron el aliento. ¡Ahora tal vez conocerían el nombre del escritor de anónimos!

—¿Alguien que «nosotros» conozcamos? —preguntó Fatty.

—Pues, no sé si conoceréis a la señorita Tittle —dijo la señorita Trimble—. «Siempre» lo toma los lunes, pero ayer no la vi. Es modista, sabéis, y todos los lunes va a Sheepsale a coser todo el día.

—¿De veras? —exclamó Fatty—. ¿Es muy amiga suya, señorita

Trimble?

—Pues, no —dijo ella—. No puedo decir que lo sea. Es como muchas modistas, ya sabéis… sólo habla de chismes y escándalos… es un poquitín rencorosa, y eso a mí no me gusta. No es cristiano, digo yo. Critica demasiado a la gente para mi gusto, y ¡sabe un poquitín demasiado de todo el mundo!

Los niños quedaron convencidos al instante de que aquella señorita Tittle era la autora de aquellas odiosas cartas. ¡Al parecer era exactamente igual a ellas!

—¿Verdad que los narcisos están muy bonitos? —dijo la señorita Trimble cuando llegaron a la huerta.

—¡Preciosos! —exclamó Daisy—. Sentémonos un poco, para contemplarlos.

Y todos se sentaron. La señorita Trimble, mirando preocupada a los niños, se fue poniendo de color rojo como la grana.

—Creo que no debiera haber dicho eso de la señorita Tittle —dijo—. Lo dije sin pensar. Algunas veces viene aquí a coser para lady Candling, ¿sabéis?, y ¡es difícil no verse arrastrada por sus chismes… me hace cada pregunta! Creo que va a venir esta semana para hacer unas cortinas nuevas de verano… y ya lo estoy temiendo. No puedo soportar tanta envidia y mala intención.

—Lo creo —dijo Bets aprovechando la oportunidad para meter baza—. Usted no es así.

La señorita Trimble quedó tan complacida al oír el comentario de Bets que sonrió arrugando la nariz, y se le cayeron los lentes.

—Ya van tres veces —dijo Bets.

La señorita Trimble se los volvió a poner, ya no tan complacida, pues no podía soportar que Bets las contase de aquella manera.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Fatty, pero a continuación le asaltó una idea—. Supongo que no deben haber más asiduos en el autobús de los lunes, ¿verdad, señorita Tembleque… quiero decir Trimble?

—¡Parece que os interesa mucho ese autobús! —replicó ella—. Bien, déjame pensar. Siempre va el viejo Curiosón, claro. No sé por qué no iría ayer. Siempre acude al mercado.

—¿El viejo Curiosón? ¿Quién es? —preguntó Fatty.

—Oh, es ese viejo que vive con su esposa en un carromato al

final del prado de la Rectoría —replicó la señorita Trimble—. Tal vez no lo hayáis visto nunca.

—¡Oh, sí! ¡Ahora le recuerdo! —exclamó Fatty—. Es un individuo menudo y curioso, de nariz ganchuda y bigotes lacios y caídos que siempre anda murmurando entre dientes.

—Le llaman Curiosón porque es muy curioso —explicó la señorita Trimble—. ¡Las cosas que quiere saber de todo el mundo! Los años que tiene mi madre… los años que tengo yo… lo que hace lady Candling con sus trajes viejos… y lo que gana el jardinero. No me extraña que la gente le llame Curiosón.

Fatty se volvió para mirar a los otros. Parecía como si también el viejo Curiosón pudiera ser el autor de los anónimos. Tal vez estuviera un poco chiflado y escribiera las cartas como una especie de malsana diversión. Fatty recordaba a un compañero de colegio a quien le encantaba descubrir los puntos flacos de los otros para burlarse de ellos. ¡Era muy probable que el viejo Curiosón hubiese escrito los anónimos!

—Y también va siempre la señora Luna, tu cocinera, Pip —dijo la señorita Trimble dejándoles muy sorprendidos—. Va todos los lunes para ver a su anciana madre, igual que yo… y acostumbro a verla cada semana, pero ayer no la vi.

—Pues verá usted, nuestra doncella Gladys se ha ido a pasar unos días fuera —explicó Pip—. Y por eso supongo que mamá no podría dejar a la señora Luna que se tomara un día de fiesta. Sí… ahora que lo pienso… La señora Luna sale todos los lunes.

—¿Algún otro pasajero asiduo de ese autobús? —preguntó Larry.

—No, nadie más —repuso la señorita Trimble—. Parecéis «muy» interesados por ese autobús. Pero estoy segura de que no habéis venido aquí para preguntarme por ese autobús, ¿verdad? ¿Qué veníais a preguntarme?

¡Los niños habían olvidado la excusa que pensaban dar! Pero Bets la recordó a tiempo:

—¡Oh… vinimos a preguntarle si había visto a nuestro gato! —dijo.

—¡De manera que habéis venido para eso! —exclamó la señorita Trimble—. No… no he visto a vuestro gato. ¿Es uno negro muy

grande, verdad? ¡No creo que debáis preocuparos por «él»! Sabe cuidar de sí mismo.

—No tengo la menor duda de que ahora debe estar dentro de casa sentado junto al fuego —dijo Pip muy pensativo—. Bien, debemos marcharnos, señorita Tembleque.

—Trimble, querido, no Tembleque —dijo la señorita Trimble mientras se le caían de nuevo los lentes—. No comprendo cómo sigues equivocándote. ¡Cualquiera diría que yo soy como una de esas hojas de álamo siempre temblando!

Los niños rieron cortésmente aquella pequeña broma, y después de despedirse se marcharon. No dijeron nada hasta estar seguros en la habitación de juegos de Pip con la puerta cerrada. Entonces se miraron unos a otros muy excitados.

—¡Vaya! ¡Tres sospechosos más de primera! —exclamó Fatty abriendo su librito de notas—. ¿Queréis creerlo? Yo creo que no cabe duda de que uno de ellos es el autor de los anónimos.

—No será la señora Luna —dijo Bets—. Estuvo tan amable con Gladys. Gladys lo dijo. No es posible que fuese mala y buena con ella al mismo tiempo.

—Supongo que no —dijo Fatty—. Pero de todas formas va a ingresar en nuestra lista. Ahora viene… la señorita Chisme.

Los otros rieron.

—Señorita Tittle, no Chisme —dijo Pip.

—Ya lo sé, tonto —replicó Fatty—. Pero creo que eso de Chisme le sienta muy bien. La señorita Tittle… el viejo Curiosón… y la señora Luna. Vamos adelantando. Ahora podemos hacer muchas más averiguaciones.

—¿Qué averiguaciones? —quiso saber Pip.

—Pues… hemos de averiguar si el viejo Curiosón, la señorita Tittle y la señora Luna salieron temprano esta mañana —dijo Fatty —. Esa carta fue echada por debajo de la puerta de la señora Lamb a eso de las seis y media. Entonces empezaba a amanecer. ¡Si descubrimos cuál de los tres se levantó temprano habremos dado con el culpable!

—¿Y cómo vas a averiguarlo? —dijo Larry—. ¡No hubiera imaginado siquiera que fueses tan inteligente como para eso, Fatty!

—¡Pues lo soy! —replicó Fatty—. Y lo que es más… iré ahora

mismo… ¡y volveré a daros la respuesta antes de una hora!

Capítulo XV

Fatty hace algunas averiguaciones

Fatty se alejó silbando mientras los otros le contemplaban desde la ventana.

—¡Supongo que va a interrogar al viejo Curiosón, a la señorita Tittle y a la señora Luna! —exclamó Pip—. ¡Es una maravilla! Haga lo que haga jamás se altera.

—De todas formas, no va a resultarle muy fácil interrogar a la señora Luna —dijo Larry—. Hoy no parece de muy buen humor… debido a que la señora Cockles no ha aparecido, supongo.

Transcurrió una hora. Eran ya la una menos cuarto, y los niños se asomaron a la ventana para aguardar a Fatty. ¡Le vieron llegar en su bicicleta… pero cielos, qué aspecto tan distinto presentaba! Había vuelto a ponerse su peluca pelirroja, pero esta vez con cejas negras, y había oscurecido su rostro hasta que pareciera curtido por la intemperie. ¡Llevaba un traje viejo y sucio y un mandil de carnicero!

¡Pero los niños supieron que era Fatty por su silbido! Se detuvo debajo de la ventana.

—¿Hay alguien por ahí? —dijo—. ¿Puedo subir?

—No hay nadie —dijo Pip asomándose fuera de la ventana—. La señora Luna está en el patio de atrás.

Fatty subió convertido en un auténtico ayudante de carnicero. Era sorprendente cómo sabía cambiar de expresión según el tipo que representara. Se quitó el mandil y la peluca, y su aspecto mejoró bastante.

—Bueno…, ¿qué has averiguado? —le preguntó Larry con ansiedad—. ¿Y por qué vas vestido de esa manera?

—He descubierto un montón de cosas —replicó Fatty—. ¡Pero la verdad es que no sé si he adelantado algo! Os lo contaré todo. Voy vestido así porque es natural que el chico del carnicero se entretenga charlando.

Abrió su librito de notas por la página encabezada con la palabra: «Sospechosos».

—El viejo Curiosón —comenzó—. El viejo Curiosón esta mañana estaba levantado desde antes de las seis y media y salió con su perro «Lurcher». Dejó su carromato y fue al pueblo por la avenida del Sauce, regresando a las ocho, poco más o menos.

Volvió otra página.

—La señorita Tittle —dijo—. La señorita Tittle salió con su perro a las seis y media como todas las mañanas. Vive en una travesía de la avenida del Sauce y a esas horas siempre lleva un viejo chal de color rojo.

—La señora Luna salió esta mañana temprano y fue vista hablando con el viejo Curiosón. Bien, ahí tenéis, Pesquisidores. ¿Qué conclusión sacáis de esto? ¡Cada uno de nuestros tres sospechosos puede haber deslizado la carta por debajo de la puerta!

—Pero, Fatty…, ¿cómo has averiguado todo esto? —exclamó Bets con gran admiración—. Realmente eres un Pesquisidor maravilloso.

—¡Elemental, mi querida Bets! —dijo Fatty guardando su librito de notas—. ¿Conoces el prado que hay enfrente de la avenida del Sauce? Pues bien, allí vive el viejo Dick, un pastor que tiene su propia barraca. Esta mañana le descubrí. De manera que no he tenido más que ir a verle y darle conversación, haciéndole algunas preguntas inocentes… ¡y así salió todo! El viejo Dick estaba bien despierto a las cinco… como siempre… y se toma gran interés por la gente que pasa arriba y abajo del prado. Es todo lo que tiene que ver, excepto sus ovejas. Dice que Curiosón siempre se levanta a horas intempestivas… es muy probable que sea un cazador furtivo. Por lo menos es un gitano. Y al parecer la señorita Tittle siempre saca a su perro a dar un paseíto muy de mañana. Así que eso no tiene nada de particular. Dice que vio perfectamente a la señora Luna y oyó su voz cuando hablaba muy complacida con el viejo Curiosón.

—¡Estoy seguro de que es la señora Luna! —exclamó Larry—. Nunca sale tan temprano. He oído decir a tu mamá que siempre se levanta demasiado tarde, Pip.

—¡Chisss! Ahí viene para anunciarnos que la comida está preparada —dijo Pip con calor—. Y desde luego que era la señora Luna.

Asomó la cabeza por la puerta.

—¿Quieren bajar ahora, señorito Pip? —dijo—. Les he preparado la comida en el comedor.

—Gracias, señora Luna —respondió Pip, y siguiendo un impulso repentino agregó—: Escuche, señora Luna…, ¿verdad que es extraño que el viejo pastor le haya dicho a Fatty que la vio a usted esta mañana a las seis y media? Debía estar soñando, ¿no?

Hubo una pausa durante la cual la señora Luna pareció sorprendida y violenta.

—Vaya —dijo al fin—. ¡Quién hubiera pensado que me estaban espiando a esa hora del día! Sí, tiene razón. Esta mañana «salí» muy temprano. Saben, es que acostumbro a ir todos los lunes a Sheepsale a ver a mi madre, y ayer no tuve tiempo de avisarla de que no iría. Sé que estará preocupada y me acordé de que el viejo Curiosón, el gitano, tal vez fuese hoy, así que me levanté temprano para darle una nota para mi madre y un paquete de comida por si acaso ella no hubiera podido comprarse nada. Él pensaba tomar el autobús de las diez quince.

—Oh —exclamaron los niños, aliviados al oír la explicación.

—¡De manera que era eso! —dijo Pip sin pensar en lo que estaba diciendo.

—¿Era qué? —dijo la señora Luna, crispada.

—Nada —se apresuró a replicar Pip al recibir un codazo de Fatty—. ¡Nada en absoluto!

La señora Luna miró a los niños con curiosidad. Fatty se puso en pie porque no quería que la señora Luna recalase nada.

—Es hora de que me marche —dijo—. Se os enfriará la comida, Pip y Bets, si no bajáis en seguida. Os veré más tarde.

—¡Aquí tienes tu librito de notas, Fatty! —le gritó Bets corriendo tras él cuando ya bajaba la escalera—. ¡Tu preciosa libretita con todas tus «Pistas» y «Sospechosos»! Fatty, ¿vas a

escribir el caso otra vez? Ahora ya tienes algo más que poner, ¿no es cierto?

—Tíramelo —dijo Fatty—. Sí, escribiré el caso hasta donde hemos llegado. ¡Apuesto a que al viejo Goon le gustaría leer mis notas!

Y salió por la puerta del jardín con Larry y Daisy. Fatty no volvió a ponerse la peluca y el delantal, y las guardó en la cesta de su bicicleta.

—Menos mal que me los había quitado antes de que entrase la señora Luna —dijo—. ¡Le hubiera extrañado vuestra intimidad con el chico del carnicero!

—Fatty, ¿quién crees tú que es el autor de los anónimos? —dijo Daisy que estaba muerta de curiosidad—. Yo, la verdad, creo que es la señora Luna.

—Y yo también —intervino Larry—. Pero no veo cómo vamos a conseguir alguna prueba.

—Sí, desde luego que puede ser la señora Luna —dijo Fatty, pensativo—. ¿Recordáis que Pip nos dijo que ella quería que viniera su sobrina? Puede que haya hecho que Gladys se fuera para eso. Y, sin embargo…, están las otras cartas. Quienquiera que las haya escrito debe estar un poco loco, creo yo.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber Larry.

—Creo que ver si logramos averiguar algo más de la señora Luna —dijo Fatty—. Nos encontraremos en casa de Pip a las dos y media.

Cuando llegaron a casa de Pip, le encontraron en un estado de gran excitación, lo mismo que a Bets.

—¡Imaginaros! ¡El viejo Ahuyentador está aquí y ha estado interrogando a la señora Luna! —exclamó Pip—. Nosotros oímos muchísimo porque la ventana de la cocina estaba abierta y da precisamente debajo del cuarto de jugar.

—¿Y por qué ha venido a interrogarla? —preguntó Fatty.

—Pues, al parecer, ella vivía cerca del reformatorio donde estuvo Gladys —repuso Pip—. E incluso estuvo allí como cocinera y la despidieron porque las chicas se quejaban de su mal carácter. ¡Tal vez Gladys fuese una de las que se quejaron! Supongo que el viejo Ahuyentador ha estado haciendo averiguaciones por su cuenta, y al descubrir que la señora Luna conocía el reformatorio

donde estuvo Gladys, supongo que debió entrar en sospechas. ¡Le gritó de mala manera y ella entonces le ha replicado en igual forma!

Se oyeron voces exaltadas y los niños se asomaron a la ventana.

—¿Y qué derecho tiene usted a venir aquí a hablar a una mujer inocente en la forma que usted lo hace? —gritaba la señora Luna—. ¡Le denunciaré a la Ley!

—¡«Yo» soy la Ley! —replicó la voz potente del señor Goon—. Yo no la acuso de nada, señora Luna, compréndalo, por favor. Sólo le estoy haciendo unas preguntas como hemos de hacer de ordinario en nuestro trabajo. Nosotros las llamamos de puro formulismo. Hemos de interrogar a las personas para saber todo lo referente a ellas. Para descartarlas si son inocentes… como no me cabe duda que es usted. ¡No debiera ponerse así sólo porque la ley le haga unas cuantas preguntas corteses!

—Hay otras personas a quien podría interrogar —replicó la señora Luna en tono sombrío—. Sí, otras que yo podría indicarle.

—Tengo una lista de las personas que debo interrogar —replicó el señor Goon—. Y todo lo que espero es que sean un poco más amables de lo que ha sido usted. Usted no produce buena impresión, señora Luna, se lo digo con toda franqueza.

Y dicho esto el señor Goon se marchó en su bicicleta y mientras pedaleaba trabajosamente para subir la empinada avenida su cogote estaba enrojecido por la ira.

—El viejo Goon es un poco más listo de lo que nosotros pensábamos —dijo Fatty—. Al parecer tiene su lista de «Sospechosos» lo mismo que nosotros… ¡y en ella está también la señora Luna!

—¡Yo creo que cuando te vio echando aquella carta en Sheepsale sospecharía de «ti»! —dijo Larry.

—Oh, yo creo que está seguro de que me estoy «entrometiendo», como él dice —comentó Fatty—. Probablemente estará esperando que alguien reciba una carta «mía», tanto como del verdadero autor de los anónimos. ¡Pues… tengo hecho el decidido propósito de que sea él quien la reciba!

—¡Oh, no, Fatty! —exclamó Daisy.

Fatty sonrió.

—No, lo he dicho en broma. Bien, salgamos al jardín. Iremos

hasta la vieja glorieta. Allí escribiré mis notas, mientras vosotros os entretenéis leyendo o haciendo cualquier otra cosa. Hace demasiado calor para estar todos dentro de casa.

Todos fueron a la glorieta. Por la parte de atrás daba al jardín vecino, y era un lugar muy recoleto y apartado de la casa. Los niños cogieron algunos rábanos del jardín y se los llevaron, con intención de irlos comiendo por la tarde.

Todos hablaban animadamente de su misterio. Lo discutieron todo y leyeron en voz alta lo que Fatty había escrito. Resultaba muy bien. Había anotado también la entrevista de aquella tarde del señor Goon y la señora Luna. Comenzaba así:

«Lo que dijo el señor Goon a la señora Luna».

Y proseguía en tono tan jocoso que los niños reían a más y mejor.

De pronto oyeron voces cerca, y sobresaltados guardaron silencio. ¿Quién podía estar tan cerca?

Se asomaron y vieron a la señora Luna que, con unas lechugas en la mano, hablaba con una desconocida por encima de la tapia muy cerca de la glorieta.

—Es lo que siempre he dicho, señorita Tittle —oyeron decir a la señora Luna—. ¡Si una cosa va demasiado ajustada no vale la pena usarla!

—Tiene usted mucha razón —repuso una mujercita menuda y pulcra por encima de la tapia—. Pero a la gente le gusta llevar la ropa tan ajustada. Bueno, venga a verme para ese vestido, señora Luna, me encantará charlar con usted.

—¡Apuesto a que sí! —susurró Daisy—. ¡Entre las dos despellejarían a toda la población de Peterswood!

—La señorita Tittle no parece muy simpática —dijo Bets observando cómo la señora Luna se alejaba por el camino con sus lechugas. Evidentemente había ido a cogerlas a la huerta.

—Supongo que os daréis cuenta de que estábamos hablando en voz muy alta y que la señorita Tittle y la señora Luna pueden haber oído todo si es que se han parado a escuchar —dijo Fatty con un gemido—. No se me ocurrió que pudiera acercarse nadie por aquí.

La señorita Tittle debía estar al otro lado de la tapia, y la señora Luna se ha llegado hasta aquí para coger las lechugas. Crecen muy cerca de la glorieta. ¡Ahora las dos estarán en guardia si han oído lo que decíamos!

—¡No deben habernos oído! —dijo Pip.

—Pueden haberlo hecho perfectamente —insistió Fatty—. ¡Qué tontos somos! ¡Vaya! Leer nuestras pistas y fechas a viva voz. ¡Y Bets leyendo mis notas en voz alta!

—¿Por qué no ha ladrado «Buster»? —dijo Bets.

—Pues porque conoce perfectamente a la señora Luna y no le ladra cuando se acerca —replicó Fatty—. Y no creo que se moleste por quien deambule por el jardín de al lado. ¿Verdad, «Buster», viejo camarada?

—Guau —replicó «Buster» con pereza—. Estaba tendido al sol, que le calentaba agradablemente, y alzó las orejas en espera de oír la palabra «paseo».

Pronto la oyó.

—Voto porque vayamos a dar un paseo —propuso Larry—. Aquí hace calor. Vamos al río para ver los cisnes. Les llevaremos un poco de pan.

Pip fue a pedir un poco de pan a la señora Luna, quien parecía disgustada y nerviosa.

«No es de extrañar —pensó Pip—. Después de haber estado batallando con el señor Goon».

Lo pasaron divinamente junto al río. Regresaron a la hora de merendar, pero se separaron en casa de Pip puesto que aquella tarde cada uno tenía que merendar en su casa.

—Hasta mañana —les dijo Fatty—. Parece que hemos vuelto a atascarnos, ¿no es cierto? ¡Este misterio necesita un poco de engrase! Bien… ¡puede que mañana suceda algo!

Y Fatty tenía razón. Sucedieron muchas cosas… ¡y fue un día emocionante!

Capítulo XVI

El señor Goon está intrigado

Fatty creyó conveniente llevar su disfraz de aprendiz de carnicero al día siguiente por si acaso tuviera que realizar algunas pesquisas o nuevas entrevistas. Era un disfraz muy sencillo y efectivo. Se puso la peluca pelirroja, sin gorra. Se ajustó las cejas negras y oscureció su rostro, y luego, con su mandil atado a la cintura salió hacia la casa de Pip.

La señora Hilton le vio pasar como una exhalación por delante de la ventana.

«Ah —pensó—, es el chico del carnicero. Ahora la señora Luna no tendrá que ir a buscar la carne otra vez».

Los otros saludaron a Fatty con entusiasmo. Les encantaba que se disfrazase. Se quitó la peluca, las cejas y el delantal al entrar en la habitación de jugar por temor a que pudiera entrar la señora Hilton y le viese.

Apenas había acabado de hacerlo cuando se oyó una gran conmoción en la planta baja, y los niños escucharon sobresaltados. Se oían sollozos y gemidos, alguien que hablaba con voz altisonante y más sollozos.

Fueron hasta el hueco de la escalera y escucharon.



—Es la señora Luna… y mamá —dijo Pip—. ¿Qué estará ocurriendo? La señora Luna está llorando como una desesperada y mamá trata de hacerla callar. Cielos, ¿qué será?

—¡Tal vez mamá haya descubierto que la señora Luna es la autora de los anónimos! —sugirió Bets con aire asustado.

—Bajaré a ver qué pasa —dijo Fatty haciéndose cargo de la

situación como de costumbre.

Bajó la escalera silenciosamente y oyó la voz de la señora Hilton que decía con severidad:

—Vamos, señora Luna, no puede continuar así. ¡No lo soporto! ¡Deje de llorar en seguida!

—¡Oh, señora, pensar que yo he recibido también una de esas cartas repugnantes! —sollozó la voz de la señora Luna—. ¡Y con qué odio está escrita! Mire lo que dice.

—No quiero verla, señora Luna. Y usted no le preste atención —dijo la señora Hilton—. Sabe usted muy bien que es sólo una tontería escrita por una imaginación llena de rencor. Enséñesela al señor Goon y luego olvídese de ello.

—¡A ese señor Goon! —sollozó la señora Luna—. Pues no vino aquí ayer y me dijo que ya podía ser la persona que ha escrito las cartas… yo, una delincuente, una mujer pacífica que nunca he hecho daño a nadie. ¡Oooooo-o-oh!

—Domínese en seguida —le dijo la señora Hilton en tono imperioso—. ¡Se está usted dejando llevar del histerismo y no lo soporto! ¿Cuándo recibió la carta?

—¡En este mismo momento! —sollozó la señora Luna—. Alguien la echó por debajo de la puerta de la cocina, yo la recogí y la leí… y allí estaba ese odioso mensaje… oh, pensar que alguien ha podido escribirme a mí en estos términos, yo, que no tengo un solo enemigo en todo el mundo.

—¿Dice usted que «acaban» de echarla por debajo de la puerta? —dijo la señora Hilton, pensativa—. Vaya… hace sólo un minuto que vi pasar al chico del carnicero por delante de mi ventana.

—¡Pues no ha venido a la puerta de atrás! —declaró la señora Luna—. Y no ha dejado carne alguna ni nada.

—Es extraño —dijo la señora Hilton—. ¿No sería posible que hubiera sido ese chico quien trajera la nota… por encargo de alguien? Bueno, le preguntaremos al carnicero.

Fatty deseaba ardientemente no haberse puesto aquel disfraz. Debía esconderlo bien cuando subiera.

—Ahora iré a telefonear al señor Goon —anunció la señora Hilton—. Hágase una taza de té, señora Luna, y trate de ser razonable.

Fatty salió disparado escaleras arriba cuando la señora Hilton se dirigía al recibidor para telefonear, y los otros se agruparon a su alrededor.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntaron—. ¡Cuéntalo, de prisa!

—¡A que no lo adivináis! —dijo Fatty—. La señora Luna ha recibido una de esas cartas… entregada a mano hará cosa de unos minutos. Cualquiera de nosotros puede haber visto a quien la dejó aquí… pero no le vimos. Vuestra madre me vio disfrazado, Pip, y es una lástima, porque ahora cree que soy «yo» quien trajo la carta.

—¡La señora Luna ha recibido una carta! —dijo Larry lanzando un prolongado silbido—. Bien, entonces eso la «descarta». Ahora sólo quedan el viejo Curiosón y la señorita Tittle.

—Esperemos al señor Goon —dijo Bets.

Se asomaron a la ventana y le vieron llegar en su bicicleta y desmontar ante la puerta principal. La señora Hilton le hizo pasar. Los niños se asomaron al hueco de la escalera, pero la señora Hilton, preocupada como estaba, ni siquiera les vio.

—Le he llamado para decirle que la señora Luna ha recibido ahora mismo una de esas desagradables cartas —dijo la señora Hilton—. Y naturalmente está muy apurada.

—¡Bien, señora, debo decirle que yo también he recibido una esta mañana! —exclamó el señor Goon—. Esto ya pasa de broma. Esta mañana encontré la mía en el buzón. Claro que pudieron traerla durante la noche. Mira que burlarse de la Ley de esta manera. ¡Vaya a un extremo que hemos llegado, tratar a la Ley con tan poco respeto!

—Es muy molesto —dijo la señora Hilton—. Yo no puedo imaginarme quién puede querer «enviarle» esa clase de cartas, señor Goon.

—Ah, no dudo que el autor sabe que estoy sobre su pista —replicó Goon—. ¡Piensa que así me quitará de en medio, no lo dudo! ¡Me dice que soy un entrometido y un atontado! ¡Ah, aguarde a que le ponga la mano encima!

—Bueno… venga a ver a la señora Luna —le dijo la señora Hilton—. Y por favor, trátela con sumo cuidado, señor Goon. Está casi histérica.

Evidentemente el señor Goon no sabía cómo tratar a una persona histérica a juzgar por las voces airadas que pronto se oyeron en la cocina. Al fin se abrió la puerta y el señor Goon salió al recibidor muy acalorado, para ir en busca de la señora Hilton, que se había retirado prudentemente al salón.

—¡Y ya le enseñaré yo a venir a molestar y acusar a una pobre mujer inocente! —decía la voz de la señora Luna desde la cocina—. ¡Ayer molestándome como lo hizo… y hoy llenándome de insultos!

El señor Goon se enteró a continuación de la llegada del chico del carnicero pelirrojo, quien había desaparecido misteriosamente sin dejar la carne, y sin que al parecer le viera nadie.

El señor Goon pensó en el acto en el repartidor de telegramas pelirrojo.

«¡Qué cosas más extrañas suceden! —se dijo para sí—. Las cartas que se caen… las recoge el repartidor de telegramas… y ahora el chico del carnicero que no viene a traer la carne… sino tal vez a dejar la carta para la señora Luna. Esto hay que investigarlo».

—Los cinco niños están arriba —dijo la señora Hilton—. No sé si usted querrá preguntarles si han visto al chico del carnicero. Tal vez puedan darle más detalles.

—Iré a verles —replicó el señor Goon disponiéndose a subir la escalera. Cuando llegó al cuarto de jugar los niños, aparentemente, estaban jugando a las cuatro esquinas. Al ver entrar al señor Goon interrumpieron el juego.

—Buenos días —les dijo—. ¿Alguno de vosotros ha visto por aquí, esta mañana, a un chico pelirrojo que trabaja en la carnicería?

—Sí, yo le vi —replicó Pip con una sonrisa.

—¡Ah, tú le viste! ¿Qué hacía? —preguntó el señor Goon.

—Pues subía por la avenida —dijo Pip.

—Y supongo que volvería a marcharse en seguida —dijo el policía.

—No. No le vi marcharse —dijo Pip.

Y al parecer ninguno le había visto irse, de manera que el señor Goon comenzó a pensar que aquel misterioso muchacho pelirrojo debía estar aún por los alrededores de la casa.

—¿Es amigo vuestro? —les preguntó.

Pip vaciló. Fatty era amigo «suyo»… y, sin embargo, decir que

eran amigos del chico del carnicero podría traerles complicaciones. Al ver su vacilación Fatty acudió en su ayuda.

—Nosotros no tenemos amigos repartidores de carne, ni tampoco de telegramas. ¿No se acuerda que me lo preguntó una vez?

—No estoy hablando contigo —dijo el señor Goon frunciendo el ceño—. Sino con el señorito Philip. ¡Me gustaría poder hablar con esos dos chicos pelirrojos! Y lo conseguiré aunque tenga que ir a la oficina de Telégrafos y hablar con el administrador, y preguntar a todos los carniceros de la población.

—Sólo hay dos carniceros —replicó Pip.

—Señor Goon, siento tanto que usted también haya recibido una de esas horribles cartas —dijo Fatty con fervor—. No puedo imaginar que nadie haya tenido valor… er… quiero decir… corazón para escribirle así.

—¿Cómo es así? —exclamó Goon en tono crispado.

¿Qué sabes «tú» de las cartas que yo recibo? Supongo que no irás a decirme ahora que has visto la carta y que sabes lo que dice, ¿verdad?

—Bueno, puedo imaginármelo, más o menos —le dijo Fatty con modestia.

—Entonces dime lo que decía la carta —replicó el señor Goon comenzando a enfadarse.

—Oh, no podría estando éstos delante —dijo Fatty.

Claro que él ignoraba el contenido de la carta, aparte de que le trataban de entrometido y atontado, pero era divertido hacer creer al policía que sí estaba enterado.

—¡Bueno, no me sorprendería lo más mínimo que «tú» me hubieses escrito esa carta! —dijo el señor Goon—. ¡Tal vez no haya sido el autor de los anónimos… sino tú seguramente!

—¡Oh, usted «no pensará» una cosa así de «mí»! —exclamó Fatty haciéndose el ofendido. Y Larry y Daisy le miraron bastante alarmados. Recordaron haberle oído decir que le hubiese encantado escribir una carta al señor Goon. ¿Lo «habría» hecho?

El señor Goon se marchó decidido a encontrar al muchacho pelirrojo repartidor de carne, y al igualmente pelirrojo repartidor de telegramas, aunque tuviera que remover cielo y tierra. Larry se

volvió hacia Fatty.

—¡Oye! No le habrás escrito tú, ¿verdad, Fatty?

—¡Claro que no, tonto! ¡Como si yo fuese capaz de escribir un anónimo a nadie aunque sólo fuese por divertirme! —dijo Fatty—. ¡Pero la verdad es que alguien ha entregado uno de los anónimos en la misma boca del león! Al propio Goon. No creo que la señorita Tittle fuese capaz de eso… ni siquiera el viejo Curiosón, el gitano.

—Y ahora la señora Luna está descartada —dijo Larry—. Cielos… parece más complicado que nunca, la verdad. ¿Tienes alguna idea de lo que podemos hacer a continuación?

—Una o dos —respondió Fatty—. Creo que nos ayudaría bastante obtener muestras de la escritura de la señorita Tittle y del viejo Curiosón, para compararlos con lo que calqué. Tal vez eso nos dijera algo.

—¿Pero cómo diantre vas a conseguirlo? —preguntó Daisy—. ¡Yo no sería capaz de conseguir una muestra de la letra de Curiosón aunque lo estuviera pensando un mes entero!

—¡Es bien sencillo! —replicó Fatty dándose importancia—. ¡Espera y verás!

Capítulo XVII

Fatty tiene una mañana muy atareada

Al día siguiente el señor Goon y Fatty estuvieron muy ocupados. Fatty tratando de conseguir muestras de la escritura de la señorita Tittle, el policía tratando de localizar a los dos pelirrojos.

Fatty no sabía si disfrazarse o no, y por fin decidió ponerse la peluca pelirroja, las cejas de igual color, pecas y un sombrero redondo de repartidor. Era esencial que le creyeran un repartidor de cualquier cosa para poder conseguir las muestras de su escritura… o por lo menos eso es lo que Fatty se figuraba.

Fue en su bicicleta al prado de la rectoría donde el viejo Curiosón, el gitano, vivía en su sucio carromato con su esposa. En la cesta llevaba un paquete, conteniendo dos pipas viejas de su padre y una lata de tabaco que había comprado. Larry le encontró cuando pedaleaba furiosamente por la calle del pueblo para vigilar los pasos de Goon.

—¡Fatty! —exclamó al verle y luego se llevó la mano a la boca esperando que ningún transeúnte le hubiese oído.

—¡Cabezota! —le dijo Fatty deteniéndose a su lado—. ¡No me llames a gritos por mi nombre cuando voy disfrazado! ¡Llámame Bert, o Al, o Sid… lo que quieras, pero no Fatty!

—¡Perdona! Lo hice sin pensar —dijo Larry—. No creo que me haya oído nadie. ¿Qué vas a hacer, Fatty… er… quiero decir Sid?

—Voy a llevar un paquete al viejo Curiosón —repuso Fatty—. ¡De un amigo desconocido! Y tendrá que firmarme el recibo. ¿Comprendes?

—Caramba, qué listo eres —dijo Larry lleno de admiración—. Claro… así puedes hacer fácilmente que firme con su nombre… y

ponga su dirección también, supongo… llevándole un paquete y pidiéndole que firme el recibo. Nunca se me hubiera ocurrido. Nunca.

—Dentro he puesto un par de pipas viejas y tabaco —dijo Fatty con una sonrisa—. ¡Qué bonita sorpresa va a llevarse el viejo Curiosón! También voy a llevarle un paquete a la señorita Tittle… y más tarde otro a la señora Luna. Tengo el presentimiento de que si consigo muestras de los tres, pronto podremos descubrir al verdadero autor de los anónimos. Pienso pedirles que pongan su nombre en el recibo con letras mayúsculas, naturalmente.

—Bien por Fatty —dijo Larry—. Diré a Pip y a Bets que te busquen más tarde… cuando vayas a entregar su paquete a la señora Luna.

Fatty se alejó silbando y no tardó en llegar al Prado de la Rectoría. En el centro estaba el viejo carromato con su chimenea humeando. La esposa de Curiosón estaba fuera guisando algo encima del fuego, y su marido sentado junto a ella chupando una pipa vacía. Fatty atravesó el prado en su bicicleta y cuando llegó junto a ellos se dispuso a desmontar.

—Buenos días —dijo—. ¡Un paquete para usted! ¡Envío certificado!

Y alargó el paquete al sorprendido viejo. El gitano le dio vueltas y más vueltas tratando de averiguar lo que había dentro.

—¿Hay que pagar algo? —preguntó la mujer de Curiosón.

—No. Pero debe firmarme un recibo —dijo Fatty con presteza sacando un librito de notas en el que estaba escrito con letras mayúsculas:

RECIBIDO, UN PAQUETE, por…

—¿Quiere poner aquí su nombre y dirección en letras mayúsculas? —le preguntó, mostrando a Curiosón lo que quería.

—No pienso firmar nada —dijo Curiosón sin mirar a Fatty.

—Bueno, si quiere usted el paquete tendrá que firmar —dijo Fatty—. Siempre hay que acusar recibo, ya sabe. Es la única prueba que tengo para demostrar que he entregado el paquete. ¿Comprende?

—Yo lo firmaré —dijo la mujer de Curiosón alargando la mano para que le entregase el lápiz.

—No —respondió Fatty—. El paquete es para su esposo. Y tiene que firmarlo él, señora.

—Déjame a mí —dijo la mujer—. Vamos… dámelo que yo lo firmaré. No importa quien de nosotros lo firme.

Fatty estaba casi desesperado. Además le parecía un detalle muy sospechoso el que Curiosón no quisiera firmar con su nombre y dirección… tal vez tuviera miedo por alguna cosa.

—Pues si no firma tendré que llevarme el paquete —dijo con el tono más firme que pudo—. Hay que ser muy estricto con estas cosas. Es lástima… huele a tabaco.

—Sí, es verdad —dijo el viejo Curiosón, olfateando el paquete con fruición—. Vamos, mujer, fírmalo tú.

—Le digo… —comenzó a decir Fatty, pero la mujer de Curiosón le tiró de la manga, y le habló al oído en un susurro ronco.

—No le molestes más. ¡No sabe leer ni escribir!

—Oh —exclamó Fatty asombrado, dejando que la mujer de Curiosón firmara el recibo sin más reparos. Apenas pudo leer lo que ella había escrito porque la mitad de las letras estaban inclinadas hacia atrás y ni siquiera había puesto bien Peterswood.

Fatty se alejó en su bicicleta pensativo. De manera que el viejo Curiosón no sabía escribir. Bien, entonces había que descartarle también. En realidad sólo quedaba la señorita Tittle… porque la señora Luna había recibido una de las cartas y podía ser borrada de la Lista de Sospechosos.

Fue a su casa y buscó una caja de cartón en la que había empaquetado un pedazo de tela que había comprado en la tienda aquella mañana. Llegó a tiempo de alcanzar a la señora Tittle en el momento en que salía para ir a trabajar de nuevo a casa de lady Candling.

—Un paquete para usted —le dijo Fatty rápidamente—. Certificado. ¿Quiere hacer el favor de firmar… aquí… con letras mayúsculas para mayor claridad… nombre y dirección?

La señorita Tittle quedó bastante sorprendida al recibir un paquete certificado cuando no esperaba ninguno, pero supuso que alguna cliente le enviaba algún vestido para que se lo arreglara con

urgencia. Así que puso su nombre en letras mayúsculas muy pulcras y menudas como sus puntadas.

—Aquí tienes —le dijo—. ¡Por poco no me encuentras! Buenos días.

«¡Ha sido fácil esta vez! —pensó Fatty mientras se alejaba en su bicicleta—. Ahora… quisiera saber si es verdaderamente necesario que obtenga una muestra de la escritura de la señora Luna. Tal vez sea mejor, puesto que ha sido sospechosa. ¡Bueno, allá voy!».

Y enfiló la avenida de la casa de Pip. Sus compañeros le esperaban tumbados en el jardín y al pasar le gritaron en voz baja:

—¡Eh, Sid!

—¡Hola, Bets! —¡Alf!

Fatty sonrió yendo hasta la puerta posterior. Esta vez llevaba un paquete pequeño cuidadosamente envuelto y atado con una cinta y la etiqueta de la tienda. En realidad resultaba un paquete muy intrigante.

La señora Luna se acercó a la puerta de la cocina.

—Un paquete para usted —le dijo Fatty, mostrándoselo—. Certificado. Firme aquí, por favor, en letras mayúsculas para mayor claridad nombre y dirección.

—Tengo las manos manchadas de harina —respondió la señora Luna—. Firma tú por mí, jovencito. ¿Quién podrá enviarme este paquete?

—Tendrá que firmar usted misma —insistió Fatty. La señora Luna lanzó un sonido que denotaba su exasperación y arrancando el lápiz de manos de Fatty se sentó a la mesa y con gran trabajo escribió su nombre y dirección, pero mezclando las letras mayúsculas y minúsculas de un modo muy particular. El recibo decía así:

RECIBIDO, UN PAQUETE, por
Wlnnle LUNa
CaSaROJa
peTeRSWOOD

—Gracias —dijo Fatty examinándolo detenidamente—. ¡Pero si ha mezclado mayúsculas y minúsculas, señora Luna! ¿Por qué lo ha

hecho?

—¡No sé escribir mucho! —replicó la señora Luna contrariada—. Toma tu recibo y vete. En mis tiempos las escuelas no eran lo que son ahora, que incluso un niño de cinco años sabe ya leer.

Fatty se marchó. Si la señora Luna no conocía la diferencia entre las minúsculas y las mayúsculas, no veía cómo pudo haber escrito aquellos lamentables anónimos. De todas formas, no es que hubiera sospechado realmente de ella. Estuvo pensando en todo aquello mientras bajaba la avenida y volvía a atravesar el pueblo. Curiosón no sabía escribir. Descartado. La señora Luna tampoco pudo hacerlo. Descartada. Sólo quedaba la señorita Tittle… y la diferencia entre sus letras menudas y cuidadas y las desmañadas y torpes de los anónimos era sorprendente…

«No puedo creer que esas cartas fuesen escritas por “ella” —pensó Fatty—. Bueno, la verdad es que este caso se pone cada vez más difícil. Tenemos buenas ideas y buenas pistas… y una por una, todas van fracasando. Ninguno de nuestros sospechosos lo parece ahora… aunque supongo que la más probable es la señorita Tittle».

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no miraba por dónde iba, y por poco atropella a un perro, que aulló tan fuertemente del susto que Fatty, sintióse responsable, desmontó de la bicicleta para consolarle.

—¿Qué estás haciendo para que el perro ladre de esa manera? —le preguntó de pronto una voz dura, y Fatty alzó la cabeza sobresaltado, viéndose ante el señor Goon.

—Nada, señor —tartamudeó Fatty fingiendo tener miedo del policía. En los ojos del señor Goon iba apareciendo una mirada muy curiosa… tanto que Fatty empezó a tener miedo «de verdad».

El señor Goon miraba la peluca roja de Fatty, y su sombrero de repartidor. Le miraba intensamente. ¡Otro chico pelirrojo! ¡Vaya, al parecer el pueblo estaba lleno de pelirrojos!

—¡Ven conmigo! —le dijo de pronto agarrando a Fatty de un brazo—. Quiero hacerte algunas preguntas. ¡Ven conmigo!

—Yo no he hecho nada —exclamó Fatty fingiéndose asustado—. Déjeme marchar, señor. Yo no he hecho nada.

—Entonces no tienes por qué asustarte —le dijo el señor Goon, y sujetándole fuertemente de un brazo le hizo bajar la calle hasta su

casa. Una vez allí le hizo entrar, y le llevó al piso de arriba, a una pequeña habitación llena de cachivaches de todas clases.

—¡Me he pasado toda la mañana buscando chicos pelirrojos! —dijo el señor Goon—. Y no he encontrado los que quería. ¡Pero en cambio te he encontrado a «ti»! Ahora espérame aquí y aguarda a que suba a interrogarte. Estoy harto de pelirrojos… entrometiéndose en todo… recogiendo cartas perdidas, entregando cartas y paquetes… y luego desapareciendo en el aire como por arte de magia. ¡Oh, sí, estoy empezando a cansarme de todos esos pelirrojos!

Y salió cerrando la puerta con llave. Bajó las escaleras y Fatty pudo oírle hablando por teléfono, pero sin entender lo que decía.

Fatty echó un rápido vistazo a su alrededor. Era inútil tratar de salir por la ventana, porque daba a la calle Alta y mucha gente le vería escapar y darían la alarma.

No… debía escapar por la puerta cerrada, como hiciera ya en otra ocasión cuando el enemigo le tenía encerrado. ¡Ah, Fatty sabía cómo salir de una habitación cerrada con llave! Buscó en su bolsillo y encontró un periódico doblado. ¡Era verdaderamente extraordinaria la cantidad de cosas que Fatty guardaba en sus bolsillos! Abrió el periódico, lo alisó para que quedara bien plano y lo empujó despacio por debajo de la puerta.

Luego cogió un pequeño carrete de alambre de su bolsillo y enderezó el extremo. Insertó dicho extremo cuidadosamente en la cerradura. Claro que por el otro lado estaba la llave que Goon había utilizado para cerrar la puerta.

Fatty estuvo tanteando con el pedazo de alambre hasta conseguir empujar y mover un poco la llave. De pronto, con un golpe seco cayó al otro lado de la puerta encima del periódico que Fatty había colocado. Sonrió.

Había dejado que asomara una esquina del periódico por su lado, y ahora tiró de él con cautela. Todo el periódico fue pasando por debajo de la puerta… ¡trayendo la llave! Qué truco tan inteligente… y «tan» sencillo, pensó Fatty.

Fue cosa de un momento el introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. Cogió la llave, salió sin hacer ruido, y volvió a cerrar la puerta dejándola puesta.

Luego se detuvo en lo alto de la escalera para escuchar. Evidentemente el señor Goon estaba en plena charla telefónica como todas las mañanas a aquella hora.

Cerca había un pequeño cuarto de baño, y Fatty entró en él con cuidado lavándose todas las pecas de su rostro. Se quitó la peluca y las cejas guardándolas en su bolsillo. Luego cambió su corbata chillona por otra que también sacó de su bolsillo.

Ahora su aspecto era completamente distinto. Se sonrió en el espejo.

—Desaparición de otro pelirrojo —dijo y luego bajó la escalera haciendo el menor ruido posible. El señor Goon seguía en la sala telefoneando. Fatty se introdujo en la cocina que estaba vacía. Aquel día no había ido la señora Cockles. Salió por la puerta posterior al jardín, y de allí al camino. Tenía que abandonar su bicicleta pero no importaba… ¡ya encontraría un medio para recuperarla! ¡Se alejó silbando, y pensando con deleite en la cara que pondrían los Pesquisidores cuando les contase sus aventuras de aquella mañana!

Capítulo XVIII

El misterio de los muchachos pelirrojos

Cuando el señor Goon terminó su conferencia telefónica, subió al piso de arriba dispuesto a dar a aquel muchacho su merecido, y a ponerle las peras a cuarto. El señor Goon estaba harto de perseguir a chicos pelirrojos que al parecer nadie conocía. Y ahora que tenía uno en sus manos pensaba conservarlo en ellas hasta que averiguara unas cuantas cosas que estaba deseando saber.

Se detuvo a escuchar ante la puerta. No se oía el menor ruido. Aquel chico estaba realmente asustado… como todos los niños, pensó el señor Goon. ¡Él no tenía tiempo para niños… aquellas criaturas frescas, descaradas y silbadoras! Aclaró su garganta y se irguió con toda la majestad que le fue posible. ¡Él era la Ley!

La llave estaba en la cerradura, y la puerta bien cerrada. Hizo girar la llave, y la abrió de par en par entrando en la habitación con paso firme y mirada severa.

Allí no había nadie. El señor Goon examinó toda la habitación respirando pesadamente. Desde luego allí no había nadie, ni tampoco lugar donde esconderse… ni armario, ni cómoda… La ventana seguía cerrada y ajustada. El chico no se había ido por allí.

El señor Goon no podía dar crédito a sus ojos. Tragó saliva. Aquella mañana había estado buscando a dos pelirrojos que al parecer nadie había visto ni oído hablar… y ahora el tercero se había escapado… desaparecido… volatilizado… evaporado… Pero ¿«dónde»?, y ¿«cómo»?

Nadie puede atravesar una puerta cerrada. Y la puerta estaba cerrada y además con la llave por el otro lado. Pero aquel muchacho había huido tranquilamente a través de una puerta

cerrada. El señor Goon comenzó a pensar que tenía que habérselas con alguna especie de magia.

Paseó por la habitación sólo para convencerse de que el chico no se había introducido en una lata o en una caja. ¡Pero era un muchacho muy grueso! El señor Goon estaba completamente asombrado, y preguntándose si no le habría hecho daño el sol. Acababa de informar por teléfono que había detenido a un muchacho pelirrojo para interrogarle… ¿Y cómo iba a explicar su repentina desaparición? No creía probable que sus superiores creyeran que un niño puede atravesar una puerta cerrada con llave.

¡Pobre señor Goon! La verdad es que la mañana había sido de prueba… una verdadera caza infructuosa…

En primer lugar había ido a la oficina de telégrafos para preguntar al administrador si le dejaba hablar con el repartidor pelirrojo.

¡Pero cuando apareció el repartidor de telegramas, no era pelirrojo! Era castaño claro, bajito y delgado, y era evidente que se había asustado mucho al saber que el señor Goon quería hablar con él.

—Éste no es el que busco —dijo el señor Goon al administrador de telégrafos—. ¿Dónde está el otro chico? ¿El pelirrojo?

—Sólo tenemos uno —replicó el administrador extrañado—. Y es éste. Nunca tuvimos ningún pelirrojo, que yo recuerde. Ya hace casi catorce meses que tenemos a James.

El señor Goon estaba confundido. ¿No había ningún repartidor de telegramas pelirrojo? ¡Ni nunca lo hubo! Bien, entonces, ¿de dónde salió aquel muchacho? Los repartidores de telegramas sólo están empleados en la oficina de telégrafos.

—Lamento no poder ayudarle —dijo el administrador—. Pero le aseguro que aquí nunca hemos tenido a ningún chico pelirrojo. Pero sí tenemos a una joven pelirroja… ¿no le gustaría «verla»?

—No —replicó Goon—. Era un chico y uno de los mejor educados que he visto… demasiado educado. ¡Ahora lo comprendo! ¡Bah! Estoy harto de este asunto.

Y salió de la oficina de telégrafos furioso, pues comprendía que el administrador le habría tomado por loco. Se dirigió a una de las carnicerías con el ceño fruncido. Como cogiera por su cuenta a

aquel chico pelirrojo que repartía la carne y los anónimos… ¡Oh, que se lo dejaran a él! ¡Ya le haría hablar bien pronto!

El señor Ternera, el carnicero, se quedó muy sorprendido al ver al señor Goon.

—¿Un poco de carne tierna para usted? —le preguntó afilando su cuchillo.

—No, gracias —replicó Goon—. Quiero saber si tiene usted a un chico pelirrojo para repartir la carne.

—No tengo a ningún chico —replicó el señor Ternera—. Sólo al viejo Sam, que lleva conmigo quince años. Creí que usted ya lo sabía.

—Oh, conozco al viejo Sam —dijo Goon—. Pero pensé que tal vez tuviera también algún chico nuevo. Supongo que debe ser el del otro carnicero el que busco.

Y se fue a la otra tienda. Era un buen establecimiento, mayor que el otro. El señor Cook, el propietario, estaba allí cortando carne con sus dos ayudantes.

—¿Tiene usted algún chico para repartir la carne? —le preguntó el señor Goon.

—Sí, dos —respondió el señor Cook—. Dios mío, espero que ninguno de ellos le hayan dado quehacer, señor Goon. Son muy buenos chicos los dos.

—Uno no lo es —dijo el señor Goon muy serio—. ¿Dónde están? Déjeme verles.

—Están fuera, en el patio de atrás llenando sus cestas con los encargos de carne —dijo el señor Cook—. Iré con usted. Dios mío, espero que no sea nada serio.

Y acompañó al señor Goon hasta el patio. El policía vio a dos muchachos. Uno rubio de ojos azules y el otro de cabellos negros y moreno como un gitano.

—Bien, ahí los tiene, señor Goon —exclamó el señor Cook—. ¿Cuál de los dos es el pillastre?

Los niños alzaron la cabeza sorprendidos. El señor Goon les miró y frunció el ceño.

—Ninguno de los dos es el muchacho que busco —dijo—. Tiene que ser pelirrojo.

—Aquí no hay ningún repartidor pelirrojo —replicó el

muchachito rubio—. Los conozco a todos.

El señor Goon lanzó un gruñido y se dispuso a regresar a la tienda.

—Bien, celebro que no sea ninguno de mis muchachos —dijo el carnicero—. El rubio es realmente muy listo.

Pero el señor Goon no estaba dispuesto a escuchar las excelencias de los niños rubios. Él buscaba a un pelirrojo… y cuanto más lo intentaba menos probable parecía que llegara a dar con él.

Se marchó de la tienda disgustado. ¿Quién era el repartidor de telegramas? ¿Acaso no le había visto entregar un telegrama a aquellos niños en cierta ocasión… y luego la noche que tropezó con él? ¿Y qué había de aquel muchacho pelirrojo ayudante del carnicero que la señora Hilton y Philip Hilton decían haber visto? ¿Quiénes eran aquellos individuos pelirrojos que revoloteaban por Peterswood sin que al parecer vivieran en parte alguna, ni les conociese nadie?

¡El señor Goon comenzó a pensar que aquellos niños pelirrojos eran un producto de su imaginación, de manera que cuando de pronto oyó ladridos de un perro asustado y al levantar la cabeza para mirar «vio» a un repartidor pelirrojo al alcance de su mano, no es de extrañar que lo sujetara con fuerza!

Eso fue cuando Fatty estaba tratando de consolar al perro que casi atropella. El señor Goon consideró un milagro encontrar a un chico pelirrojo, aunque no fuese repartidor de telegramas ni de carne. ¡Era pelirrojo, y con eso bastaba!

Y ahora también había perdido a aquel muchacho. Acababa de escapar de una habitación cerrada con llave y desaparecido en el aire. Le había dejado… y de repente… ya no estaba.

En su aturdimiento el señor Goon se olvidó por completo de la bicicleta del muchacho, que había quedado en el jardincito de la parte delantera, cuando arrastró al niño al interior de la casa. Ni siquiera se fijó en ella cuando salió a comprar el periódico del mediodía, ni tampoco en que Larry estaba aguardando en la esquina.

Pero Larry estaba apostado allí por orden de Fatty para ver lo que el señor Goon hacía con su bicicleta. Fatty temió que el policía hiciera averiguaciones y descubriese quién era su propietario, y él

no quería que lo averiguara.

Larry vio salir al señor Goon. Supuso que habiendo descubierto la desaparición de Fatty tendría gran satisfacción en confiscar su bicicleta. No podía imaginar el complejo estado de ánimo del señor Goon. El pobre hombre se había sentado en su sillón para reflexionar sobre los acontecimientos, pero se hizo tal lío que decidió salir a comprar el periódico y tomar una copa. Tal vez entonces se sintiera algo mejor.

El señor Goon salió de su casa atravesó el jardín andando como en sueños. No vio a Larry ni a la bicicleta. Se dirigió al quiosco de periódicos.

Larry estaba asombrado. ¿Es que el viejo Goon no pensaba encerrar la bicicleta? Sin duda debía hacerlo. ¿Sería posible que se le hubiera pasado por alto? Eso parecía.

El señor Goon entró en el quiosco de periódicos, y mientras Larry actuó con la velocidad del rayo. Cruzó la calle como una exhalación, entró en el jardincito, sacó la bicicleta de Fatty y montando en ella desapareció a toda velocidad. ¡Nadie tuvo tiempo de verle siquiera!

El señor Goon compró su periódico, y estuvo charlando un poco con el propietario del quiosco. Al salir, de pronto, se acordó de la bicicleta.

«¡Diantre! ¡Debiera de haberla encerrado en seguida! —pensó el policía apresurando el regreso a su casa—. ¿Cómo he podido olvidarme de este detalle? Estaba tan aturdido».

Corrió a su jardín… pero se detuvo en seco al llegar a poca distancia. ¡La bicicleta había desaparecido! Naturalmente que ahora estaba ya a medio camino de la casa de Pip llevada velozmente por Larry, quien estaba deseando conocer toda la historia de lo ocurrido a Fatty. Pero eso el señor Goon no lo sabía.

Tragó saliva. Aquello estaba siendo demasiado para él. Tres pelirrojos desaparecidos en el aire… y ahora ocurría lo mismo con una sólida bicicleta. Suponía que aquel pelirrojo se la habría llevado sin que le vieran… ¿pero cómo?

—¡Bah! —exclamó el señor Goon enjugándose la frente—. ¡Con ese asunto de las cartas… mujeres histéricas… pelirrojos que desaparecen… y ese descarado de Federico Trotteville… la vida en

Peterswood no merece la pena de ser vivida! Primero una cosa y luego otra. Me gustaría hablar con ese Federico Trotteville. No le perdonaría que me hubiese escrito ese anónimo tan impertinente. Y ha sido él quien lo ha escrito… apostaría un millón de dólares a que ha sido él. ¡Bah!

Capítulo XIX

¡Pistas, por fin pistas auténticas!

Aquella tarde, los cinco Pesquisidores y «Buster» se reunieron en la pequeña glorieta situada al fondo del jardín de la casa de Pip. Allí estaban calientes y recogidos, y deseaban estar completamente aislados para oír una y otra vez todo lo que Fatty había hecho aquella mañana… especialmente su limpia manera de escapar de la casa del señor Goon.

—No soy capaz de «imaginar» lo que habrá dicho cuando haya abierto la puerta descubriendo que te habías escapado, Fatty —dijo Bets—. ¡Cómo me hubiera gustado estar allí!

Fatty les enseñó las dos muestras de escritura de la señorita Tittle y la señora Luna. Les dijo que Curiosón no sabía escribir, y que eso le descartaba por completo.

—Y si miráis este recibo que ha firmado su mujer, veréis que tampoco ha podido escribir nunca esas cartas, aunque Curiosón le hubiese dicho que lo hiciera —dijo Fatty.

—Es extraño —comentó Daisy—. Teníamos muchos sospechosos… pero uno por uno hemos tenido que descartarlos. Sinceramente, no creo que quede ya ningún sospechoso de verdad, Fatty.

—Y aparte de haber visto las cartas, tampoco tenemos ninguna pista auténtica —dijo Larry—. A esto le llamo yo un misterio descorazonador. El autor de los anónimos se ha vuelto un poquitín loco esta semana, ¿no es cierto…?, enviando cartas a la señora Lamb… a la señora Luna «y» al señor Goon. Hasta ahora, que nosotros sepamos, sólo enviaba una por semana.

—¿Verdad que el viejo Ahuyentador pone una cara muy

graciosa cuando yo finjo tener una nueva pista? —dijo Fatty sonriendo—. ¿Recordáis su cara cuando saqué de mi bolsillo a Waffles, la rata blanca? Por casualidad la llevaba encima aquel día.

—El pobre Ahuyentador ya no volverá a creer nada de lo que digamos —dijo Pip—. Me pregunto si sospecha de veras de alguna persona… que nosotros ignoramos.

—Es posible que tenga algunas pistas o ideas que nosotros no hayamos podido lograr —replicó Fatty—. No me sorprendería nada que resolviera este misterio él… y no nosotros.

—¡Oh, «Fatty»! —exclamaron todos decepcionados.

—¿Cómo «puedes» decir eso? —dijo Bets—. ¿No sería espantoso si lo lograba… y el inspector Jenks estuviese satisfecho de él y no de nosotros?

El inspector Jenks era un buen amigo suyo, y siempre estuvo muy satisfecho de ellos porque habían logrado resolver varios misterios muy curiosos en Peterswood anteriormente. No le habían visto desde las vacaciones de Navidad.

—Salgamos de la glorieta —dijo Larry—. Nos vamos a derretir aquí dentro. Fatty, no olvides de llevarte tu peluca pelirroja y demás cosas esta noche. Esta glorieta no es un buen escondite para eso. La mamá de Pip puede venir por aquí y encontrarlas debajo del asiento.

—Me acordaré —dijo Fatty bostezando—. ¡Caramba, ha sido muy divertido entrar esta mañana en casa de Goon disfrazado de repartidor pelirrojo… y salir como soy sin que nadie me viera! Vamos… daremos un paseo por la orilla del río. Allí hará más fresco. ¡Estoy medio dormido con este calor!

Cuando bajaron al río encontraron al señor Goon que subía con su bicicleta, y se preguntaron a quién iría a visitar. El policía se detuvo y se apeó de su «bici».

—¿Os acordáis de aquel repartidor de telegramas que os trajo uno tiempo atrás? —les dijo—. Bien, pues he descubierto que es un fraude, ¿comprendéis? No existe ningún repartidor de telegramas como ése, y estoy haciendo serias investigaciones sobre este asunto… sí, y también sobre telegramas falsos, ¿entendéis? Y os advierto que si alternáis con pelirrojos os veréis en un apuro serio.

—Me asusta usted —dijo Fatty abriendo mucho los ojos.

—¡Y no pienso aguantaros más impertinencias! —exclamó el señor Goon en tono majestuoso—. Sé más de lo que imagináis, y os aconsejo que andéis con cuidado. ¡Llamad a ese perro!

—«Buster», ven aquí —dijo Fatty en tono tan suave que el perro no le hizo caso y continuó dando vueltas alrededor de los tobillos de Goon.

—¡He dicho que le «llaméis»! —repitió el señor Goon comenzando a danzar para evitar los repentinos ataques de «Buster».

—Ven aquí, «Buster» —volvió a decir Fatty en el mismo tono de voz, y «Buster» lo ignoró por completo.

—¡Eso no es llamarle! —gritó el señor Goon comenzando a perder los estribos—. ¡Dile que se aparte! ¡Qué asco de perro!

Fatty hizo un guiño a los otros y de común acuerdo gritaron todos a una con todas sus fuerzas:

—¡«Buster», ven aquí!

El señor Goon pegó un respingo al oír el grito, lo mismo que «Buster», que acudió al lado de su amo.

—¿Tampoco ahora está satisfecho, señor Goon? —dijo Fatty en tono afable—. Oh, cielos… me temo que a usted no hay quien le complazca. Espere un momento… creo que tengo una pista muy superior y muy buena que darle… ¡oh, aquí está!

Y sacando una caja de fósforos se la entregó al policía, quien la abrió con recelo. Era una caja con truco y al abrirla el señor Goon liberó un muelle muy fuerte que había en su interior y que lanzó por el aire, proporcionándole un gran susto.

Se puso rojo como la grana y sus ojos estaban a punto de saltar de sus órbitas.

—Cuánto lo siento —se apresuró a decir Fatty—. Debo haberme equivocado de caja. Espere un poco… aquí tengo otra…

Si «Buster» no hubiera estado allí con los dientes preparados, es probable que el señor Goon hubiera dado un buen tirón de orejas a Fatty. Estaba a punto de estallar, y temiendo decir algo que no debiera, el pobre señor Goon se montó en su bicicleta y se alejó por la empinada avenida, respirando con tanta dificultad, que pudieron oírle hasta que llegó a la puerta de la cocina.

—Ha ido a hablar otra vez con la señora Luna —dijo Pip—.

¡Espero que se hagan pedazos! Sigamos. Oh, Fatty, pensé que iba explotar de risa cuando la caja de fósforos salió disparada por el aire. ¡La cara que puso Goon! ¡Qué graciosa!

Bajaron por el camino hasta el río. Allí se estaba muy bien, pues soplaba una brisa fresca procedente del agua. Los niños encontraron un lugar sombreado junto a un gran arbusto y se tendieron perezosamente. Pasó un cisne, y dos patos cruzaron el agua hundiendo sus cabezas en el río con movimientos mecánicos.

—Olvidémonos del misterio durante un rato —propuso Daisy—. Se está tan bien aquí. No dejo de pensar y pensar en esas cartas y en quién pudo escribirlas… pero cuanto más lo pienso menos lo sé.

—Lo mismo me pasa a mí —replicó Pip—. Tantos sospechosos… y ninguno parece haber sido el autor del hecho. Un misterio muy misterioso.

—¡Y que ni siquiera el gran detective Federico Sherlock Holmes Trotteville es capaz de resolver! —dijo Larry.

—¡Correcto! —exclamó Fatty con un suspiro—. ¡Casi… aunque no del todo… me doy por vencido!

A Larry se le había volado el sombrero y se levantó para ir a recogerlo.

—¡Maldición! —dijo—. Ahí está otra vez el viejo Ahuyentador… con su bicicleta por el camino. Él también me ha visto. Espero que no vuelva para reñirnos. Le gustaría poder comerte vivo, Fatty, ¡eres tan impertinente!

—Siéntate en seguida por si no te hubiera visto —dijo Daisy—. No le queremos por aquí.

Larry se sentó, y todos contemplaron el agua azul que transcurría mansamente. Los patos volvieron a acercarse y saltó un pez para cazar una mosca. Una golondrina temprana rozó la superficie con sus alas. Todo era paz.

—Parece que el viejo Ahuyentador no me ha visto —dijo Larry —. Gracias a Dios. Creo que me voy a dormir. Resulta tan arrullador el murmullo del agua… hace una tarde tan apacible y hermosa…

Una respiración fatigosa alteró aquella paz, y unos pasos enérgicos se acercaron por la hierba hasta el arbusto que les cobijaba. Apareció el señor Goon con el rostro enrojecido como de costumbre. Llevaba un saquito en la mano y parecía muy enfadado.

Lo dejó caer al suelo con furia.



—¡Más pistas, supongo! —gruñó—. ¡Otra de vuestras estúpidas bromas! ¡Ratas blancas y cajas de fósforos! ¡Um! ¡Bah! ¡Qué atajo de niños! Y ahora «estas» pistas… escondidas bonitamente detrás de un arbusto para que yo las encontrara, supongo. ¿Por quién me

habéis tomado? ¿Por un bobalicón?

Los niños estaban asombrados ante aquella salida, y Bets verdaderamente alarmada. Fatty se apresuró a sujetar a «Buster» por el collar, pues el perrito había enseñado los dientes y estaba gruñendo amenazador.

—¿Qué ocurre, Goon? —dijo Fatty con voz de persona mayor.

—¡Lo sabes tan bien como yo! —replicó el policía—. ¡Más pistas! ¡Supongo que ahora me dirás que no sabes nada de este saco de pistas! ¡Bah!

—¿Qué saco? ¿Y qué pistas? —dijo Fatty, de verdad intrigado—. No… lo cierto es que no sé de qué me está usted hablando, señor Goon.

—¡No lo sabes… oh no, no lo sabes! —dijo el señor Goon lanzando una risa muy desagradable—. ¿Y supongo que tampoco sabes nada de pelucas pelirrojas, verdad? ¿O de escribir cartas desagradables a la Ley? ¡Bien, pues yo sé mucho! ¿O no? Ya te enseñaré a dejar pistas para que yo las encuentre. Te crees que soy un verdadero ignorante, ¿verdad?

—Cállate, «Buster» —dijo Fatty, pues «Buster» estaba gruñendo fuertemente—. Por favor, señor Goon, váyase. Está asustando a la pobre Bets y no creo que pueda sujetar a «Buster» mucho más tiempo. Yo no sé de «qué» me está hablando… y, desde luego, no he visto nunca ese saco.

«Buster» lanzó un gruñido tan potente y amenazador que el señor Goon consideró que lo mejor era hacer lo que Fatty decía. Así que se marchó dejando el saco en el suelo y alejándose con toda la majestad que le fue posible.

—Vaya, qué individuo más desagradable —dijo Fatty rodeando a Bets con su brazo—. No te preocupes por él, Bets —la consoló viendo que la niña lloraba—. Ya le conocemos. ¡No necesitas «asustarte»!

—No me gusta la gen-gen-gente que grita así —sollozó Bets—. Y además, ¿qué dijo de tu peluca roja? ¿La habrá encontrado?

—Yo también me hago la misma pregunta —dijo Fatty—. Cuando volvamos la miraremos. La dejé en la glorieta, ¿verdad? Ahora desearía no haberlo hecho.

—¿Qué significa este saco de pistas de que ha estado hablando

el viejo Ahuyentador? —dijo Larry arrastrándolo hacia así—. Alguna colección de desperdicios que algún vagabundo habrá dejado escondida detrás de un arbusto, supongo… y que el señor Goon ha encontrado pensado que eran más pistas falsas que tú, Fatty, habías dejado allí para que él las encontrara.

Larry deshizo el atado del saco. No era mucho más grande que un saco de harina de tres libras, y en su interior, semienvueltas en papel castaño, había varias cosas muy curiosas.

Un pequeño diccionario escolar… que hizo exclamar a Pip en cuanto lo vio:

—¡Caramba! ¡Os aseguro que éste es mi diccionario! —dijo—. El que perdí durante las pasadas vacaciones. ¿Verdad, Bets? Diantre, ¿cómo habrá ido a parar a ese saco?

Esto fue motivo para que todos se incorporaran y prestaran atención en seguida. Fatty alargó la mano para coger el saco. Echó un vistazo al diccionario observando que algunas palabras estaban subrayadas. Una de ellas era «ladrón». Otra era «fruta». Fatty encontró otras también subrayadas.

El nombre de Pip estaba en la primera página del diccionario. No cabía la menor duda de que era el que perdió. Fatty introdujo la mano en el saco para ver qué más había.

Y sacó… un abecedario.

—¡A… amapola roja y alegre! —cantó—. B… bebé acaba de salir de la cama. Cielos, no es de extrañar que Goon haya creído que preparamos estas cosas para él… un diccionario y un abecedario. ¡Muy curioso!

Había también una libreta escolar con algunas páginas llenas, y no muy pulcras. Larry se echó a reír.

—Yo creo que éste es el tesoro de algún niño del pueblo —exclamó—. Aunque sólo Dios sabe por qué cogió el diccionario de Pip.

Fatty volvió a meter la mano y sus ojos se pusieron muy brillantes de pronto. Sacó un horario de los autobuses muy viejo. Quiso abrirlo, y se abrió por una página muy manchada por un pulgar… y en aquella página había una señal.

—¿Sabéis lo que está marcado? —dijo Fatty—. ¡El autobús de las diez quince para Sheepsale! ¿Qué os parece?

Los otros le miraron muy intrigados, y Fatty les habló con excitación:

—¡Éstas son verdaderas pistas! ¿No lo entendéis, tontos? Goon pensó que eran pistas falsas puestas por nosotros para engañarle… pero son «auténticas», y pueden ayudarnos a echar el guante al autor de los anónimos hoy mismo.

Ahora se excitaron los otros.

—¡Ooooh! —exclamó Bets—. ¡Qué tonto ha sido el señor Goon al dárnoslas a «nosotros»!

Fatty metió otra vez la mano, sacando un pedazo de papel con unas palabras escritas con muy mala letra. Sólo podían entenderse dos o tres palabras. Una era «cucharada», otra era «remover», y la tercera «horno». Fatty las leyó asintiendo con la cabeza. Era evidente que le complacía mucho aquel hallazgo.

—¡Pobre señor Goon! —dijo—. Hace el mayor descubrimiento de este misterio… y nos lo arroja a nuestros pies. ¡Cómo va a tirarse de los pelos cuando lo sepa! ¡Qué suerte hemos tenido, qué suerte!

Capítulo XX

Llega el inspector Jenks

Los otros cuatro trataron en vano de convencer a Fatty para que se explicase. No quiso.

—Podéis mirar esas pistas cuanto queráis —les dijo—, y si utilizáis vuestro cerebro os dirán exactamente lo que me han dicho a mí. Exactamente. Yo podría explicároslo todo en dos minutos…, pero yo creo que debéis tratar de descubrir lo que yo ya he descubierto.

—¡Pero ese estúpido abecedario! —exclamó Daisy—. ¡No me dice nada!

—Y todo lo que me dice ese horario es que hay un autobús para Sheepsale a las diez quince, y que es probablemente el que tomó el autor de los anónimos…, pero nada más —dijo Pip—. ¡Y en cuanto a mi diccionario… bueno, me desconcierta!

—Vamos… regresemos a casa —propuso Fatty—. Tengo que pensar sobre todo esto. No serviría de nada ir a contárselo a Goon. No creería ni una palabra. En realidad creo que está firmemente convencido de que yo tengo que ver con los anónimos. ¡Estoy seguro de que cree que «yo» le escribí esta carta!

—Bueno… ¿a quién acudiremos entonces? —preguntó Bets—. ¿Al inspector Jenks? ¡Me gustaría!

—He pensado que tal vez sería mejor decírselo primero a tu madre —dijo Fatty—. No me siento con ánimos para traer aquí al inspector Jenks por un caso como éste… y darle en la cabeza a Goon con las pistas que el propio Goon nos entregó. No sé por qué, pero no me parece justo.

—¡Pues a mí sí me lo parece! —exclamó Bets, a quien le

desagradaba Goon más que a los otros—. Oh… Fatty… cuéntanos lo que has deducido de estas pistas, por favor, por favor…

—Vamos, Bets, si quieres pensar de firme y estudiar estas pistas, «sabrías» tanto como yo —dijo Fatty—. Vamos… volvamos a casa y por el camino todos podéis ir pensando, y si ninguno descubre lo que significan estas pistas, o a quién señalan, entonces yo os lo diré. ¡Pero dad a vuestros cerebros una oportunidad siquiera!

En silencio, sólo interrumpido ocasionalmente por algún ladrido de «Buster» persiguiendo a los gatos descarriados, llegaron a casa de Pip. Al enfilar la avenida vieron un gran automóvil negro aparcado allí.

—¿De quién será? —exclamó Bets.

—Y ahí está la bicicleta del señor Goon —dijo Daisy señalando el lugar donde estaba, junto a la puerta principal—. Está aquí también.

De pronto la señora Hilton abrió la puerta y permaneció ante ella esperándoles muy pálida y preocupada.

—Venid por aquí —les dijo—. Me alegro de que hayáis venido. Está aquí el señor Goon… diciendo cosas muy extrañas… ¡y ha hecho venir también al inspector Jenks!

—¡Oh! ¿Está aquí? —exclamó Bets encantada, y echando a correr hacia el salón. El corpulento inspector estaba allí y sus ojos brillaron al ver a Bets, pues la quería mucho.

Ella se echó en sus brazos.

—¡No le he visto desde las vacaciones de Navidad! ¡Está más alto que nunca! ¡Oh… está aquí el señor Goon!

Y allí estaba sentado, muy erguido en un rincón, al parecer muy satisfecho de sí mismo.

Los otros cuatro entraron más despacio y estrecharon la mano del inspector. Le conocían muy bien porque había acudido en su ayuda muy a menudo, cuando estaban resolviendo otros problemas. «Buster» giraba alrededor de sus piernas con gran contento, esperando una caricia que sabía habría de llegar.

La señora Hilton aguardó a que terminaran los saludos, y luego habló con voz preocupada.

—¡Niños! El señor Goon ha hecho venir aquí al inspector Jenks mientras estaba visitando Peterswood, porque tiene grandes quejas

de vuestro comportamiento, especialmente de uno de vosotros, y pensó que sería conveniente que el mismo inspector le reprendiera. Pero no puedo imaginar lo que habréis estado haciendo… a menos que os hayáis entrometido en este asunto de los anónimos… y eso que os dijo que no lo hicierais.

Nadie habló. Fatty miraba cortés e interrogadoramente al inspector.

—¿Y si se explicase, Goon? —le dijo el inspector en tono amable —. Creo que tiene usted mucho que decir.

—Bien, señor —comenzó Goon con voz un tanto pedante—. Sé que siempre ha tenido usted muy buena opinión de estos niños… pero yo siempre he sabido más de ellos que usted, si me perdona la franqueza, señor… y se han excedido un poco… metiéndose en cosas que no les conciernen, y molestándome en mi trabajo… y uno de ellos… este niño que se llama Federico Trotteville, lamento informarle que está mezclado en este asunto de los anónimos y que me envió una carta de lo más ruda e insultante, señor… y lo que es más, va por ahí fingiéndose lo que no es, inspector… y engañándome como…

—¿Qué quiere decir usted exactamente con eso de que se finge lo que no es, Goon? —le preguntó el inspector en el mismo tono suave.

—Pues verá, él es un conjunto de chicos pelirrojos —replicó el señor Goon ante la sorpresa y confusión del inspector y la señora Hilton—. Y bien que me engañó. Primero fue un repartidor de telegramas pelirrojo… luego el chico del carnicero… y un repartidor de no sé qué… siempre enredando con su bicicleta, es un peligro público, señor, y un estorbo. Pero en cuanto pude encontrar la peluca pelirroja…

—¿Quién le dijo dónde estaba? —quiso saber Fatty.

—Me la enseñó la señora Luna —repuso el señor Goon—. Sí, y también me dijo todas las cosas que habíais estado diciendo de mí, señorito Federico… tú y los otros… ¡y también oyó cómo planeabas escribirme esa carta tan descarada!

—¿De veras? —exclamó Fatty con los ojos brillantes de curiosidad—. Y tal vez también le dijo quién era el autor de esos otros anónimos…

—Pues no, no me lo dijo —admitió el señor Goon—. A menos que sea alguien a quien ella tiene echado el ojo. Pero todavía no ha mencionado ningún nombre.

—Federico, esto es muy desagradable —dijo la señora Hilton—. ¡No puedo imaginar lo que habrás estado haciendo! ¡Y no habrás sido tú el que escribió esa carta al señor Goon!

—No, señora Hilton, claro que no fui yo —respondió Fatty—. Y en cuanto a los disfraces… pues tengo intención de ser un famoso detective cuando crezca… y me estoy practicando, eso es todo. Yo «he» estado investigando el misterio del escritor de anónimos… y por una gran casualidad han venido a parar a mis manos un montón de pistas. A decir verdad pensábamos contárselo todo en cuanto regresáramos.

—¡Oh, sí! —exclamó el señor Goon en tono de incredulidad.

—Es suficiente, Goon —le dijo el inspector—. ¿Cuáles son esas pistas que han ido a parar a tus manos, Federico?

Fatty salió al recibidor, regresando con el saquito, que dejó encima de la mesa. Cuando lo vio el señor Goon casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Esas pistas! —dijo dolido—. ¡Tú las pusiste para que yo las encontrase! ¡Oh! ¡Libretas y abecedarios! ¡Ratas blancas y cajas de cerillas que saltan! ¡Pinzas y sombreros de muñecas!

El inspector escuchaba estupefacto aquella lista de cosas. Fatty parecía un tanto molesto.

—Pequeñas bromas mías —murmuró.

—Pues tus pequeñas bromas te han metido en un apuro serio —dijo el señor Goon—. Como ya te lo advertí. Ha sido una suerte que el inspector estuviera hoy en Peterswood. En cuanto se lo expliqué todo se alarmó y vino en seguida.

—Muy amable por su parte —comentó Fatty—. En realidad, por lo que a nosotros concierne, ha venido exactamente en el momento preciso. Estábamos discutiendo si debíamos telefonearlo y pedirle que viniera. ¡Y ya está aquí!

—¿Y para qué queríais verme? —preguntó el inspector.

—Por el asunto del escritor de anónimos —replicó Fatty—. Comprenda, no podíamos dejar que apareciera un misterio así ante nuestras propias narices, por así decir, sin intervenir un poco. Y

Gladys nos daba mucha lástima.

—Cierto —dijo el inspector—. ¡Otro caso para los Cinco Pesquisidores… y el perro!

—Sí, señor —replicó Fatty—. Y un asunto muy difícil, por cierto. Teníamos un montón de pistas equivocadas.

—Descubrimos que el escritor de anónimos cogía el autobús de las diez quince que va a Sheepsale —explicó Bets—. Y lo tomamos un lunes para ver quiénes eran los pasajeros. ¡Pero nadie echó ninguna carta allí!

—¡Excepto el señorito Federico! —gritó el señor Goon.

—Lo ves… ya te dije que el señor Goon te pondría en su lista de sospechosos si te veía echando aquella carta —dijo Bets.

—¡Casi esperaba que lo hiciera! —exclamó Fatty con una sonrisa que hizo fruncir el entrecejo al señor Goon.

Aquella entrevista no estaba resultando como él había supuesto. ¡Aquel endiablado Federico! Siempre salía con bien de todo. Y el inspector tampoco parecía estar tomando muy en serio aquel asunto. Mala cosa.

—Supongo que el señor Goon le habrá contado lo del autobús de Sheepsale, y que las cartas eran siempre enviadas desde allí en el correo de las once cuarenta y cinco —dijo Fatty—. ¡Y que nadie echó ninguna ese día… excepto yo!… y yo supongo que al igual que todos nosotros, hizo averiguaciones para ver si alguno de los pasajeros habituales del autobús había dejado de ir aquel día por alguna razón… y así sus sospechosos se redujeron al viejo Curiosón, la señorita Tittle y la señora Luna.

—Sí. Él me lo contó —dijo el inspector—. ¡Y yo creo, si me permiten decirlo, que fue una labor muy inteligente por vuestra parte el discurrir todo esto!

Aquello fue demasiado para el señor Goon.

—¡Labor inteligente! ¡Entorpecer la labor de la Ley, así es cómo yo lo llamo! —exclamó el señor Goon—. ¡Supongo que a continuación le dirá que sabe quién es el autor de los anónimos!

—Sí. Ahora iba a llegar a eso —replicó Fatty, tranquilamente—. ¡Yo «sé» quién es el autor de los anónimos!

Todos miraron a Fatty. Incluso el inspector se irguió en su asiento en el acto. Y en cuanto a Goon, tenía la boca abierta y

miraba a Fatty con incredulidad.

—¿Quién es? —dijo.

—Señora Hilton, ¿puedo llamar al timbre? —dijo Fatty.

Ella asintió, y Fatty hizo sonar el timbre con fuerza. Todos aguardaron expectantes.

Capítulo XXI

¡Bien hecho, Fatty!

El timbre resonó fuertemente en la casa. Se oyó abrir la puerta de la cocina y ruido de pasos por el recibidor. A poco la señora Luna hizo aparición en el salón mirando con sorpresa y temor a toda la gente allí reunida.

—¿Ha llamado la señora? —preguntó con voz un tanto temblorosa.

—Yo he sido quien ha llamado —replicó Fatty volviéndose al inspector—. Ésta es la autora de los anónimos —dijo—. ¡La señora Luna!

La señora Hilton se quedó sin aliento. El señor Goon lanzó un gruñido, y todos los niños contuvieron la respiración. Sólo el inspector permaneció inmutable.

La señora Luna estaba muy pálida y miraba a Fatty de hito en hito.

—¿Qué quieres decir? —dijo en tono fiero—. ¿Cómo te atreves a decir una cosa así a una respetable mujer cumplidora de la Ley?

—No muy cumplidora de la Ley, señora Luna —intervino el inspector con voz serena—. Va contra la Ley el escribir cartas llenas de rencor y mentiras y enviarlas anónimamente. Pero, por favor, Federico… explícate. Tengo la suficiente fe en tu inteligencia para saber que no te equivocas, si me permiten decirlo… pero quiero saberlo todo.

La señora Luna comenzó a llorar.

—¡Siéntese y no haga ruido! —le ordenó el inspector Jenks.

—¡Yo no quiero ser tratada de esta manera, no quiero! —sollozó la cocinera—. ¡Una mujer inocente como yo! ¡Vaya, si hasta yo he

recibido una de esas terribles cartas!

—Sí… casi me engaña con ese truco —dijo Fatty—. Pensó que así quedaba descartada… pero fue sólo una muestra de astucia por su parte. Ahora lo comprendo.

—¡Niño malo y perverso! —gemía la señora Luna.

—¡Silencio! —exclamó el inspector en tono tan fiero que Bets pegó un respingo—. Hable sólo cuando se le pregunte, señora Luna. Si es usted inocente tendrá oportunidad de demostrarlo. Escucharemos lo que tenga que decir cuando el señorito Federico haya contado su historia. Empieza, Federico.

Y Fatty se dispuso a hablar en tanto que los otros niños se inclinaban hacia delante, pues aunque conocían casi toda la historia muy bien, estaban deseando oír su final, que sólo Fatty conocía.

—Bien, señor, usted ya sabe que descubrimos que las cartas eran echadas en Sheepsale cada lunes para alcanzar el correo de las once cuarenta y cinco, así que era probable que la persona culpable fuese una de las que cogía el autobús de las diez quince de Peterswood a Sheepsale —dijo Fatty.

—Cierto —dijo el inspector.

—Bien, descubrimos que ninguno de los pasajeros del autobús del lunes pasado podría ser el autor de los anónimos —dijo Fatty—, y ciertamente que ninguno de ellos echó una carta al correo. Así que entonces decidimos averiguar si alguno de los pasajeros habituales del autobús de los lunes no lo había tomado aquella semana, y hacer algunas pesquisas respecto a ellos. Como usted ya sabe, descubrimos que tres pasajeros de los habituales no habían tomado el autobús aquel día… la señorita Tittle, el viejo Curiosón y la señora Luna.

—El señor Goon también estuvo dando los mismos pasos —dijo el inspector. Un gruñido procedente del lugar donde estaba Goon hizo que todos le miraran con curiosidad.

—¿Cómo conseguiste ver las cartas y el matasellos? —quiso saber Goon—. Eso es lo que quisiera saber.

—Oh, ése es un detalle sin importancia —replicó Fatty no queriendo descubrir la parte que Gladys había tenido en aquel asunto—. Bien, prosiguiendo, inspector… a continuación descubrimos que aquel lunes había sido enviada otra carta… pero

no desde Sheepsale, sino que fue entregada a mano. Aquello señalaba definitivamente a alguien de Peterswood, y posiblemente a uno de nuestros tres sospechosos… el viejo Curiosón, la señorita Tittle o la señora Luna.

—Bien —dijo el inspector, profundamente interesado—. Debo confesar que tus dotes deductivas son muy buenas, Federico.

—Bien, la carta fue entregada a una hora muy temprana de la mañana —continuó Fatty—, así que tenía que averiguar cuál de los tres sospechosos se había levantado temprano aquel lunes. ¡Y descubrí que los tres habían madrugado!

—Muy interesante —dijo el inspector—. No creo que el señor Goon haya llegado tan lejos como tú, ¿verdad, señor Goon? Continúa, Federico.

—Aquello me desconcertó —dijo Fatty—, y lo único que se me ocurrió a continuación fue conseguir muestras de la escritura de cada uno de los tres… para compararlas con las cartas anónimas, ¿comprende?

—Buena idea —dijo el inspector Jenks—, pero seguramente difícil de llevar a la práctica…

—No mucho —repuso Fatty con modestia—. Verá, me puse un disfraz… de repartir pelirrojo. —Se oyó un bufido del señor Goon —. Y —prosiguió Fatty— les llevé un paquete certificado a cada uno de los tres pidiendo que me firmaran un recibo con letras mayúsculas… para poder compararlas con las letras mayúsculas de los anónimos.

—Muy ingenioso —dijo el inspector, y se volvió hacia el señor Goon, cuyos ojos estaban a punto de saltarle de las órbitas al oír todos los trabajos detectivescos llevados a cabo por Fatty—. Sé de seguro que está de acuerdo conmigo.

El señor Goon no estaba de acuerdo, pero no podía decírselo.

—Pues bien, descubrí que Curiosón no sabía escribir —dijo Fatty —. Así que quedaba descartado. Luego vi que la letra menuda y pulcra de la señorita Tittle no se parecía en nada a las mayúsculas de las cartas anónimas… y eso también la descartaba… y ante mi sorpresa comprobé que la escritura de la señora Luna era una mescolanza de letras grandes y pequeñas y pensé que ella tampoco podía ser la culpable.

—¡Y no lo soy! —exclamó la señora Luna balanceándose de un lado a otro—. No lo soy.

—Aquí tiene una muestra de su letra… o mejor dicho de sus mayúsculas, inspector —dijo Fatty abriendo su librito de notas y mostrando al inspector Jenks la curiosa escritura de la señora Luna, en la que las letras grandes se mezclaban con las pequeñas—. Cuando le pregunté por qué lo había hecho me dio a entender que no podía evitarlo… y a mí me pareció que no sabía distinguir las mayúsculas de las minúsculas.

—Claro —dijo el inspector Jenks—. Así que también la descartaste, puesto que el contenido de las cartas anónimas y las direcciones estaban escritas correctamente en letras mayúsculas y sin ninguna minúscula…

—Sí, señor —prosiguió Fatty—. Y casi abandono el caso. No veía la menor luz por parte alguna… y tampoco tenía ninguna pista auténtica. Entonces tampoco pensé que la señora Luna hubiese escrito un anónimo para ella misma… aunque debiera haberlo pensado, por supuesto…

—¿Y la carta que recibí «yo»? —preguntó de pronto el señor Goon—. La escribió usted, ¿verdad, señorito Federico? Vamos, confiéselo ahora… y en ella me llamaba entrometido, bobalicón y se burlaba de mí como lo suele hacer.

—No… por supuesto que no escribí esa carta —le dijo Fatty—. Y yo creo que si la compara con las otras verá que es igual que todas, señor Goon.

—Bueno, Federico… ¿cómo llegaste a saber finalmente que «era» la señora Luna y nadie más que ella? —preguntó el inspector.

—Le digo que no fui yo —sollozó la señora Luna.

—Eso fue cosa de la suerte, señor —explicó Fatty con modestia —. ¡Yo no podía dar la menor prueba de ello, y fue el señor Goon quien me puso sobre la verdadera pista!

—¡Bah! —exclamó el señor Goon, incrédulo.

—Sí… de pronto nos dio un saco entero de pistas… ¡ese saco que está encima de la mesa! —dijo Fatty—. Y en cuanto vi su contenido pude atar cabos y saber quién había escrito esas cartas llenas de odio y mala intención.

El inspector fue sacando las cosas una por una, y

contemplándolas con gran interés.

—¿Y qué te dijeron estas cosas exactamente? —preguntó con curiosidad.

—Hay un diccionario… con el nombre de Pip —explicó Fatty—. Eso me dijo que probablemente había salido de esta casa siendo utilizado por alguien que vivía aquí. Luego me fijé en varias palabras que habían sido subrayadas para poder copiarlas mejor… ¡y cada una de esas palabras había sido empleada en los anónimos!

El señor Goon tenía el rostro más rojo que nunca. ¡Pensar que el niño había sacado todas aquellas cosas del saco!

—Luego el abecedario —continuó Fatty—. Y, como ya habrá usted observado, los abecedarios siempre llevan las letras mayúsculas, A para Amapola, etc., etc. Así que adiviné que ese libro había sido comprado para que le sirviera de referencia a una persona que no conocía bien la diferencia de forma entre las mayúsculas y las minúsculas. La letra mayúscula G, por ejemplo, es completamente distinta de la g minúscula. Naturalmente, el autor de los anónimos no quería descubrir el hecho de que no había recibido la educación necesaria para conocer la diferencia.

—Bien deducido, Federico, bien deducido —dijo el inspector muy interesado—. ¿Y qué me dices de esto? —Y levantó la libreta escolar.

—Eso es sencillo, señor —dijo Fatty—. ¡Incluso Bets podría leer «esa» pista ahora!

—¡Sí que puedo! —gritó Bets—. Es una libreta que la señora Luna debió comprar para ensayarse haciendo mayúsculas. Está llena de mayúsculas hechas con lápiz.

—Supongo que si pregunta en la papelería, inspector, le dirán que la señora Luna compró allí esta libreta hace algunas semanas.

—Averígüelo, Goon —dijo el inspector y el policía se apresuró a anotarlo en su librito de hule negro.

—El horario de autobuses era una pista fácil —dijo Fatty—. Me figuré que encontraría señalado el de las diez quince. Y este pedazo de papel roto… que se utilizó como señal en el diccionario, yo diría… que debe ser arrancado alguna receta. Lo supe en cuanto leí las palabras… «cucharada»… «remover»… y «horno». Espero que descubrirá que están escritas con letra corriente de la señora Luna y

que ese fragmento fue arrancado del libro de recetas de la cocina.

—¡Una manera muy ingeniosa de leer estas pistas tan particulares! —dijo el inspector muy complacido—. Qué lástima, señor Goon, que no se tomara la molestia de examinar cuidadosamente estas pistas usted mismo, deduciendo todo lo que ha descubierto Federico.

—Pensé que estaba lleno de pistas falsas —murmuró el señor Goon—. Es que me sacan de quicio.

—Es un error dejar que el furor enturbie su mente, Goon —dijo el inspector—. Si hubiera examinado estas pistas hubiera podido llegar a las mismas conclusiones que Federico… ¡pero tampoco esta vez lo hizo!

¡Al parecer el inspector creía que Goon hubiese podido sacar el mismo provecho de las pistas de Fatty!

De pronto la señora Luna se echó el delantal por encima de la cabeza y sollozó ruidosamente. Se balanceaba de un lado a otro y Bets la contemplaba con disgusto. No podía soportar la gente que lloraba con estrépito.

—¡Están todos contra mí! —gimoteó la señora Luna—. ¡No tengo ni un solo amigo en el mundo! ¡Todos están contra mí!

—Sólo tiene que reprochárselo a usted misma, buena mujer —le dijo el inspector Jenks—. Usted parece estar llena de odio contra mucha gente… y no debe sorprenderle el no tener amigos. Me temo que tendrá que venir conmigo para ser interrogada. Señora Hilton, me parece que la señora Luna no volverá con usted.

—Tampoco la querría —replicó la señora Hilton con un estremecimiento—. ¡En mi casa no quiero a ninguna mujer tan cruel, solapada y aborrecible! No, nunca. Pobre Gladys. Iré a buscarla en seguida. Estoy horrorizada y disgustada, señora Luna. Ha causado mucho daño a mucha gente, y espero que sea bien castigada.

—¿Te importa ahora que hayamos investigado el caso, mamá? —le dijo Pip, pensando que aquélla era una buena oportunidad para obtener el perdón de su madre.

—Pues… no me gusta que os mezcléis en estos asuntos tan desagradables —dijo la señora Hilton—. Y debo confesar que esperaba que fuese el señor Goon quien lo solucionara. Pero creo

que habéis atado cabos magníficamente… en especial Fatty, claro.

—Oh, todos los Pesquisidores han contribuido un poco —dijo Fatty con lealtad—. Y no podría haberlo hecho sin ellos. Y —continuó sin mirar al señor Goon—, nos hemos divertido muchísimo algunos ratos… ¿no es verdad, Pip?

—¡Ya lo creo! —exclamaron todos los otros sonriendo al señor Goon, quien volvió la cara lanzando uno de sus famosos gruñidos.

El inspector se puso en pie.

—Saque sus cosas fuera, señora Luna —le dijo—. Tiene que venir conmigo. Goon, quiero que usted venga también. Pero cuando haya terminado mi trabajo aquí, a eso de las cuatro de esta tarde, señora Hilton, quisiera que los niños viniesen a Nuttina, adonde iré entonces, y merendaremos en un gran hotel que hay allí. ¡Me gustaría charlar un rato con los Cinco Pesquisidores y… el perro, otra vez!

—¡Ooooh! —exclamó Bets, encantada.

—Guau —ladró «Buster», contento.

—¡Oh, «gracias»! —dijeron los otros.

La señora Luna se marchó llorando. El inspector estrechó la mano de la señora Hilton y se dirigió a su coche.

—¡Hasta la tarde! —dijo a los niños.

La señora Hilton fue a ver si la señora Luna hacía lo que le habían ordenado, y los niños siguieron al inspector hasta su gran coche negro. El señor Goon había quedado en el salón mirando tristemente la alfombra. Estaba a solas con sus pensamientos.

¡No… no estaba solo! «Buster» estaba también allí contemplando a su enemigo con ojos brillantes. Allí no había nadie que dijera: ¡Ven aquí, «Buster»! ¡Qué oportunidad!

Con un ladrido de alegría se arrojó sobre los tobillos del señor Goon tirando de sus pantalones azules. El señor Goon se puso en pie alarmado.

—¡Lárgate! —gritaba—. ¡Largo de aquí! ¡Deja en paz mis pantalones! Voy a dar parte. ¡Lárgate!

Los niños oyeron sus gritos y rieron al escuchar aquellas frases tan familiares.

—Pobre Ahuyentador —dijo Bets—. Siempre está en apuros. Fatty, ve a salvarle.

Y Fatty fue a ayudarle. El señor Goon salió con el ceño fruncido, tratando de ver si sus pantalones habían sufrido algún daño. «Buster» se debatía en brazos de Fatty.

—Suba mientras esté a salvo, señor Goon —dijo el inspector abriendo la portezuela del coche—. Ah, aquí está la señora Luna. Al otro lado, por favor, señora Luna. Adiós… niños… y gracias una vez más por vuestra ayuda. ¡Estoy muy satisfecho de los Cinco Pesquisidores… y el perro!

—¡Oh… supongo que debemos dar las gracias al señor Goon por todas esas pistas! —dijo Fatty guiñando un ojo a los otros, y todos a una abrieron la boca para decir, cantando:

—«¡Gracias, señor Goon!».

¿Y cuál fue la contestación del señor Goon? Exactamente la que vosotros esperabais.

—«¡Bah!».

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).